



HARLEQUIN™

INTENSE



SIN  
CONTROL

ZARA COX

INTENSE

SIN  
CONTROL

ZARA COX



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2018 Zara Cox

© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Sin control, n.º 16 - abril 2019

Título original: Close to the Edge

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-1307-785-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*A Grace Thiele,  
por ser la versión en carne y hueso de Lily Gracen.*

# Capítulo 1

*Caleb*

No fue buena idea mirar la hora. Nada más bajar la vista a la esfera negra y azul de mi reloj supe que había añadido otra media hora a aquel circo.

Mierda.

—¿Te estoy haciendo perder el tiempo? ¿Acaso tienes un sitio más importante al que ir? —preguntó una voz chillona.

Suspiré.

Mi capacidad de dar la vuelta a las situaciones aprovechando las circunstancias era lo que me había llevado hasta donde estaba. Pero nadie acababa haciendo lo que yo hacía sabiéndolo desde el principio.

Me dedicaba a resolver situaciones extremas.

No me estaba quejando. Se me daba bien mi trabajo. A veces desearía no haber sido tan bueno. La mayoría de los días adoraba mi trabajo. Esa noche, no tanto. Las llamadas a las dos de la madrugada eran lo peor, sobre todo cuando interrumpían una buena mamada, preludio de un polvo.

Pero bueno, ¿qué era un dolor de huevos frente a una llamada de trabajo? Como táctica de evasión, era una manera efectiva de mantener los demonios a raya.

Me metí las manos en los bolsillos y miré al joven de ojos vidriosos sentado a horcajadas sobre la barandilla, delante de mí.

—Lo cierto es que sí. Tengo que estar en otro sitio. Si vas a saltar, acaba cuanto antes para que pueda seguir disfrutando de la noche.

«Dios mío, esta vez te has pasado, Steele».

La cara de susto de mi cliente confirmó mi impresión.

—¿Hablas en serio?

—Completamente. Es la cuarta vez este mes que tengo que ocuparme de tu... infelicidad. En condiciones normales, me lavaría las manos o te llevaría a rastras a rehabilitación, pero le he prometido a tu padre cuidar de ti. A lo único a lo que eres adicto es a la pereza.

—No sabes de qué estás hablando. ¡Me han echado de la banda!

—Porque programaste el GPS a Cabo en vez de al estudio de Culver City. El mes pasado fue a Las Vegas y el anterior a Atlantic City, ¿recuerdas?

—No puedo aparecer y cantar así sin más. ¡Necesito inspiración! — protestó Ross Jonas enfurruñado.

—¿Y crees que la vas a encontrar tirándote desde ese balcón? —pregunté encogiéndome de hombros—. Pues, nada, adelante. Para cuando amanezca, estarás en una bonita sala de un tanatorio.

De nuevo, se quedó con la boca abierta.

—Joder, cómo eres.

Cerré los ojos y deseé que aquellas palabras hubieran salido de una boca diferente, en concreto de la de la pelirroja de labios pintados que había dejado en mi cama. Cuando volví a abrirlos, Ross seguía allí. Lástima.

No era que le deseara la muerte a un cliente, pero estaba ansioso de que aquello acabara cuanto antes.

Aquel tipo no iba a saltar.

Ya habíamos pasado por aquello varias veces. Había elegido aquella suite porque había una piscina profunda convenientemente situada seis pisos más abajo. Y si por mala suerte no llegaba a caer en ella, tenía a cuatro tipos en la planta baja del hotel Beverly Hills preparados con un enorme colchón inflable para recogerlo porque, por desgracia, no era la primera vez que me enfrentaba a un cliente con tendencias suicidas.

Hace tiempo que lo habría dejado como cliente, por sus payasadas para empezar, y porque nunca he querido saber nada de clientes con tendencias suicidas, ni aunque fueran fingidas. No me importaba reconocer que el suicidio era un tema sensible para mí. Pero el padre de Ross había sido mi primer cliente, el tipo que me abrió las puertas en un lugar tan hostil como Los Ángeles y que empezó a recomendar mis servicios a otras personas. Así que cuando Víctor Jonas me pidió que velara por su hijo, no me había quedado más remedio que decirle que sí.

Lo peor que podía pasarle a Ross, el hijo único de unos padres ricos y demasiado blandos, si saltaba, era sufrir un golpe de viento.

Si no ponía fin a aquello de manera inmediata, estaba destinado a sufrir un recrudecimiento de las pesadillas a las que me enfrentaba cada noche, por no mencionar la indiferencia a la que me sometería aquella atractiva pelirroja.

—Sí, cómo soy. Tienes diez segundos para hacerte papilla o para bajarte de ahí.

Me aparté de las puertas correderas de cristal en las que estaba apoyado y me dirigí hacia él, que al darse la vuelta para mirar, palideció.

—Mierda —murmuró.

A medio metro me detuve y me crucé de brazos.

—Escúchame: como sigas coqueteando con la muerte de esa manera, un día de estos vas a tener éxito. Hazme un favor, Ross: deja de tocarme las narices y dedícate a trabajar. Te sorprenderá lo bien que se siente uno cuando ve los resultados de su trabajo.

Toda su agresividad pareció esfumarse.

—Pero ya no pertenezco a la banda.

—Llama a tus amigos por la mañana. Ponte de rodillas si es necesario. Sé humilde si realmente quieres volver —dije.

No tenía ni idea de si era verdad o mentira. La humildad no era precisamente mi punto fuerte.

—Y cuando lo hagas, intenta demostrar que de verdad te importa, ¿de acuerdo?

Cuando asintió, di un paso atrás sin apartar la atención de él mientras se bajaba. Aliviado, lo seguí hasta el interior de la suite que había reservado con la única intención de llevar a cabo su propósito. Contuve la ira y las ganas de volver a echarle otra bronca.

—Uno de mis hombres se quedará para asegurarse de que llegas sano y salvo a Culver City por la mañana. ¿Te parece bien?

Le di una palmada en el hombro y enfilé hacia la puerta. Con un poco de suerte, mi cita seguiría calentándome la cama.

—Oye, Caleb.

—¿Sí? —dije volviéndome.

—¿De veras te hubieras quedado ahí viendo cómo saltaba?

La cara me cambió.

—Si de veras hubieras querido hacerlo, no habría podido hacer nada para impedirlo —dije e hice una pausa—. ¿No te parece?

—No —contestó sacudiendo tímidamente la cabeza.

Mi furia aumentó un poco más.

—Vuelve a montar un numerito así y yo mismo te empujaré.

Lo dejé en mitad del salón, hundido de hombros, recapacitando.

Mi mentón se tensó mientras bajaba en el ascensor al vestíbulo. Por desgracia, no me resultaba tan fácil dejar aquella desagradable sensación que Ross me había causado como abandonar aquel hotel de cinco estrellas.

Mi madre había tenido suerte tres veces. O mala suerte, según se mirara. Mis pasos se volvieron cansinos al asaltarme aquel dolor que el recuerdo de su muerte me traía.

Maldito Ross Jonas.

Respiré hondo y salí del hotel. Le di un billete de veinte dólares al aparcacoches cuando me entregó las llaves de mi Bugatti y me senté detrás del volante.

Antes de arrancar, mi teléfono emitió un pitido. Lo saqué del bolsillo y encontré una imagen en la pantalla. El mensaje que lo acompañaba apareció unos segundos después: *Esto es lo que podías haber tenido esta noche. No vuelvas a llamarme.*

No supe si sonreír o fruncir el ceño. Sabía que si la llamaba en aquel momento, no me iba a contestar. Me fastidiaba porque aquella pelirroja era la primera mujer que me interesaba en una temporada y confiaba en que pusiera fin a la larga sequía que se había adueñado de mi vida sexual. Pero a pesar de las ansias de hacía un rato, el deseo de volver junto a ella a la cama se estaba desvaneciendo rápidamente. Volví a mirar la imagen de la pantalla y me pasé la mano por la entrepierna antes de borrarla y hacerla desaparecer de mi lista de contactos.

Tomé la autopista de la costa del Pacífico en dirección al centro de Los Ángeles. No estaba de humor para volver a una cama vacía, así que mi siguiente opción era irme a trabajar.

—Maldita sea, ¿es que nadie duerme? —maldije cuando mi teléfono sonó.

Era Maggie, mi secretaria.

—No me pagas por dormir. Me lo dejaste muy claro en la entrevista.

—Tú nunca duermes, pero eso no quiere decir que puedas interrumpir mi sueño. Me sorprende que tenga que explicártelo.

—Dime que no estás de camino a Fixer HQ y colgaré.

No me molesté en decir nada porque tenía acceso al localizador por GPS de mi coche. En dos o tres ocasiones, ese localizador me había salvado el

pellejo.

—¿Qué quieres, Maggie?

—Vaya, parece que alguien está de mal humor —murmuró entre dientes—.

Tenemos un problema.

Tamborileé con los dedos en el volante.

—¿Acaso no lo son todos?

—Este tiene menos que ver con sexo, drogas y rock and roll. Esta vez es... otra cosa.

—Déjate ya de misterios.

Mi sarcasmo no le afectaba. Esa era una de las razones por las que me resultaba indispensable.

—Voy a mandarte la dirección que me ha facilitado su gente. Puedes estar con ella en quince minutos.

El disfrute de la conducción desapareció y no pude evitar soltar una palabrota.

—¿Su gente? ¿Les has explicado que no trato con empresas? Solo trato con personas.

Maggie suspiró.

—Sé muy bien cómo hacer mi trabajo, Caleb. Confía en mí, aunque solo sea un poco.

Fruncí el ceño. No me resultaba fácil confiar a ciegas porque, simplemente, no confiaba en nadie. Maggie lo sabía. El que se estuviera aprovechando de aquella circunstancia me molestaba. El generoso sueldo que le pagaba todos los meses recompensaba su duro esfuerzo y su lealtad.

Mi teléfono vibró al recibir aquella dirección desconocida.

—Ya hablaremos más tarde.

Colgué y detuve el coche a un lado de la autopista para leer aquella dirección de Mulholland Drive antes de hacer un giro de ciento ochenta grados.

Unos enormes muros y una verja electrificada me dieron la bienvenida al llegar a la propiedad. Aquello olía a la heredera de un imperio disgustada porque su última conquista la hubiese ignorado o porque su chihuahua hubiera sido secuestrado. No merecía dedicar mi tiempo a cosas así.

Solo la certeza de que Maggie era muy buena en su trabajo me animó a bajar la ventanilla y apretar el intercomunicador.

La verja de hierro se abrió y recorrí el camino adoquinado que llevaba

hasta una mansión de piedra. Siguiendo el típico gusto hollywoodense, la propiedad original había sido reformada con un gusto grotesco.

Apreté los labios al bajarme del coche y vi unos guardas jurados apostados a cada lado de la entrada.

La puerta principal se abrió y apareció un joven bien vestido. Parecía fuera de lugar en aquel entorno, pero quién era yo para juzgar.

—Buenas noches, señor Steele. Sígame, por favor.

No se presentó ni tampoco le pregunté su nombre. Estábamos en Los Ángeles, donde incluso las celebridades de medio pelo eran demasiado paranoicas para revelar su identidad al primero que pasara.

El interior de la mansión era tan recargado como el exterior. Parecía como si el decorador se hubiera esmerado en llenar de dorados y verdes cada centímetro de aquel espacio.

Después de recorrer un pasillo, entré en un gran salón en el que no había ni rastro de la mujer que Maggie había mencionado.

—Espere aquí, por favor.

El hombre se fue y empecé a dar vueltas por la estancia, deseando que mi viaje hasta allí hubiera merecido la pena. Tenía un despacho lleno de expedientes de clientes. Estaba pensando en lo poco que dormía últimamente cuando las puertas dobles se abrieron. Nada más verla, sentí un nudo en el estómago y mis pulmones se quedaron sin aire.

No estaba seguro de si la sorpresa se debía al corte de aquel pelo rubio casi blanco o a los labios rojos y generosos que en aquel momento apretaba entre sus dientes. Quizá fueran sus verdes ojos almendrados fijos en mí o su menudo y exuberante cuerpo cubierto de arriba abajo de cuero y encaje negro.

Cuero y encaje. Umm. Aquella combinación era letal a pesar de que no llevara esposas en sus muñecas ni collares en su cuello esbelto.

Era una mezcla entre una estrella de rock en alza y una fantasía sadomasoquista.

Se quedó mirándome. La diferencia en altura la obligaba a echar hacia atrás la cabeza y ofrecerme su delicado cuello. Una gran ansiedad comenzó a arder en mi interior mientras estudiaba su rostro pálido. Se le adivinaba el pulso en el cuello.

Inspiró y soltó el aire lentamente.

—He oído que es un experto en seguridad.

—Ha oído bien.

Mis servicios no aparecían en la guía telefónica. Me conocían por el boca a boca. Di las gracias al desconocido cliente que le hubiera hablado bien de mí.

Ella asintió con la cabeza.

—Antes de que empecemos, tenemos que cerrar un acuerdo de confidencialidad —dijo con una voz sexy y envolvente.

Estaba acostumbrado a negociar acuerdos de confidencialidad. Nadie empezaba a negociar sin tener antes firmado un acuerdo de confidencialidad. Pero bien fuera por las horas que eran o por mi estado de ánimo, sacudí la cabeza.

—Antes de que hablemos de acuerdos de confidencialidad, necesito que me explique en qué consiste el trabajo.

¿A quién pretendía engañar? Aquella mujer, fuera quien fuera, me causaba intriga. Estaba seguro de que iba a aceptar el encargo.

Sus labios se tensaron.

—Está bien. Me están acosando —dijo muy seria—. Todo comenzó por internet, pero en las últimas tres semanas el acecho se ha intensificado.

Una inesperada sensación de proteccionismo me invadió, incomodándome tanto como para cruzarme de brazos.

—¿Y por qué no ha llamado a la policía?

—Porque tendría que hablar del trabajo que hago.

—¿Qué trabajo?

—Un trabajo muy delicado que no puedo contarle hasta que no firme un acuerdo de confidencialidad —dijo agitando en el aire un documento.

Mi intriga aumentó.

—Está bien, veamos.

Era un documento de siete páginas, con muchos más detalles que el habitual de tres, y en él no aparecía su nombre. Por el rabillo del ojo, advertí que me estaba observando mientras lo releía por segunda vez. Cuando acabé la miré, sintiendo cada vez más intriga.

—Me parece bien. ¿Tiene un bolígrafo?

En aquel instante, la puerta se abrió y el joven que me había abierto la puerta apareció. Me quedé estudiándolo y luego la miré a ella, tratando de dilucidar qué relación habría entre ellos. Le dio las gracias con una inclinación de cabeza por el bolígrafo, pero no percibí nada digno de destacar.

Me sentí aliviado y firmé.

Ella tomó el bolígrafo y escribió su nombre: *Lily Angela Gracen*.

Mientras el joven firmaba el documento como testigo, me quedé mirando aquel nombre, pero no me resultó conocido. Luego, cuando lo acompañó hasta la puerta, me fijé en ella con más atención.

Era espectacular.

Nadie se merecía ser acosado, ni en internet ni en persona, pero mirándola, comprendí por qué podía convertirse en la obsesión de un psicópata.

En cuanto aquella idea se me pasó por la cabeza, me quedé de piedra rechazando la idea de que estuviera en peligro, incluso cuando mi pene cobraba vida ante la magnífica visión que tenía ante mí.

Se movía con una gracia sencilla a la vez que sexy. Era conocedora de sus atributos, pero no necesitaba irse pavoneando. Era una mujer consciente del poder de las curvas de sus caderas, de sus labios gruesos y de sus generosos pechos.

A pesar de los centímetros que le daban los tacones de sus botas, apenas me llegaba al pecho. Era menuda y perfectamente proporcionada.

Probablemente no pesaría más de cincuenta kilos. En un buen día, levantaba pesas por el doble de su peso. No pude evitar imaginarme qué se sentiría al tenerla entre mis brazos.

Fácilmente podría acorralarla contra la pared, su delicioso cuerpo desnudo entre mis manos ávidas. O atarla a la cama con lazos de seda si era eso lo que le gustaba, su piel sonrosada mientras su cuerpo se sacudía entre la tensión previa al orgasmo y el punto álgido del clímax. O introducida en la parte trasera de una furgoneta.

Aparté mi mente de aquellos escenarios sexuales y cambié de postura para aliviar la presión de los pantalones mientras la criatura más impresionante que había visto en mucho tiempo se detenía ante mí.

—¿Quién es? —pregunté señalando con la cabeza hacia la puerta.

—Venía con el alquiler de la casa. Le pedí que se quedara para que firmara el documento como testigo.

—Muy bien, pues ahora que he firmado el documento, empecemos de nuevo. Soy Caleb Steele, me dedico a la seguridad.

Se quedó mirando la mano que le ofrecía.

—Lily Gracen, jefa de programadores de Sierra Donovan Media.

A pesar de lo que le estaba pasando, se la veía desenvuelta. Y si era programadora, también tenía cabeza. Una combinación letal. Con aquel cuerpo, tenía la fuerte sospecha de que me esperaba algo excitante.

Después de varios segundos, estrechó mi mano.

En cuanto rocé su piel, experimenté una subida de testosterona que ella también percibió, y acepté la realidad. El fuego que circulaba por mis venas tenía un único destino.

Iba a cruzar un montón de líneas y todas ellas empezaban y acababan en un mismo hecho: me iba a follar a Lily Angela Gracen.

## Capítulo 2

*Caleb*

«Vaya. Tranquilo, cowboy».

Liarme con Lily Gracen mientras fuera mi clienta no era una buena idea. Había aprendido esa lección de la peor manera. Por eso no me saltaba esa regla con nadie. La única defensa de un mediador contra el fracaso era mantener la neutralidad. No lo tuve en cuenta cuando me lié con Kirsten. Aquella joven actriz en precario ascenso me cautivó con su vulnerabilidad, provocando en mí sentimientos que muy hábilmente supo manipular para salirse con la suya. Esos sentimientos me convirtieron en un hazmerreír y a punto estuvo de mandar al traste mi reputación.

*Nunca más* eran dos palabras que se habían convertido en sagradas.

En aquel momento, la atracción sexual hacia Lily Gracen estaba poniendo en peligro mi neutralidad. ¿Y aquel arrebató de proteccionismo que sentí al verla? Eso también tenía que desaparecer. Mi deber era encontrar a su acosador sin que hubiera sentimientos de por medio.

Pero... una vez que acabara, nada me impediría disfrutar de la recompensa de disfrutar de ella.

Sí, no era perfecto. Tampoco había intentado serlo nunca. La vida era un eterno combate en un cuadrilátero de boxeo y siempre quedaban cicatrices, tanto por dentro como por fuera.

Había pasado de la zona más pobre de Los Ángeles a una mansión de dos mil metros cuadrados en Malibú conociendo todas las facetas imaginables de la naturaleza humana a lo largo del camino.

Esa era la razón por la que seguía tres reglas básicas: proteger a los inocentes y vulnerables, nada de acostarme con clientas, por muy tentador que

fuera y ni hablar de acostarme con las jodidas clientas, por muy jodidamente tentador que fuera.

La primera regla nunca me la saltaba, pero al darle la mano a Lily temí por la segunda y la tercera. Ella recibió mi apretón de manos conteniendo el aliento.

Deseé escuchar aquel sonido más alto, precediendo un grito al hundir mi polla en su conejito.

Pero antes tenía que ponerme manos a la obra.

—¿Comentamos los detalles? —propuso.

Al apartarse, percibí el aroma de su perfume. Quise seguir su estela con mi nariz, y después con mis manos y mi boca.

«Calma», le dije a mi polla cuando se desperezó mostrando su conformidad.

—Claro.

Se sentó en un extremo del sofá, se cruzó de piernas y me indicó que tomara asiento a su lado.

—Siéntese, señor Steele.

Aquella actitud decidida en una persona tan menuda resultaba excitante y decidí dejar que llevara la iniciativa. De momento.

Me senté y paseé la mirada por sus piernas.

—Quiero que sepa una cosa: no me gusta que me dirijan. Si quiere que dé con esa persona, tiene que dejarme hacer mi trabajo.

Se quedó mirándome unos segundos y luego se encogió de hombros.

—Enseguida hablaremos de eso.

Una vez más, traté de no comportarme como un adolescente salido, pero me resultó muy difícil. Aquella mujer, de la cabeza a la punta de los pies, era algo fuera de lo corriente.

—¿Steele es su verdadero apellido? —preguntó bruscamente, con sus finos brazos cruzados.

Arqueeé una ceja.

—¿Siempre va vestida así?

No era como esperaba comenzar, pero era una pregunta pertinente. No tenía nada que objetar a cómo se vistiera una mujer, pero había tipos lo suficiente retorcidos como para basar su opinión en la ropa que llevara.

Alzó la barbilla.

—¿Qué pasa con mi forma de vestir?

Reí y sentí cómo me raspaba la garganta.

—Para mí nada, pero a la persona equivocada puede afectarle.

Ella respiró hondo.

—¿Qué significa eso?

—Que espero que su acosador sea del tipo que se obsesiona con su aspecto físico. No es difícil dar con ellos porque no pueden contenerse. Antes o después intentará contactar personalmente con usted.

Un escalofrío la estremeció, pero su mirada no flaqueó.

—¿Por qué da por sentado que el acosador tiene una fijación sexual?

—Porque tengo ojos y veo que es usted muy guapa. Pero si me equivoco, me guardaré mi opinión hasta que haya escuchado todos los detalles.

Sus mejillas se sonrojaron. Por la manera en que apretó los labios, supe que no le agradaba descubrir sus emociones. Aquello me gustó.

—¿Es siempre tan directo?

Me crucé de brazos para evitar cometer una estupidez, como acariciar aquel cuello

—Siempre. ¿Es un problema?

Se apretó los bíceps con sus dedos finos.

—Solo si no le molesta que sea recíproco.

—Me gusta la franqueza. De hecho, la prefiero. Y sí, Steele es mi apellido.

Era una de las pocas cosas con las que mi madre me bendijo en medio de su desesperación y lo primero que hice cuando establecí contactos de fiar en el trabajo fue buscar al hombre cuya sangre corría por mis venas. Resultó que provenía de una larga saga de Steele no demasiado buenos. Un alto porcentaje de ellos habían sido delincuentes. De los que aún vivían, incluyendo a mi padre, no quería saber nada.

Volví a fijarme en ella al verla cruzar las piernas de nuevo y no pude evitar quedarme mirando fijamente. La falda de cuero negro se le había subido hasta medio muslo y no parecía que fuera a hacer nada para bajársela. Aquella muestra de exhibicionismo me subió la temperatura un poco más. Cada vez me sentía más torpe para hablar y permanecí unos segundos absorto mirándola balancear el pie hasta que me di cuenta de que estaba esperando a que hablara.

Carraspeé y traté de centrarme.

—Piensa que su acosador no está interesado en usted. Entonces, ¿podría ser un asunto de trabajo?

—Creo que sí.

—De acuerdo. Hábleme de ese proyecto en el que está trabajando.

Se quedó pensativa.

—Necesito saber por dónde empezar a buscar —insistí.

Jugueteó con la pulsera que llevaba en la muñeca mientras escogía las palabras.

—Es un algoritmo que comprime información. A pequeña escala, puede almacenar quince veces más información que el chip de treinta y dos *gigabytes* que lleva su teléfono.

Muy bien, aquello me dejó alucinado. Pero sospeché que iba a alucinar todavía más.

—¿Y a gran escala?

—Si nuestro lanzamiento tiene éxito el mes que viene, puede dejar obsoletos los actuales algoritmos de almacenaje en menos de un año.

Hablaba con un evidente pero comedido orgullo.

Silbé.

—¿Y usted dio con el código?

No mostró falsa modestia y asintió.

—Sí. Es todo mío.

—Es impresionante.

Apartó la vista de su muñeca y me miró. La determinación y el orgullo que ardían en sus ojos evidenciaban que sabía de lo que era capaz y estaba decidida a conseguirlo. Aquello podía herir unos cuantos egos masculinos.

—Gracias —replicó en voz suave.

La fuerza que irradiaba su cuerpo menudo y aquel enorme cerebro que tenía me excitaban cada vez más. Era lo suficiente capullo como para admitir que quería experimentar aquella fuerza que fluía a través de ella. Quería verla borracha de poder, aunque solo fuera por un momento, para poder sentir su efecto embriagador.

Pero iba a tener que contener aquel impulso un poco más porque, por desgracia, lo que acababa de contarme había abierto varias líneas de por dónde podía venir la amenaza.

Me levanté aliviado de que gracias a aquel problema que tenía en la cabeza, el frenesí sexual de mi cuerpo estaba pasando a un segundo plano. Aun así, todavía tenía que volverme para ocultar la erección que tenía bajo la bragueta. Estaba atravesando la habitación cuando oí su pregunta.

—¿Pasa algo?

Volví la cabeza para mirarla.

—Eso depende de lo amplio que sea su círculo de confianza. Y de lo amplios que sean los de ese círculo. Sugiero que nos pongamos en marcha cuanto antes.

Saqué mi teléfono y estaba a punto de marcar el primer número de la memoria, cuando sonó.

El don de la oportunidad de Maggie era impresionante. Pero no si me llamaba con algo que pudiera distraerme de Lily Gracen.

—¿Sí?

Mi voz sonó más tensa de lo que pretendía, pero me daba igual. La noche estaba siendo muy interesante en algunos aspectos y tremendamente frustrante en otros.

—Solo quería ver cómo te iba. Por si acaso he metido la pata, quería saber si debería presentar mi carta de renuncia ahora o irme a dormir y hacerlo por la mañana.

Maggie hablaba con una ironía que rayaba la insubordinación.

Pero a pesar de mi irritación, consideré por unos segundos la posibilidad de reconocerle su mérito por conseguirme aquel trabajo.

—Como sigas hablando así, voy a pensar que te has vuelto loca y tendré que despedirte.

—Eso no me gustaría nada. ¿Qué quieres que haga? —dijo volviendo a su actitud de secretaria eficiente.

Me acerqué a la ventana más alejada mientras ponía a Maggie al día.

—Mi primera idea fue quitarla de circulación mientras buscaba a ese desgraciado, pero he cambiado de opinión.

—De acuerdo.

—Necesito que vayas preparando un par de refugios. Y ten preparado también el avión. Quizá necesitemos cambiar de ubicación a toda prisa.

—De acuerdo, jefe, en seguida.

—No te pongas sabionda, Maggie.

—Claro que no. Dos refugios, jet privado. Enseguida.

—Buena chica. En cuanto lo tengas vete a dormir. Te necesito despejada por la mañana, ¿de acuerdo?

—Desde luego.

—Te mandaré un mensaje en cuanto lo tenga todo listo.

Colgué, satisfecho por abordar de una manera tan directa el problema de Lily.

Me volví. Había dejado de jugar con la pulsera, pero había entrelazado los dedos sobre una rodilla y su mirada era reprobadora.

—¿Tiene algo que decir?

—¿Trata así a todos sus empleados? —me preguntó.

Me guardé el teléfono en el bolsillo.

—¿Así cómo?

—Como si fueran objetos.

Volví sobre mis pasos hasta ella.

—No me importa usar el látigo, si eso es a lo que se refiere. Creo que todo funciona mejor si desde el principio queda claro quién es el jefe.

No le comenté nada de cómo Maggie ponía los ojos en blanco cada vez que usaba mi tono dominante, que era prácticamente todo el tiempo.

—¿Así que le gusta dominar?

Me metí las manos en los bolsillos y permanecí de pie. Esta vez, la diferencia de altura era aún más acusada y tuvo que inclinar más la cabeza. Era tan pequeña, un bocado delicioso envuelto en una interesante combinación de inteligencia y belleza. Aquel incontenible impulso de poseerla volvió a asaltarme.

Aun así, debería haber contenido las palabras que se me vinieron a la punta de la lengua. Pero nunca se me había dado bien guardarme lo que pensaba. Había aprendido por las malas el alto coste de morderme la lengua.

—¿Quiere que la domine, muñeca?

Sus ojos se volvieron dos enormes piscinas verdes y sus fosas nasales se dilataron al inspirar.

—¿Cómo dice?

—Lo haré, Lily Gracen, pero solo si me lo pide educadamente.

## *Lily*

Había tantas connotaciones negativas en su comentario que no supe por dónde empezar. Ni siquiera estaba segura de hasta dónde llegaba mi asombro y dónde empezaba mi ira. Lo cual era sorprendente teniendo en cuenta que llevaba tres años viviendo en un entorno dominado por el peor ego masculino, ese con una inteligencia mediocre y una cuenta bancaria sin fin.

Silicon Valley no era el lugar para criar violetas y aunque mi comienzo en

SDM no había sido convencional, enseguida aprendí a hacer oír mi voz y a soportar a imbéciles engreídos.

Esa voz estaba en aquel momento atrapada en alguna parte entre mi garganta y mi lengua mientras miraba al imponente hombre que tenía plantado ante mí, observándome con aquellos ojos que estaban despertando pequeños conatos de incendios en mi cuerpo.

Carraspeé.

—Se le olvida quién contrató a quién, señor Steele. Técnicamente, soy su jefa. Si hay alguien aquí que deba estar al mando, esa soy yo.

Por alguna razón, aquello hizo que asomara un brillo a sus penetrantes ojos azules.

—No tengo ningún inconveniente en que una mujer lleve la iniciativa, siempre y cuando tenga razón.

Entre sus ojos y su voz sexy y profunda se me olvidaron por un momento las amenazas que había recibido, poniendo en peligro todo por lo que tanto había trabajado. Estaba a punto de logra vivir la vida a mi manera, de librarme del acuerdo que mi padrastro había alcanzado con mi jefe para que me mantuviera encadenada.

Pero observando a Caleb Steele, la intranquilidad que me había acompañado desde el primer contacto de mi acosador desapareció un poco, lo suficiente como para experimentar aquellas nuevas e inquietantes sensaciones.

El apenas disimulado interés sexual de su mirada había encendido una llama bajo mi piel desde el momento en que nuestros ojos se habían encontrado. Era consciente de que mi forma de vestir, el mensaje que enviaba con mi pelo y mi ropa, atraía miradas que de jovencita habría evitado. Pero eso había sido antes de que me viera obligada a meterme en un caparazón. Antes de que me diera cuenta de que hiciera lo que hiciese, para mi padrastro siempre sería un cheque mensual por la escasa atención que me había dedicado durante años de obligada paternidad y una manera de vincular mi talento a Chance Donovan, el hombre para el que trabajaba.

Pero la libertad estaba al alcance de mi mano en cuanto me librara de aquel acosador.

En algún rincón que no solía visitar, aún residía aquella sensación de rechazo. Pero ese dolor había disminuido significativamente con el tiempo. De hecho, había descubierto que cuanto más trabajaba, menos pensaba en mi pasado.

Claro que en aquel momento mi trabajo peligraba. Aquella línea de pensamiento me llevó de vuelta a la solución: Caleb Steele.

El hombre que tenía ante mí era una torre de masculinidad y de supremacía sin complejos. Sus oscuros ojos azules imponían hasta el punto de resultar hipnóticos y destilaba un magnetismo sexual como muy pocos hombres.

¿Y el bulto que había vislumbrado al verlo atravesar la habitación unos minutos antes...?

Apreté los muslos, esforzándome por no bajar la vista a aquella parte de su anatomía que tenía tan cerca de la cara y maldije el rubor que me bajaba por el cuello.

«Hay alguien acosándote, Lily Angela Gracen. Lo último en lo que deberías pensar es en hacerle tu primera mamada a un hombre que te mira como si estuviera a punto de darte un bocado».

Abandoné aquel momento de locura cuando se inclinó para acercarse.

—Lily... ¿Puedo llamarla Lily? —preguntó con aquella voz tan sexy.

Ya estaba bien. Tal vez estuviera perdiendo el control de algunos aspectos de mi vida, pero no iba a perder aquel.

—No, no puede. No se ha ganado ese derecho.

Arqueó una de sus cejas oscuras e incluso aquel pequeño gesto resultaba irresistible. Cuando sonreía, su mirada se iluminaba con un brillo que amenazaba con hacerme arder.

—No me van los sistemas de puntos, pero si eso es lo que le pone...

Fruncí el ceño.

—No me ha entendido bien y creo que aposte. No estamos hablando de lo que me pone ni de que tenga que dominarme. Ninguna de las dos cosas va a pasar, así que dejémoslo claro. Lo único que me preocupa es resolver este asunto tan pronto como sea posible para seguir con mi vida. Además, me gusta ser amiga de la gente que se gana mi confianza, y en usted no confío.

—Es lógico que todavía no confíe en mí. Yo también soy muy escéptico. Por ejemplo, todavía no estoy del todo convencido de que un guardaespaldas o un detective privado pueda encargarse de este trabajo. Así que, Lily, ¿cómo va a ayudarme a tomar la decisión?

Una sensación de pánico me invadió al caer en la cuenta de que podía marcharse. Aquel hombre era el más indicado para el trabajo. No tenía tiempo de encontrar a otro.

—¿Quiere que le pague el doble, es eso?

La furia de sus ojos me hizo vez que lo había ofendido. El estómago se me cerró en un nudo.

—Rechazo a tres de cada cinco clientes. El dinero no es un problema para mí. Si me quiere, hágalo mejor.

—De acuerdo. Me han dicho que usted es el mejor y necesito al mejor.

No dijo nada durante varios segundos. Volvió a meterse las manos en los bolsillos y asintió.

—Estupendo. Cuente conmigo.

Convencida de que solo yo veía el doble sentido de aquellas palabras, ignoré la cálida sensación en mi pelvis e insistí.

—Son casi las dos de la mañana. Cada segundo que pasa se lo estoy robando de su trabajo. ¿Podemos continuar, señor Steele?

—¿Sabe alguien que la están acosando?

—Todavía no, pero si las amenazas continúan, voy a tener que informar a Chance Donovan. Es mi jefe y el presidente de SDM.

Al pensar en Chance, aquellos calores se me pasaron. Como inversor de mi proyecto, tenía que cumplir el plazo de entrega del código. El último mes, aquella presión había recaído sobre mí, amenazándome con desagradables consecuencias si no cumplía el plazo.

—Espero que resuelva el problema antes.

Caleb asintió y percibí un brillo diferente en sus ojos. Había respeto y un poco de admiración.

—Iba a sugerir un refugio seguro, pero supongo que llamaría la atención si no va a trabajar.

—Sí. Por lo general, puedo entrar y salir cuando quiera, pero tengo un equipo que trabaja conmigo.

Él entornó los ojos.

—¿Un equipo?

—El algoritmo en el que estoy trabajando es complicado. Tengo tres equipos de tres personas trabajando independientemente en distintos aspectos del código para minimizar el riesgo de que se filtre información confidencial. Todos reportan a mí.

—¿Así que no saben exactamente en lo que está trabajando, no?

—No.

Había sido una idea de Chance que no había compartido, pero que no me había quedado más opción que aceptar. Mi expresión debió delatarme.

—¿Qué es lo que no me está contando?

Mi intuición me decía que Caleb era la clase de hombre que tenía que conocer todos los detalles o de lo contrario se desentendería.

—Pasó algo entre Chance y yo.

—¿De qué tipo?

—Tenía catorce años cuando... se fijó en mí.

Me clavó la mirada.

—Deje que lo adivine. Hackeó su cuenta, la pilló y la convenció para que trabajara para él.

—Algo así —repliqué—. De todas formas, no puedo estar lejos de Sunnyvale mucho tiempo y por eso voy a volver esta noche. Lo que quiero saber es si va a venir conmigo.

Un brillo asomó a sus ojos.

—Lo haré con una condición. Si vamos a adentrarnos en el terreno de su acosador, necesito que acepte hacer las cosas a mi manera.

—Pero...

—Nada de peros. Está recogido en la letra pequeña de mi hoja de encargo.

Frente a frente, un torbellino se arremolinó a nuestro alrededor, acercándonos peligrosamente.

—Decía que tenía que cederle el control hasta un límite razonable, no todo el poder.

—«En determinadas circunstancias, se requerirá una actuación inmediata y sin dilación por parte del mediador. Si se diese dicha situación, el cliente se compromete a cumplir con lo que en cada momento se le indique». ¿Se ha leído ese párrafo?

—Sí, claro que lo he leído. Supongo que estará acostumbrado a que cada una de sus órdenes sea cumplida inmediatamente. Por desgracia, usted y yo tendremos un problema si insiste en ser... estricto.

—Puedo ser todo lo flexible que la situación permita. Pero en este caso no. No se olvide, me necesita.

Odiaba que me dieran la réplica con mis propias palabras. Apenas me quedaban unas semanas para librarme de Chance y de mi padrastro. No podía soportar la idea de retrasar aunque solo fuera por una hora el momento de la liberación. Aun así, ceder el control me resultaba difícil.

—¿Considera una causa de rescisión el que un cliente se haga cargo de su propia seguridad?

Mi pregunta pareció descolocar. Frunció ligeramente el ceño y su mirada azul recorrió mi cuerpo antes de volver a fijarse en mi cara. Mientras lo observaba, se encerró en sí mismo. Era una expresión fascinante de observar.

—No, pero si quiere un matón complaciente, elija a uno de esos guardas de seguridad.

—De acuerdo. Si quiere hacer frente a un reto, acepto sus condiciones.

Aquella pulla a su supuestamente impecable historial, y también a su ego, la hice conteniendo el aliento.

De un paso acortó la distancia que nos separaba y me habló al oído.

—Tenga cuidado de dónde arroja el guante, Lily Gracen. Tal vez se le vuelva en su contra.

Me fue imposible contener el escalofrío que me recorrió. Él se dio cuenta y una llama iluminó sus ojos.

—Bueno, le advierto que no me dejes comer el terreno.

—Esto va a ser muy interesante —musitó.

Entonces, sin apartar los ojos de los míos, sacó su teléfono. Oí débilmente que sonaba.

—Maggie, ¿está en camino el equipo?

—Sí, aterrizarán en Palo Alto en treinta minutos. En una hora llegarán a casa de la señorita Gracen. ¿Tenemos luz verde?

Bajó el teléfono.

—¿Tengo luz verde, Lily?

—Su equipo está ya en San Francisco. ¿Está dispuesto a llevar mi caso?

—Necesitaba confirmar que estaba totalmente dispuesta.

—No me gusta que jueguen conmigo, señor Steele.

De su rostro desapareció todo rastro de diversión.

—Entonces estamos totalmente de acuerdo en que esto no es ninguna broma.

Su respuesta provocó que se me pusiera de punta el vello. Era evidente que algo más estaba pasando.

—Mis chicos están esperando —insistió—. Esta noche se limitarán a poner cámaras fuera de su casa y alrededor de la zona. Son expertos y gente de toda confianza elegidos directamente por mí. No andarán revolviendo en el cajón de su ropa interior ni en su armario, si eso es lo que le preocupa. Así que, ¿tengo luz verde, Lily? —preguntó con cierta mofa mientras estudiaba mi expresión.

Traté de contener mi irritación y disimulé el apuro que sentía.

No era la persona más ordenada del mundo, tenía muchas cosas desperdigadas por toda la casa. Lo bueno de vivir sola era que podía darme placer en cualquier sitio, desde el suelo del cuarto de baño hasta la sala de proyecciones en la que solía quedarme dormida cuando era incapaz de arrastrarme hasta la cama. La idea de que los hombres de Caleb Steele le informaran de mis hábitos me daba vergüenza.

Lo cual era absurdo.

Era una mujer adulta, por el amor de Dios, con necesidades que no me daba vergüenza satisfacer a pesar de las restricciones que Chance Donovan había intentado imponerme.

No, no quería pensar en Chance ni en cómo había intentado controlarme a través de Scott, mi exnovio.

Pronto los tendría tan lejos que necesitaría un telescopio para poder verlos.

—Tiene luz verde —dijo tratando de borrar de mi mente la posibilidad de que mis juguetes sexuales fueran descubiertos—. Necesitaré el código para acceder a la casa.

La ligera sonrisa que curvó sus labios sugería que no lo necesitaba, pero evitó decirlo.

—Dispare.

Le di el código alfanumérico. Me impresionó que no me pidiera repetirlo y se lo dijo a Maggie del tirón.

A punto de colgar, Maggie lo llamó.

—¿Sí?

—Tengo al piloto esperando. Supongo que la clienta y tú volveréis a Palo Alto, ¿verdad?

—Sí, llegaremos al aeropuerto en media hora.

Colgó y sus ojos azules se clavaron en mí.

—Venga, alejemos a ese bastardo de su vida.

Recogí mis cosas y seguí a Caleb Steele afuera con la sensación de que había querido decir algo más, algo como: «y pongámonos a hacer cosas mucho más importantes».

O quizá todo formara parte de mi imaginación lasciva.

## Capítulo 3

*Lily*

No era la primera vez que me subía en un Bugatti. Silicon Valley estaba lleno de multimillonarios que coleccionaban coches como si fueran camisetas.

Pero era la primera vez que me subía a un coche así conducido por un hombre como Caleb Steele. Aquello también estaba siendo una experiencia sexual.

Conducía el coche como si le estuviera haciendo el amor. O mejor dicho, como si estuviera folládoselo. Suave, sexy, implacable. Cada vez que cambiaba de marcha y movía el muslo para pasar el pie del acelerador al freno, la visión era hipnótica. Era tan absorbente que no podía apartar la mirada.

Me di cuenta de que me estaba mordiendo el labio y de que tenía las uñas clavadas en el cuero. Respiré hondo para despejarme la cabeza y desafortunadamente me invadió el olor a madera de sándalo y a hombre.

Caleb Steele era capaz de advertir mi desazón y aprovecharse de esa ventaja.

—¿Desde dónde vamos a despegar?

Había permanecido callado desde que habíamos salido de la mansión. Tenía que admitir que me resultaba algo desconcertante, sobre todo porque pensaba que me bombardearía a preguntas.

Cambió de carril antes de contestar y me miró de reojo. Sentí como si estuviera siendo electrocutada a baja intensidad. Incluso después de que apartara la mirada, percibí las sacudidas.

—Del aeropuerto Van Nuys. No se preocupe, guapa, antes de que se dé cuenta estará de vuelta en casa.

—No me gusta que me llamen así, señor Steele.

—No le gusta que la llame así ni tampoco por su nombre de pila. Si quiere, puedo referirme a usted como señorita Gracen, como si fuera una estricta profesora de instituto.

Estaba de nuevo aferrada al asiento. Me obligué a relajar los dedos antes de que me hiciera daño puesto que los necesitaba para escribir el código.

—Tal vez esto no haya sido una buena idea después de todo.

Sus ojos azules brillaron frente al reflejo del cuadro de mandos.

—Lo siento, pequeña, es demasiado tarde para cambiar de opinión. Está ligada a mí.

Pequeña, guapa, muñeca. Seguramente tendría una lista interminable de expresiones con las que dirigirse a las mujeres.

Incapaz de ponerme a su altura y buscar una expresión con la que referirme a él, me di por vencida.

—Está bien, llámeme Lily. Se va a quedar sin nombres y va a acabar llamándome bollito de miel.

—Gracias, Lily —dijo con aquella voz grave y sexy, tan deliciosa como el chocolate caliente derretido sobre un helado—. Por cierto, que nunca me atrevería a llamarla bollito de miel y menos con esa piel impecable que tiene —añadió y su irresistible sonrisa volvió a aparecer—. ¿Es intencionado?

—¿El qué es intencionado?

—Su palidez. Tiene que ser muy difícil evitar el sol teniendo en cuenta que vive en California.

—¿Qué tiene que ver la palidez de mi piel con el caso?

—Nada. Es mi insaciable curiosidad.

—Pues va a tener que aceptar que esta vez su curiosidad no quede saciada.

—Lástima —murmuró—. Tendré que usar mi imaginación.

Desvié la mirada, pero no fui incapaz de dejar de pensar en aquella sonrisa y en la sensualidad de sus palabras mientras aceleraba el deportivo para tomar la salida hacia el aeropuerto.

Después de pasar Seguridad, Caleb condujo el coche hasta un hangar y aparcó junto a un jet blanco. Tenía la escalerilla bajada y el motor encendido. El piloto y el copiloto estaban charlando con un oficial del aeropuerto, pero mi atención se detuvo en la mujer que esperaba al pie de los escalones.

Por su estrecho y corto vestido plateado supuse que sería la azafata. La mujer se puso una chaqueta de cuero cuando Caleb se bajó del coche y lo

rodeó para abrirme la puerta.

—¿Quieres que volvamos a hablar de cuál es la vestimenta apropiada para trabajar? —le preguntó en tono seco.

Ella alzó las manos para soltarse el moño e hizo un gesto de resignación.

—Ya sé que no te importa, pero he tenido que interrumpir una cita y volver a la oficina para esta misión.

—¿Una cita? ¿Con un hombre de verdad? —dijo con tono escéptico mientras se ocupaba de mi bolso de viaje.

La mujer puso los ojos en blanco y se volvió hacia mí. Después de mirarme de arriba abajo, me tendió la mano y sonrió.

—Soy Maggie, la sufridora secretaria del señor Steele. Usted debe de ser Lily Gracen.

Asentí y su expresión se tornó seria.

—Pillaremos al cabrón que le está haciendo esto. No le diga a mi jefe que lo he dicho, pero es muy bueno en lo suyo. Nuestro índice de éxitos es impresionante. Está en buenas manos.

Caleb cerró dando un portazo.

—Corta el rollo, Maggie. Lily ya sabe que puede confiar en mí.

Lo ignoré y le dediqué una sonrisa a Maggie.

—Gracias.

—¿Has traído lo que te pedí? —le preguntó a su secretaria.

Maggie asintió.

—Todo está a bordo.

—¿Estamos listos para despegar? —preguntó impaciente.

—Casi —contestó señalando al copiloto que seguía hablando con personal de tierra—. No les ha hecho mucha ilusión tener que volar fuera de horario...

—¿Les has dicho que es una emergencia, verdad?

—Sí, jefe. Están haciendo las últimas comprobaciones. Dales un momento.

—No tengo un momento —replicó y se dirigió al grupo.

—En serio, ya están acabando —comenzó Maggie, pero ya había echado a andar.

Fruncí el ceño.

—¿Es siempre tan...?

—Por suerte, no —dijo Maggie—. Es impaciente y lo quiere todo para ayer, pero no se altera con facilidad. Pero...

—¿Pero qué?

No pude evitar hacer la pregunta. Me convencí de que era simple curiosidad lo que despertaba en mí el deseo de saber más de aquel enigmático mediador.

Los ojos grises y despiertos de Maggie se clavaron en mí. Sospeché que iba a darme una respuesta evasiva antes de que abriera la boca.

—Esta noche, antes de ir a verla estuvo con un cliente que estaba de mal humor. Eso es todo.

Volví la vista hacia donde mi protector estaba gesticulando impaciente con los otros hombres. Sobresalía una cabeza y, a pesar de la distancia, el timbre de su voz, me provocó un cosquilleo en mis partes más íntimas.

Después de unos segundos, los oficiales entregaron los documentos al copiloto.

Caleb volvió y recogió la bolsa de viaje que había dejado junto al coche.

—Ya estamos listos para despegar. ¿Nos vamos?

Me hice a un lado cuando fue a tomar mi brazo, arqueando una ceja en un gesto que ignoré. El cosquilleo entre mis muslos insistía en que rozarlo era una mala idea.

—Encantada de conocerla, Maggie —dije.

La secretaria sonrió.

—Lo mismo digo.

Subí la escalerilla, consciente de que venía detrás de mí. Movida por la necesidad, volví la cabeza para mirarlo. Se había detenido en el primer escalón y tenía la vista clavada en mí. O más concretamente, en mi culo. Aquel cosquilleo entre mis piernas se intensificó.

Antes de que me diera cuenta, lo tenía a mi lado, mirándome desde su altura. Permaneció así unos segundos antes de volver la vista hacia el interior de la cabina.

—Vaya a sentarse, Lily. Será mejor que despeguemos antes de que los tipos de ahí fuera encuentren otra razón para retrasarnos más.

El interior del avión era tan impoluto y clásico como el exterior. Decorado en madera de caoba y tonos crema, los asientos estaban agrupados en dos zonas, una de ellas con una mesa en medio.

Elegí un asiento con mesa. Lo que fuera con tal de poner distancia con Caleb.

Me observó mientras me acomodaba en el asiento junto a la ventanilla. No

se sentó de inmediato, a pesar de que el avión estaba saliendo del hangar. En vez de eso, se tomó su tiempo para quitarse la chaqueta. La camisa azul oscura que llevaba debajo se ceñía a su torso.

Cuando se volvió para colgar la chaqueta, los músculos de su espalda se marcaron, despertando el deseo de verlo sin camisa. A diferencia de mí, estaba bronceado. El sol californiano había encontrado un espécimen ideal en el que reflejarse. Sin duda alguna, estaba completamente en forma.

La necesidad de acariciar aquellos músculos intensificó las incesantes pulsaciones en mi conejito.

Inspiré entrecortadamente, desvié la mirada y me dediqué a abrocharme el cinturón mientras él se colocaba en el asiento de enfrente. Un momento más tarde, extendió un brazo hacia mí.

Aturdida por aquel torbellino de sensaciones, alcé la cabeza. Estaba desabrochándose los puños y subiéndose las mangas, dejando al descubierto sus fuertes y bronceados brazos cubiertos de una sutil capa de vello.

La gracia con la que se movía era hipnótica.

Aquel tipo era muy atractivo, pero nunca había perdido la cabeza de aquella manera, ni siquiera durante los meses en que pensé que estaba enamorada de Scott Wyatt, el hombre que Chance trajo a mi vida con la intención de manipularme. Incluso antes de que descubriera la verdad, Scott nunca me había excitado con tan solo una mirada.

Después de aquella pequeña exhibición, Caleb apoyó los brazos en la mesa.

—¿Quiere tomar algo?

—Estoy bien, gracias.

Asintió y miró la hora en su reloj.

—Son las tres de la mañana y aterrizaremos en cuarenta y cinco minutos. Podemos aprovechar para comentar algunos asuntos o si prefiere puede dormir.

—¿Me está dejando elegir?

Él sonrió.

—No soy ningún ogro, Lily, a pesar de la impresión que Maggie le haya causado.

Me incomodaba que leyera mi pensamiento con tanta facilidad. Pero, ¿no era por eso por lo que lo había elegido? Había acabado en lo más alto de mi lista porque era un inconformista. No tenía escrúpulos cuando iba detrás de lo que quería.

Y por la forma en que me miraba estaba convencida de que estaba en su lista de deseos.

Quizá esa fuera la razón por la que me sentía tan enérgica a pesar de que llevaba veinticuatro horas sin dormir. Si hubiera estado codificando, habría estado a punto de desplomarme.

El último regalo de mi acosador había llegado a mi correo aquella mañana, borrando toda sensación de descanso.

Aquel desagradable recuerdo me ayudó a centrarme.

—Estoy lista para contestar sus preguntas.

—Ya hablaremos cuando haya dormido. De momento, cuénteme cuándo se dio cuenta de que había alguien se había fijado en usted.

No tuve que pensar mucho. Lo tenía grabado en la cabeza.

—Hace unas siete semanas recibí un fragmento de lo que parecía mi código en el correo electrónico. Era una copia muy mala, pero llamó mi atención. Y no, no fui capaz de adivinar quién me la mandaba.

—Podría tratarse de un espionaje industrial.

Aquella posibilidad me sorprendió.

—¿Cree que es posible que algún competidor de SDM esté detrás?

Las tácticas turbias que se daban en Silicon Valley no eran ningún secreto y, por lo general, incluían ofrecer un montón de dinero para asegurar una compra o resolver algún problema.

Frunció los labios.

—Le sorprendería hasta dónde están dispuestas a llegar algunas compañías para mantener su liderazgo en el mercado. Si ese código es tan revolucionario como dice...

—Lo es —confirmé.

Las posibilidades de mi algoritmo me asustaban un poco, pero estaba muy orgullosa de lo que había conseguido. La idea de que alguien me lo robara me producía tanta rabia como furia.

Caleb se echó hacia atrás, pero eso no me libró de la fuerza de la atracción de su personalidad. Estaba convencida de que para que eso pasase, tenía que estar en otro estado.

—Entonces, sugiero que hagamos una lista con las veinte compañías que podrían estar interesadas en hacerse con ese código.

Sacudí la cabeza.

—Es imposible saberlo antes de tenerlo acabado.

Un brillo intenso asomó en sus ojos.

—Haga la lista, Lily. Yo me ocuparé.

No me quedó duda de que lo haría. Esa convicción me asustaba un poco, pero a la vez me excitaba. Lo cual era ridículo y muy inquietante, teniendo en cuenta que detestaba que me cuidaran.

«No es cierto. Lo que odias es que nadie se preocupe sin una segunda intención».

Apreté el estómago ante aquella realidad, pero no sirvió para nada. Últimamente, no me resultaba tan fácil apartar a mi padrastro de mis pensamientos. Lo cierto era que mi acosador había aumentado la sensación de que mi vida transcurría en una caverna. Había dejado expuesta una vulnerabilidad que me hacía sentirme insegura, temerosa y sola. Era esa última sensación la que más me fastidiaba. Quería que aquella soledad desapareciera y si tenía que soportar a Caleb Steele una temporada para conseguir volver a la normalidad, lo haría.

—De acuerdo, la tendré preparada por la mañana.

—Bien. Dígame cuándo se dio cuenta de que no era algo que ocurriese solo por internet —dijo entornando los ojos.

—Hace dos semanas recibí otro fragmento del código en el correo. Aunque no está completo, hay alguien que quiere que sepa que conoce en qué estoy trabajando.

Los músculos de su mentón se tensaron.

—¿Le han pedido algo, dinero...?

—No.

—Quieren asustarla para que cambie sus hábitos, para que meta la pata de alguna manera. ¿Cuándo fue la siguiente vez?

—Me dejaron otro código en mi bicicleta cuando estaba aparcada en la puerta de una cafetería a cuatro manzanas de mi casa.

—Así que saben dónde vive y trabaja.

Traté de contener el escalofrío que recorrió mi cuerpo.

—Eso parece.

Cerró los puños, pero su respiración no cambió. Se quedó mirándome unos segundos y luego hizo un gesto con la cabeza para que continuara.

—La última vez fue ayer por la mañana. Recibí otro código, esta vez con una foto mía acompañándolo.

—¿Una foto? —preguntó Caleb.

—Me la hicieron dos días antes, cuando estaba de compras.

—Joder —dijo Caleb y se echó hacia delante, furioso—. ¿Dónde está el paquete?

—Lo tengo en casa.

Se adivinaba tensión en su expresión. Sacó el teléfono, llamó a la imperturbable Maggie y le dio instrucciones para que alguien recogiera el paquete y lo llevara a analizar en busca de huellas. Con la misma energía, colgó y dejó el teléfono en la mesa que había entre nosotros.

—Cuénteme qué más hace en internet, aparte del trabajo que desempeña en SDM.

—Es una pregunta muy amplia. ¿Quiere saber si he cometido algún error?

—Estoy seguro de que no, pero algo que ha hecho ha provocado esto.

Tenía lógica. Aunque intenté controlarme, mi desasosiego fue en aumento.

—Es programadora. Estoy seguro de que sabe perfectamente borrar las cachés. Y no me refiero a porno, aunque me gustaría saber cuáles son sus páginas preferidas.

Sentí que una cálida sensación se me extendía desde el pecho al vientre.

—Señor Steele...

—Dígame, Lily.

Respiré hondo.

—No dejo rastro de dónde compro mi ropa interior ni doy detalles pormenorizados de dónde voy a estar en cada momento del día. Sé muy bien cómo protegerme.

—Aun así, han dado con usted.

Después de unos segundos, lo miré.

—¿Qué quiere saber exactamente?

—Los programadores son buenos hackers. Si consiguió su trabajo en SDM gracias a que era una hacker, debe de ser muy buena. ¿Cuál es su alias?

De repente, aquel nombre que hacía estremecerse a un montón de hackers sin rostro me sonó pretencioso.

—Cipher Q.

Sus cejas se arquearon lentamente.

—¿Usted es Cipher Q?

Una emoción más se unió al torbellino de mi interior.

—¿Ha oído hablar de mí?

Se encogió de hombros.

—Los delitos cibernéticos afectan a algunos de mis clientes, y Maggie y unas cuantas personas de mi equipo se ocupan de eso por mí. Hace unos meses me comentaron que había un concurso entre hackers y, si no recuerdo mal, usted ganó.

A pesar del arrebatado de orgullo, sentí la necesidad de dejarle claras las cosas.

—Sí, pero fue todo legal, nada de delitos cibernéticos.

—¿Quién quedó en segundo lugar?

—Nordic Razor.

—¿Qué sabe de él? ¿Qué tal se tomó quedar el segundo?

—¿Piensa que está detrás de esto?

—No a todo el mundo le gusta que le gane una mujer.

Sacudí la cabeza.

—No es él.

—Eso lo decidiré yo. Voy a necesitar también el nombre de todos los que participaron en el concurso.

—A este paso, voy a pasar mucho tiempo preparándole listas. No me va a quedar tiempo para trabajar.

Se echó hacia delante y el magnetismo de su personalidad me alcanzó como si fuera una marejada.

—No podrá trabajar si esto continúa. ¿Se ha olvidado ya de quién está al mando de la situación?

«Tengo el control».

Había oído aquellas palabras demasiadas veces en mi vida.

—No me gusta que me den órdenes, señor Steele.

—Lástima. Hasta que este bastardo esté bajo custodia, no solo hará lo que le diga sino que acabará gustándole.

Quizá fuera algo en su voz o las palabras que había usado, pero lo cierto fue que mi furia se esfumó. Todavía sentía aquel cosquilleo entre mis muslos, pero era una necesidad diferente.

Por una vez en mi vida, sentía la necesidad de tomar la delantera y poner a aquel hombre en su sitio. Hacía tiempo que había dejado atrás la época de complacer a los demás.

Me desabroché el cinturón y me levanté de mi asiento antes de que pudiera pensar en lo que estaba haciendo.

Ser menuda tenía sus ventajas. Me resultó muy fácil subirme a la mesa.

Acerqué mi rostro al suyo justo en el momento en que inspiraba. A tan escasa distancia, percibí la sorpresa en sus ojos mientras me observaba.

—¿De veras cree que tiene el control?

Una lenta y confiada sonrisa asomó a sus bonitos labios.

—Por supuesto.

—Entiendo.

Me acerqué un poco más y me pasé la lengua por los labios. Su actitud cambió. Bajó la mirada a mi boca y su siguiente inspiración no fue tan calmada.

—No me ha preguntado cómo di con usted para encargarle el problema, señor Steele.

Su mirada se tornó precavida.

—Maggie se ocupa de esas cosas.

Asentí.

—Me hizo las preguntas adecuadas, pero me temo que le conté una mentirijilla. No conozco personalmente al cliente que dije que me lo había recomendado. Lo encontré a él y toda la lista de sus clientes de otra manera.

—Me ha hackeado.

Me permití sonreír.

—No, tan solo le eché un vistazo. ¿Pero sabe qué habría podido hacer si hubiera querido?

—¿El qué? —preguntó entornando los ojos.

—Descubrir cada uno de sus datos.

El silencio se volvió ensordecedor.

—¿Qué me impide echarla sobre esta mesa y darle el azote que tanto se merece antes de dejarla en Palo Alto y marcharme? —preguntó entre dientes.

La erótica imagen de su palma contra mi trasero amenazó con borrar mi sonrisa. Ignoré la calidez que había humedecido mis bragas y pasé los dedos por su mejilla. Tuve que contenerme para evitar jadear al acariciarlo.

Exhaló y sentí su aliento en mi rostro.

—Estuve curioseando los casos que tiene abiertos. Quería asegurarme de que sería su prioridad. Su caso más emocionante concluyó hace un par de semanas. Es un hombre de acción y se aburre, señor Steele. Ahora mismo, mi caso es el más jugoso que tiene entre manos.

Mi dedo gordo pasó muy cerca de sus labios. Al reparar en su dentadura, otra imagen saltó a mi cabeza, la de aquellos dientes perfectos acercándose a

mi clítoris.

—Siempre podría tomarme esas vacaciones que llevo tanto tiempo deseando —dijo él.

—De ninguna manera, porque me he dado cuenta del modo en que me ha mirado esta noche al entrar en la habitación y cómo me está mirando ahora mismo.

Deslicé los dedos desde su cuello, pasando por su pecho hasta su cinturón. Sin dejar de mirarlo a los ojos, rocé los labios con los míos deleitándome con el brillo de lascivia que oscureció sus ojos.

—Sé que se le ha puesto dura imaginándose mil posturas en las que follarme.

Me aparté y vi los nudillos blancos de sus puños cerrados a cada lado de mi cuerpo.

—Pero no va a tocarme hasta que pille a mi acosador. Sé que no le gusta mezclar los negocios con el placer. Me he dado cuenta.

Mi mano llegó hasta su destino final, acariciando de arriba abajo aquel impresionante bulto bajo su bragueta. Un gruñido escapó de su garganta.

—Así que, ¿cree que está al mando, señor Steele? Siga soñando.

## Capítulo 4

*Caleb*

Joder.

Me quedé mirándola, furioso a la vez que excitado. No sabía si sacarla de mi avión o rogarle que volviera a acariciarme la polla. Me debatía entre admitir que tanto ella como su caso me intrigaban o el impulso de mandarlo todo al infierno.

De nuevo en su asiento, me miraba fijamente con una dulce sonrisa en los labios. Me prometí borrar aquella mueca a la primera oportunidad que tuviera.

Mierda.

No debería estar permitido que mujeres con una boca como la suya hablaran de aquella manera a menos que estuvieran follando. Porque entre aquel roce de labios y la caricia torturadora de mi polla, iba a tener una prolongada erección.

Ni siquiera la furia de que hubiera invadido mi intimidad era suficiente para calmar el fuego que ardía en mi polla. Deseaba saber qué más había visto cuando había estado... ¿Cómo lo había llamado? ¿Curioseando?

¿Se habría enterado del suicidio de mi madre, de mis infructuosos intentos por impedirlo, de aquella cita con el psicólogo infantil después de que me derrumbara? Por suerte, las pesadillas que me habían asaltado después de su muerte no estaban archivadas en ninguna parte.

Aun así, había traspasado una línea.

¿Por qué?

—Esa escena que acaba de montar ha sido peligrosa, Lily. ¿Tan importante es el control para usted?

—¿Acaso no lo es para todo el mundo? —replicó.

Llevar el control o cederlo era algo muy importante para ella y tomé nota de aquel detalle.

Pero a pesar de su fortaleza, percibí su aprensión. Además, estaba al límite. Los clientes en esa clase de situaciones solían reaccionar de manera impulsiva.

Inspiré mientras el avión transitaba hacia el hangar.

—Se ha tomado muchas molestias para contratarme. No lo estropee indagando en mi vida otra vez. Hágame caso, la próxima vez no lo pasaré por alto. A cambio, la mantendré al tanto en la medida de lo posible, ¿trato hecho?

Se quedó mirándome. Las llamas de sus ojos asomaron unos segundos más antes de que asintiera.

—Hecho.

Me levanté de mi asiento, ignorando la erección aún rígida e impaciente bajo mis pantalones.

Había avivado el fuego y se merecía quemarse un poco. Y por el rubor que asomó a sus mejillas cuando sus bonitos ojos bajaron hasta mi entrepierna, ella también estaba ardiendo. Debatíéndome todavía entre la rabia y la lujuria, me incliné hacia delante.

—Respecto a su comentario acerca de las diferentes maneras en que me gustaría follarla, multiplique por doce lo que calcule. Y, ¿adivina una cosa?

Sus ojos me desafiaron.

—¿Qué?

—Sé que me desea también, así que no voy a ser el único que va a estar sufriendo, ¿verdad?

No me contestó, aunque tampoco esperaba que lo hiciera.

Ambos nos sumimos en nuestros pensamientos mientras salíamos del avión.

El coche que Maggie había conseguido era un todoterreno con las ventanillas ahumadas, lo cual agradecí. Por desgracia, hoy en día los acosadores tenían muchos medios para espiar a sus víctimas, quienes a su vez tenían muchas formas de responder si se sentían indefensas.

Aquella idea me trajo a la cabeza una pregunta que me ayudó a desviar la atención del cuerpo menudo y perfecto de Lily y de lo que me gustaría hacer con él.

—¿Tiene pistola? —pregunté.

Metí nuestros bolsos de viaje en el todoterreno y me coloqué en el asiento del conductor.

—¿Una pistola? —repitió con los ojos abiertos de par en par—. ¿Por qué iba a tener una pistola?

—No se sorprenda tanto. No sabe cuánta gente va por ahí con su pistola. No me gusta llevarme sorpresas.

Dejé caer los hombros cuando un recuerdo inoportuno de Kirsten, mi ex, y el dolor fantasma de mi herida de bala me asaltaron.

Lily se dio cuenta y me dirigió una mirada inquisidora.

—No tengo pistola. Tampoco es mi intención ir armada, independientemente de las circunstancias.

—Bien.

Se quedó callada hasta que la curiosidad pudo con ella.

—¿Acaso usted...?

—Ya está bien de indagar por esta noche, Lily. Concentrémonos en el motivo por el que estoy aquí, ¿de acuerdo?

El tono cortante de mi voz la hizo estremecerse, pero no me importó.

Tomé un camino más largo y tranquilo desde el aeropuerto a la dirección de Lily en Menlo Park. Comenzó a inquietarse cuando tomamos una calle de tres carriles flanqueada por unas mansiones impresionantes.

—¿Seguirán sus hombre allí?

Miré la hora en el salpicadero.

—No, Maggie me mandó un mensaje cuando se fueron. Mañana volverán para ocuparse de la seguridad del interior de la casa.

Abrió los ojos de par en par, sorprendida.

—Vaya, gracias.

Me volví para mirarla y la vi preocupada, mordiéndose el interior del labio.

—De nada. ¿Puede explicarme por qué le inquieta tanto que estén dentro de la casa?

Apartó la mirada.

—No me gusta que unos desconocidos invadan mi intimidad.

Tuve la sensación de que no estaba siendo del todo sincera, pero decidí olvidar el asunto.

—De acuerdo.

Parecía sentir alivio de que estuviera fijándome en el entorno.

Muchas propiedades exhibían todo su esplendor, pero otras estaban medio escondidas detrás de palmeras y abetos. Demasiados rincones para que un

acosador se ocultase.

Lily sacó su teléfono y apretó un botón de la pantalla, y señaló una casa.

—Así se abren las verjas.

Las verjas electrónicas se abrían lentamente.

—Tienen que abrir más rápido. No querrá quedarse aquí sentada mientras tardan una eternidad en abrirse. Me encargaré de solucionarlo.

Ella asintió.

—Muy bien.

En cuanto se abrieron lo suficiente, entré. Comparada con otras casas de la calle, la suya era de las pequeñas sin dejar de ser impresionante. Blanca y de estilo europeo, tenía dos plantas, varios cientos de metros cuadrados y amplios ventanales rectangulares. Lo único que el acosador necesitaba era unos buenos prismáticos para poder seguir sus movimientos por el interior de la casa. La segunda planta también sería un problema si mi sospecha de que los dormitorios tenían terrazas hacia el patio se confirmaba.

La puerta principal parecía lo suficientemente robusta. No podía hacer nada con las columnas romanas que flanqueaban el porche y había que cambiar la ubicación de las macetas que había a los lados de la puerta.

Abrió su puerta y se bajó dando un salto. Evité expresar mi desagrado y salí, alcanzándola justo cuando subía el último escalón que daba al porche.

La toqué en el brazo.

—Espere.

Parecía asustada.

—Su personal de seguridad ha estado aquí.

—Nunca se puede ser demasiado cuidadoso. ¿Llaves?

Buscó en su bolso y me dio las llaves. Abrí la puerta y vi un gran vestíbulo.

—El interruptor está a su izquierda.

La encendí y aquel amplio espacio quedó bañado por una luz cálida. Una alarma emitía unos pitidos desde el panel que había junto al interruptor. Metí el código.

Reinaba el silencio mientras avanzaba por el distribuidor del primer piso. Dos pasillos salían del vestíbulo a cada lado de una gran escalera de madera y hierro forjado. Al final del pasillo de la izquierda vi la silueta de unos sofás y una mesa de centro, por lo que deduje que el pasillo de la derecha llevaba a la cocina.

La hice pasar y giré el pomo de la puerta.

—Quédese aquí. Iré a comprobar las otras habitaciones —murmuré.

Sentía junto a la piel la pistola que me había metido en la espalda antes de dejar el aeropuerto.

Inspiró lentamente antes de que su mirada se encontrara con la mía.

—Prefiero ir con usted —susurró.

No era por miedo a estar sola. No, Lily estaba nerviosa.

—¿Vive sola? —pregunté sorprendido.

—¿Y qué si es así?

Alzó la barbilla, en un gesto desafiante.

—No estoy juzgando nada. Es solo que espero no sorprender a nadie a las cuatro de la mañana.

Apartó la mirada.

—De acuerdo. No, no vive nadie más aquí —murmuró.

—Está bien, puede venir pero quédese detrás de mí.

Asintió con la cabeza distraídamente.

No encontré sorpresas en la cocina ni en la despensa ni en la zona de lavandería. Volví a comprobar las puertas para asegurarme de que estaban cerradas, antes de inspeccionar las otras habitaciones de camino al salón.

Adiviné el motivo de su nerviosismo unos minutos más tarde.

Los dos salones conectados por un amplio distribuidor con una puerta que daba a un estudio no estaban revueltos, pero no podía decirse que estuvieran ordenados.

Una manta en un sofá, un vaso vacío en la mesa, cojines por el suelo frente a la chimenea de mármol. Sobre uno de los reposabrazos del otro sofá había una camiseta con un sujetador de encaje negro pillado entre los tirantes. A pesar del desorden, todo se veía limpio y estaba decorado con gusto. Alguien se había tomado la molestia de convertir aquella casa en un hogar.

Aun así, cuando la miré, tenía las mejillas sonrosadas.

—No soy muy ordenada —dijo poniéndose a la defensiva—. Cuando me pongo a trabajar, se me olvida recoger. Y le he dado una temporada libre a la asistente, así que...

Se encogió de hombros, rodeó el sofá y miró a su alrededor.

—Le gusta ponerse cómoda en su casa. No hay nada malo en ello.

Excepto que la imagen de aquellos cojines frente a la chimenea estaba avivando el fuego que se había iniciado en el avión.

Recogió la camiseta y el sujetador del sofá y los metió en un cajón. Aparté

la mirada de ella y estudié la habitación. Había dos puertas que daban al exterior y varias ventanas cubiertas de cortinas. Todo aquello tendría que ser asegurado al día siguiente.

Como si los atrajeran unos imanes, mis ojos volvieron a fijarse en los cojines y en algo rosa que asomaba entre ellos. Antes de que pudiera confirmar lo que era, Lily se interpuso para impedirme la visión.

Arqueé una ceja y se puso roja.

—¿Seguimos?

Evité sonreír, agradeciendo la oportunidad de calmar mi libido.

—Por supuesto.

Volvimos sobre nuestros pasos al vestíbulo y tomamos la escalera hacia el sótano.

Al encender el interruptor se iluminó una impresionante sala de proyección con todo lo necesario para un cinéfilo, incluyendo unas cómodas butacas y una amplia barra para bebidas y aperitivos en el extremo opuesto de la estancia. Revisé la barra, la pequeña despensa y el baño antes de indicarle que pasara.

Se fue directa a la primera fila y recogió algo del suelo. Aquel brillante objeto rosa era el mismo que había visto arriba, pero aquel vibrador destacaba sobre la manta negra que estaba en el asiento central frente a la pantalla.

Me quedé sin respiración al imaginármela abierta de piernas en la butaca con su juguete favorito entre ellas. Antes de que pudiera recuperarme, otra imagen me asaltó. Esta vez era yo el que estaba entre sus piernas, mientras ella disfrutaba de la película que se estaba proyectando.

Aunque no dejaría que se concentrara en la pantalla.

Estaría alterada, tomándome del pelo y arqueando la espalda pidiéndome más.

Mi pulso se aceleró hasta niveles insoportables mientras la observaba aferrarse a su juguete sexual.

—¿Puedo hacer una sugerencia?

Mi lengua estaba tan rígida como la erección que comprimía mi bragueta.

Sus dedos se cerraron en torno a aquel objeto rosa.

—No.

Me ajusté el pantalón antes de acercarme a ella.

—Si tanto le incomoda que alguien vea sus juguetes, ¿por qué los deja por el medio?

—Un caballero no lo mencionaría.

—Y una dama no se habría subido a la mesa de mi avión, provocándome con su cuerpo y acariciando mi polla sin antes haberme invitado a una copa, pero aquí estamos.

—No lo he acariciado —replicó agitada—. Solo...

Su rubor se acrecentó.

Reí disfrutando de su apuro. El recuerdo de su roce despertó en mí ganas de más.

—Lily, me da igual con qué juguetes se divierta, así que no se sienta mal. Sin embargo, siento curiosidad por saber qué más tiene por aquí. A mí no me pueden faltar cervezas frías, a usted supongo que los juguetes eróticos. ¿Se conforma con ellos o es solo para cuando no puede contener las ganas?

Sus ojos verdes parecían rayos de láser apuntándome.

—Me voy a la cama, señor Steele. Tómese como una señal de que no voy a contestar preguntas impertinentes.

Salió disparada hacia la puerta, moviéndose más rápido de lo que esperaba.

La intercepté antes de que llegara al vestíbulo.

—Todavía no he comprobado el piso de arriba.

—Entonces, le sugiero que lo haga cuanto antes —dijo dirigiéndose a la escalera.

—¡Deténgase!

—No me hable como le habla a Maggie, señor Steele.

Antes de que pudiera impedirlo, deslicé el pulgar por su piel.

—Nunca te confundiría con Maggie. Eres única, nena. Y deja ya de tratarme de usted y llámame Caleb.

El tono de mi voz evidenciaba lo que su roce me provocaba.

También tuvo efecto en ella, a juzgar por sus labios abiertos y la pequeña bocanada de aliento que soltó. Me quedé completamente perplejo de la reacción de mi pene ante aquel sonido.

La atracción que se había establecido entre nosotros desde el momento en que nuestras miradas se habían cruzado aumentaba por momentos.

Necesitaba calmarme antes de cometer alguna estupidez como tomarla entre mis brazos y saborear aquellos labios tentadores.

—Acabemos con esto. Recuerda la regla: quédate detrás de mí.

Después de confirmar que todo estaba en orden, saqué el equipaje del coche y contuve el impulso de servirme una copa. A pesar de que no me apetecía

dormir bajo un techo que no fuera el mío, no podía mezclar descanso con alcohol. Las pesadillas siempre encontraban la forma de abrirse paso.

Apreté los dientes y me dirigí al piso de arriba.

Quizá no fuera una buena idea elegir el dormitorio más próximo al de Lily. La mayoría de las noches, las pesadillas solo me provocaban sudores fríos. Pero en ocasiones, la última imagen de mi madre me arrancaba... sonidos.

Me quedé mirando la puerta de Lily. La había cerrado en mi cara después de darme las buenas noches.

Mis labios se curvaron en una sonrisa. No le gustaría que la definiera como una fiera, pero eso era exactamente lo que era. A pesar de su ropa oscura y de su piel de alabastro, debajo ardía al rojo vivo.

Apreté el pomo de la puerta. ¿Estaría usando aquel pequeño artilugio rosa para calmar la irritación que pudiera haberle causado? O quizá para aliviar la tensión que le provocaban aquellas sombras que acechaban en la oscuridad.

Corría el riesgo de morir de un calentón si no me controlaba.

## Capítulo 5

*Caleb*

Apenas era de día cuando la imagen lívida del rostro sin vida de mi madre me sacó del sueño al sonar la alarma. Sin prestar atención a mi corazón acelerado, corrí a la puerta y la abrí, aliviado de que no fuera aquel sonido estridente que anunciaba la presencia de algún intruso. De repente recordé que me estaba enfrentando con un acosador experto en tecnología.

En el piso de abajo, me tomé un momento para escuchar. El cantar de los pájaros era lo único que rompía el silencio.

Al cabo de unos segundos, se oyó agua salpicar. La pistola que había tomado de la mesilla de noche antes de salir de mi habitación chocaba contra mi muslo mientras avanzaba hacia la puerta abierta del salón y la atravesaba.

En el patio de atrás, a unos diez metros, el césped daba paso a unas baldosas de piedra y a una piscina más grande de lo habitual. Allí estaba Lily nadando.

Entre incredulidad y fastidio, atravesé la gran pérgola de roble, con una barbacoa en el centro y varias tumbonas al lado de la piscina.

Tenía la vista fija en la figura que se movía en el agua, completamente ajena a mi presencia.

La observé nadar otro largo, y luego otro. Respiré lentamente, tratando de controlarme.

—Lily.

Mi voz vibró por la furia que corría por mis venas.

No se detuvo. Sus brazadas eran impecables y eficientes, y sus patadas la impulsaban alejándola de mí en dirección al otro extremo de la piscina. La seguí y la vi ejecutar una vuelta perfecta debajo del agua e impulsarse para

hacer otro largo. Sus movimientos eran lo suficientemente suaves como para distinguir los auriculares que llevaba en los oídos. Mi enfado aumentó un poco más.

Me saqué la camiseta por la cabeza y me quité los pantalones antes de lanzarme a la piscina. En dos brazadas llegué hasta ella. Sus ojos brillaron alarmados al tomarla entre mis brazos. Trató de defenderse arañando y arrojándome agua antes de darse cuenta de con quién estaba peleando.

En ese tiempo, un montón de posibilidades se me vinieron a la cabeza, incrementando mi mal humor.

—¿Te has vuelto loca?

No hice ningún esfuerzo por disimular mi temperamento.

Se limpió el agua de los ojos con una mano y con la otra me apartó de un empujón.

—¿Podrías no gritarme, por favor?

—Te he hecho una pregunta.

—Pues no vas a obtener respuesta si no me sueltas y bajas la voz unos cuantos decibelios.

Sí, tenía razón, estaba hablando alto. Apenas estaba amaneciendo y había dormido fatal.

—He dicho que...

—Te he oído la primera vez y estoy segura de que los vecinos también.

Trató de soltarse. La sujeté con más fuerza y la empujé desde el centro de la piscina hacia un lado. No era profunda, pero con su escasa estatura, sus pies apenas llegaban al fondo. Cuando intentó zafarse de nuevo, la atrapé con una pierna.

Se retorció y apoyó una mano en mi hombro. La detonación de mi interior al sentir su roce se vio reflejada en su cara. Su respiración se agitó y su mano desapareció en el agua.

—¿Qué estás haciendo?

Su voz sonó aguda, pero aquel fuego que siempre ardía bajo la superficie se adivinaba en su mirada desafiante.

Ignoré el efecto de su roce y le sostuve la mirada.

—Creo que eso debería preguntarlo yo. ¿Qué demonios estabas pensando al salir aquí sola?

Los primeros rayos de sol eligieron aquel momento para salir y bañar su rostro con una luz dorada, iluminando las gotas de agua que salpicaban su

bonita y pálida piel. No pude apartar la vista de las que tenía sobre el labio superior ni de lo tentadora que resultaba su boca.

—No podía dormir. Nadar me relaja. Pero espera, ¿por qué te estoy contando esto?

Se movió impaciente y sus pies rozaron mi pantorrilla.

Apreté los dientes y traté de evitar que aquella agonía que sentía en la entrepierna me distrajera. Una vez conseguida su atención, lo más prudente era soltarla.

Pero no estaba dispuesto a hacerlo hasta que no hubiera acabado de hablar.

—¿De veras necesito explicártelo? ¿Y esas cosas que llevas en los oídos? ¿Cómo demonios esperas oír algo con esto puesto?

Tiré de los auriculares y los arrojé a los adoquines.

—Siempre nado con los auriculares puestos. No necesito que me digan lo que tengo que hacer. Esta es mi casa, mi vida, y puedo hacer lo que quiera.

—Créeme, te entiendo, pero no sabemos cuándo ese indeseable va a dar un paso más. Si tantas ganas tenías de nadar, ¿por qué no me has despertado?

—Nado todas las mañanas y no necesito tu permiso para hacerlo.

—Por el amor de Dios, para eso estoy aquí, para...

—No voy a vivir con miedo ni a permitir que un extraño lleve las riendas de mi vida.

La contundencia con la que pronunció aquellas palabras rompió la tranquilidad de la mañana. Lily se quedó inmóvil. La expresión de sorpresa de su rostro confirmaba que no había pretendido hablar así.

Al ver que palidecía, fruncí el ceño, preocupado.

—Lily...

—¡Suéltame!

Subió las manos en el agua. Una la apoyó en mi estómago y la otra rozó la parte superior de mi muslo, y luego mi cadera desnuda. Sus ojos verdes se abrieron de par en par. Unos segundos más tarde, su mirada se clavó en mi pecho antes de seguir bajando. Jadeó.

—¿Estás... desnudo?

—No me gusta mojarme mis pantalones de pijama favoritos, nena.

Sus mejillas se sonrojaron y apartó las manos de mi cuerpo.

—Oh, Dios mío.

—¿Por qué te escandalizas? Hace apenas unas horas, me estabas acariciando.

—¡Calla!

Observé cómo se extendía su rubor y deseé seguir su rastro por todo su cuerpo con mi lengua.

—Vaya temperamento que tienes. Creo que podría...

Las palabras se ahogaron cuando las manos que hacía un momento me habían apartado, tiraron de mi cabeza para unirme a sus labios.

Me besó y luego me mordió con fuerza. Mi gemido se perdió en su boca abierta mientras me pasaba la lengua por los labios. Una vez, dos veces... Sus lentos y delicados lamidos hicieron arder fuego en mi interior.

Abrí los labios para saborearla mejor e inmediatamente introdujo la lengua en mi boca, apretando sus labios de terciopelo contra los míos. Me pasaba la lengua con tantas ganas como las que yo tenía de lamerle el conejito. Jadeé al saborearla. Era tal y como me la había imaginado: paraíso e infierno, pecado y absolución, placer y...

Me empujó tan bruscamente como me había atraído. Mi mente todavía estaba disfrutando de su delicioso sabor cuando se volvió, se apoyó en el borde y salió de la piscina.

—¿Qué demonios...?

No pude evitar hacer una mueca al ver su cuerpo salir del agua. Era una mujer impresionante.

Su mirada no dejaba adivinar demasiado, diluida como estaba por la excitación.

—Eso ha sido para callarte, nada más.

Mi mirada ansiosa recorrió su cuerpo, deteniéndose en sus pezones erectos y en los latidos que se adivinaban en su cuello.

—¿Estás segura de eso?

Desvió la vista hacia un lado y unió las manos.

—De momento, queda descartado nadar sola. Estoy de acuerdo.

—Hagamos una lista para que no haya confusión. ¿Nos vemos dentro de cinco minutos en la cocina?

—Vale —respondió, aún evitando mi mirada.

Bajo el agua, mi polla fue hinchándose en toda su plenitud. A medida que el sol salía, tenía una mejor visión de ella. El bañador que llevaba era más escueto que muchos bikinis porque tenía una serie de tiras cruzadas diseñadas para hacer destacar sus impresionantes curvas. Me quedé boquiabierto mientras me decía que si mi mirada la hacía sentirse incómoda no sería más

que una forma de venganza por lo que me había hecho pasar. Pero mis razones eran mucho más primitivas.

Descalza parecía incluso más pequeña. Revolcarse con ella sería maravilloso. Se volvió y bajé la mirada hasta su culo con forma de corazón, sus piernas torneadas y los tobillos más bonitos que había visto jamás.

Contuve un gruñido mientras mi erección se endurecía aún más.

A aquel paso iba a necesitar una ducha fría antes de poder mantener una conversación coherente.

Cuando llegó a la tumbona y tomó una toalla, nadé hasta el extremo donde había dejado mi ropa.

Salí del agua con la esperanza de que el aire fresco remediara lo que el agua no había podido conseguir y calmara mi excitación.

La oí inspirar bruscamente cuando me estaba agachando a recoger los pantalones.

«No te gires, no...».

Me volví y me sorprendí al ver sus ojos clavados en mi culo. En otras circunstancias, habría hecho algún comentario atrevido, animándola a mirarme si me dejaba hacer lo mismo. Pero ya estábamos en terreno peligroso y apenas habían pasado doce horas desde que nos habíamos conocido.

Por no mencionar que había cámaras instaladas por mis hombres grabando cada segundo de nuestro pequeño espectáculo. Así que como si tal cosa, me puse los pantalones. La prioridad después de aquella charla sería acceder a las grabaciones y borrar aquella parte.

Para cuando cerré las puertas y me marché a la cocina, había desaparecido.

La máquina de café parecía no haberse usado desde que se había sacado de su caja. Después de cargarla, tomé dos tazas y esperé a que el aparato se pusiera en funcionamiento. Entró en la cocina justo cuando la primera taza comenzaba a llenarse. Se había puesto un jersey fino que dejaba al descubierto su cintura y unas mallas negras que se ajustaban como un guante a sus caderas. Tragué saliva y me afané en preparar la segunda taza, algo que apenas me llevó diez segundos.

—¿Cómo te gusta el café?

Mi pregunta pareció sorprenderla.

—Con nata y unas gotas de vainilla.

Busqué los ingredientes, los añadí a su taza y se la di.

—Si no me ha quedado bien, no me lo digas.

Dio un sorbo al café y parpadeó.

—Está bueno, gracias.

Tomé mi taza y me uní a ella en la isla de la cocina.

—¿Por qué comprar una máquina de café si no piensas usarla?

Hice aquella pregunta solo por tener algo que hacer que no fuera observar aquella boca cuyo sabor conocía.

—No la he comprado yo. Estaba aquí cuando me mudé, junto con el resto del mobiliario —respondió sin mucho interés.

—¿Cuánto tiempo hace que vives aquí?

Se puso rígida.

—Tres años.

—¿Solo has trabajado para SDM?

Asintió y apoyó la cadera en la encimera. Desvió la mirada a su pelo húmedo, lo que fuera con tal de no fijarme en su cintura desnuda o en las curvas de sus caderas.

—¿Por qué no un apartamento en Sunnyvale, cerca de las oficinas de SDM?

Aquella zona de Silicon Valley era territorio de altos directivos.

Sus largas pestañas aletearon.

—El sueldo incluía alojamiento y me ofrecieron esta casa. Iba a ser algo temporal hasta que encontrara una a mi gusto, pero surgió la oportunidad de comprarla y lo hice —dijo y se encogió de hombros—. Eso me ahorró mucho tiempo.

Aquella respuesta parecía ensayada y me hizo sospechar que había algo más, pero decidí dejarlo pasar por el momento.

—Además de nadar, ¿qué sueles hacer habitualmente al aire libre?

—Nada que no pueda dejar una temporada.

—Estupendo. Entonces, hemos quedado en que me avisarás cuando quieras salir, ¿de acuerdo?

Sus rebeldes ojos verdes se encontraron con los míos desde el otro lado de la encimera.

—Si eso evita que te tires a la piscina desnudo, entonces sí —replicó y dejó el café a medio terminar sobre el granito—. Al tenerme prisionera en mi propia casa, ¿no te estás saliendo con la suya?

—No estás prisionera. Simplemente no podrás hacer cosas tu sola durante una temporada. Además, si piensa que hay alguien en tu vida, quizá dé la cara antes.

Ella frunció el ceño.

—¿Alguien en mi vida?

Me encogí de hombros.

—No sabe quién soy y eso le pondrá nervioso. Espero que lo suficiente como para dar la cara.

Se quedó asimilando mis palabras durante unos segundos.

—¿Y si no funciona?

Sentí que mi gesto se endurecía.

—Entonces le seguiremos el juego y le haremos frente.

Hacía tiempo que había dejado atrás la época en que me quedaba sentado a la espera de que las cosas sucedieran. Confiar en que otras personas hicieran algo por mi madre le había costado un precio muy alto. Había sufrido durante años hasta que había tomado la única opción que le quedaba, dejando que yo lidiara con las consecuencias.

Volví a sentir aquella amarga sensación en la garganta y tragué saliva.

Bajó la mirada.

—La otra razón por la que te contraté fue por tu alto porcentaje de éxitos —murmuró mientras jugueteaba con el asa de la taza.

Mandé callar al arrogante estúpido que tenía dentro y que quería pavonearse con el significado oculto de sus palabras, mientras la observaba morderse el labio.

—Me está costando mucho terminar ese algoritmo —añadió.

No era fácil reconocerlo y la admiré por admitirlo en voz alta. Quizá fue por eso por lo que rodeé la encimera para ponerme a su lado. La tomé de la barbilla y la obligué a mirarme a los ojos.

—Pillaremos a ese bastardo. Te lo prometo.

Sus fosas nasales se dilataron ligeramente al inspirar. A tan corta distancia, adiviné en sus ojos los miedos y dudas. Había sido valiente hasta aquel momento, pero empezaba a flaquear. Abrí la boca sin saber muy bien qué prometerle, pero ella se apartó.

—Ah, y respecto al beso...

—¿Sí?

—Estaba fuera de lugar. Lo siento.

—Yo no.

—¿Cómo? —dijo poniéndose rígida.

Me encogí de hombros, a pesar de su expresión de sorpresa.

—Técnicamente, no me he saltado ninguna regla. Me la pusiste dura en el avión. Me besaste en la piscina.

Lily abrió los ojos de par en par.

—¿Y eso lo justifica?

—Eso me hace... Bueno, no dejemos que eso nos quite el sueño.

De hecho, cuanto más pensaba en ello, menos inconvenientes le veía.

—¿Es así como sueles relajarte? —preguntó y su expresión se endureció.

—Teniendo en cuenta que eres la única clienta a la que le he permitido... tratarme así, yo diría que no.

Se quedó boquiabierta.

Esbocé una sonrisa tensa al asaltarme el recuerdo de Kirsten. A ella la cortejé, cayendo directamente en la trampa que me había tendido. Desde entonces, mis relaciones habían sido estrictamente sexuales, poniéndome la condición de no sobrepasar los dos meses. Había descubierto que había sido entonces cuando me había vuelto hogareño.

Un par de mujeres me habían llamado cabrón desalmado. Había aprendido a vivir con ello. Podía acostumbrarme a la forma de hacerme callar de Lily, aunque estaba un poco desconcertado por invitarla a cruzar la línea.

—Así que si no puedes controlar el impulso, déjate llevar.

—¿Hablas en serio?

Me encogí de hombros.

—Bueno, no te preocupes que no pasará —replicó—. ¿Hemos terminado?

Me sentí decepcionado, pero lo ignoré.

—Sí, de momento. Mi equipo llegará a las nueve para terminar la instalación interior. ¿Qué planes tienes para hoy?

—Voy a ir a la oficina un par de horas. Se trabaja mejor en fin de semana y me cunde más.

—Iremos juntos.

Asintió y llevó la taza al fregadero. Después de aclararla, se agachó para meterla en el lavaplatos. La vista de su culo perfecto me provocó una rápida erección antes de desviar la mirada.

—Tendré la lista preparada en media hora —dijo al salir.

Me apoyé contra la encimera después de que se fuera, deseando que mi erección bajara a pesar del razonamiento que le había dado para que se saltara las reglas.

¿Se lo creería? ¿De veras quería que se las saltara?

«Claro que sí».

Aquel deseo me obligó a salir de la cocina en busca de algo en qué ocupar mi cabeza.

Durante la siguiente hora estuve recorriendo la media hectárea que rodeaba la casa, evaluando los puntos vulnerables y haciendo una lista para que el equipo de seguridad se ocupara de ellos.

En el garaje encontré una moto negra con detalles cromados junto a un Mini. Eran vehículos muy diferentes, pero de alguna manera encajaban perfectamente con la personalidad de Lily Gracen.

Sonreí, terminé el recorrido y volví a la casa. Me instalé en el comedor y envié correos electrónicos a Maggie y al equipo de seguridad. Luego, inicié sesión en el sistema de seguridad y busqué el momento de la piscina.

Las cámaras ofrecían tomas desde diferentes ángulos. La que estaba instalada en la pérgola había capturado perfectamente el momento en que había alcanzado a Lily. Se veían nuestras expresiones tensas mientras hablábamos, su sorpresa al saber que estaba desnudo, el momento en que me había tomado de la cabeza y me había dado aquel beso memorable, su espalda y trasero al salir del agua y mi mirada de ansia mientras la miraba fijamente.

Seleccioné aquellos siete minutos y dirigí el dedo hasta el botón de borrado. Me detuve cuando se quedó mirándome al salir de la piscina. Aunque apenas habían sido unos segundos, el efecto de verla observándome mientras me ponía los pantalones me resultó tremendamente excitante. Como si fuera un adicto a la testosterona, rebobiné y vi el beso una y otra vez hasta que no pude soportar más la presión de mi entrepierna. Mi polla necesitaba follarse de manera desesperada.

Preferiría no haberlo visto. Lily era una mujer muy atractiva con un bonito físico alrededor de un núcleo de acero, por no hablar de su saludable impulso sexual que no le avergonzaba satisfacer con juguetes eróticos.

Pero a pesar de mi debilidad por las mujeres fuertes e inteligentes, las reglas eran las reglas. Me habían mantenido en la cima de mi profesión durante casi una década.

Cerré el ordenador y lo dejé a un lado de la mesa. Luego me metí la mano por debajo de los pantalones y me hice una paja antes de ponerme de pie.

No la tocaría mientras fuera mi clienta. Pero nada me impedía dejar que la pelota se quedara en su tejado.

## Capítulo 6

*Lily*

Su equipo de seguridad llegó a la hora prevista.

Tres hombres cargados con cajas negras saludaron antes de ponerse a trabajar.

Hora y media más tarde habían acabado y se habían ido. La instalación de última tecnología era discreta y pasaba desapercibida entre la decoración. Aun así, saber que estaba allí me resultaba una intrusión.

—¿Cuándo quieres que salgamos para la oficina? —me preguntó Caleb después de explicarme las medidas de seguridad.

Me detuve a mitad de escalera y me volví hacia él. Estaba justo detrás de mí, tan cerca que pude oler el cloro mezclado con su olor corporal, lo cual no me resultó de ayuda para olvidar lo que había pasado en la piscina.

Su sabor era increíble: erótico, embriagador y muy adictivo. Todo lo que había imaginado en un hombre de verdad. Por eso lo había sorprendido con un beso.

Como en el avión la noche anterior, tomar la iniciativa había sido... maravilloso. Me había ido a la cama deseando más. Me había despertado con el recuerdo de mi mano acariciando su polla, larga y dura. Por eso me había ido a la piscina, para refrescarme.

Pero lo único que había conseguido había sido desear aún más a Caleb.

Estaba esperando una respuesta y me había quedado mirando fijamente su boca como una idiota salida.

Me volví rápidamente antes de que su ceja izquierda completara su arqueo.

—Solo necesito pasar información de mi ordenador portátil al de la oficina. Así que ¿en diez minutos?

Necesitaba librarme de su perturbadora presencia unas horas.

—De acuerdo.

Cinco minutos más tarde estaba delante del armario, eligiendo mi ropa con ojo crítico. El hecho de que me estuviera llevando tanto tiempo vestirme debido a él, aumentó la agitación de mis emociones. Pero la poderosa emoción de saber que Caleb Steele se sentía atraído por mí era incontenible. Era la clase de poder que a cualquier mujer se le subiría a la cabeza.

Pero el poder podía corromper. Debería saberlo. Entre Chance y mi padrastro, habían usado toda su influencia para controlar cada uno de mis movimientos.

No sería así entre Caleb y yo. Me había dado luz verde. Qué demonios, me había empujado a usar mi poder.

Y mentiría si no dijese que me sentía tentada.

«Vas a perder la cabeza».

Me quité las mallas negras y me puse unos pantalones negros de cuero. Me dejé el jersey y las pulseras de cuero que solía llevar, pero dudé al tomar mi barra de labios favorita. Atraía la atención a mi boca, lo cual me hacía sentir sexy, pero después de lo que había pasado aquella mañana, ¿de veras quería alentar a Caleb?

«Claro que sí».

Fruncí el ceño y tomé el bálsamo labial con sabor a melocotón.

Cuanto antes llegara a la oficina, antes podría dedicarme a trabajar y olvidarme de que el acosador y Caleb existían.

Estaba esperándome al pie de la escalera, con la atención puesta en su teléfono cuando llegué al descansillo. Por un lado, no quería que levantara la vista, pero por otro, estaba deseando que lo hiciera. Ambos deseos se vieron cumplidos cuando a media escalera levantó lentamente la cabeza. Su mirada se encontró con la mía antes de que sus ardientes ojos recorrieran mi cuerpo hasta la punta de las botas y de nuevo hacia arriba.

Ni siquiera se molestó en disimular el hecho de que quería más. Después de decirme que fuera a por él, me estaba dando acceso sin restricciones.

Cuando llegué al último escalón, aquel fuego que no se había apagado después de nuestro encuentro en la piscina ardía en llamas. Mis pezones delataban el deseo, sobresaliendo bajo el fino jersey que llevaba puesto.

Como si pudiera leer mis pensamientos, su mirada se clavó en mis pechos y luego la subió hasta mi cara, mientras su respiración se agitaba.

No sé cuánto tiempo permanecimos mirándonos.

Su teléfono emitió un sonido al recibir un mensaje. Bajó la vista unos segundos y volvió a fijarla en mí.

—¿Estás lista?

Su voz sonaba grave.

Asentí con la cabeza.

Al volverse para abrir la puerta, reparé en que se había puesto unos vaqueros oscuros, una camiseta negra y una chaqueta de cuero marrón.

—Iremos en el todoterreno.

Me detuve.

—Suelo ir a trabajar en bicicleta, pero supongo que no es una opción viable. Iremos en mi coche.

—No tengo nada en contra de tu coche, pero prefiero ahorrarme los calambres en las piernas. Y antes de que lo digas, no, no voy a seguirte mientras vas conduciendo tu coche.

—Pero...

—Lo siento, esto es uno de los puntos innegociables de los que hablamos. Buscar un lugar seguro sigue siendo una opción.

Me dirigí al todoterreno y abrí la puerta, consciente de que aquel hombre tenía la habilidad de alterarme con muy poco esfuerzo.

Me quedé observando su perfil mientras encendía el motor y ponía el coche en marcha hacia las verjas. Después de atravesarlas, me dirigió una sonrisa, intensificando el calor que ardía en mi interior.

Si la noche anterior no hubiera insistido, en aquel momento habría estado con él en una cabaña en mitad de la nada.

Una serie de pensamientos e imágenes eróticas me bombardearon, haciéndome permanecer en silencio mientras él conducía hacia las oficinas de SDM en Sunnyvale.

En el control de entrada, mostré mi identificación, confirmé que Caleb iba conmigo y le indiqué el camino al aparcamiento.

Una sensación de orgullo me invadió cuando le vi leer el letrero que acompañaba mi nombre: *Vicepresidente junior. Programación y codificación*. A pesar de la soga alrededor de mi cuello en forma de deuda con Chance y mi padrastro, sabía que me lo había ganado. Era capaz de conquistar montañas más altas. Era lo que pensaba hacer en cuanto me librara de mis opresores.

La mirada de Caleb mostró una gran admiración.

Sentí como si un nudo se aflojara en mi pecho. Eso a su vez hizo que me enfadara por querer ver ese respeto en sus ojos. Quería que me viera de otra manera que no fuera una víctima impotente, necesitada de la ayuda de un escolta.

Abrí la puerta y salí del coche.

—Lily, espera...

Me había alejado una buena distancia cuando me alcanzó.

—¿Qué?

—No te alejes de mí, ¿entendido?

También estaba molesto y trató de disimularlo esbozando una sonrisa falsa. Deslizó una mano alrededor de mi cintura y escaneó el aparcamiento antes de mirarme.

—Ese tipo podría estar en cualquier parte, incluso aquí mismo en este aparcamiento, esperando una oportunidad para atacar.

Sentí que la sangre abandonaba mi cara. Su mano me estrechó en un gesto reconfortante a pesar de su enfado.

—Sé que es un fastidio, pero será más fácil si aceptas algunos cambios durante una temporada.

—¿Como aceptar que te conviertas en mi sombra?

Esta vez esbozó una sonrisa más sincera.

—Preferiría algo más parecido a una segunda piel, pero me conformo con ser tu sombra.

Traté de no recordar la sensación de su piel bronceada junto a la mía, pero no tuve suerte.

—De acuerdo, ¿podemos irnos?

—Claro.

De nuevo, se había salido con la suya. Pero decidí que no podía llevar la cuenta o me volvería loca, así que me dirigí a mi despacho.

El edificio de oficinas de SDM en San Francisco tenía forma de dos plátanos, uno frente a otro, conectados por una pasarela de acero y cristal en cada planta. El equipo de hardware y tecnología ocupaba uno, y el de software, programación y codificación el otro.

Entré por la parte izquierda del edificio y saludé al guarda de seguridad sentado detrás de un mostrador.

—Buenos días, Charlie.

El hombre me devolvió la sonrisa.

—Buenos días, señorita Gracen.

—Él es el señor Steele. Es un... consultor de Los Ángeles que estará por aquí... una temporada. ¿Puede conseguirle un pase de seguridad?

Charlie estudió a Caleb antes de asentir.

—Claro.

Caleb le mostró su documentación, tomó el pase que le entregaba y lo estudió con el ceño fruncido mientras nos dirigíamos al ascensor.

—¿Qué?

Sus ojos azules se encontraron con los míos.

—Se te da muy mal mentir.

Me sonrojé y dirigí mi atención al panel luminoso del ascensor.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Por el rabillo del ojo, vi que fruncía aún más el ceño.

—¿Hay algo más que le preocupe, señor Steele?

—Charlie se ha olido que no soy un consultor y aun así me ha permitido el acceso. No ha comprobado nada. Al igual que esos vigilantes a sueldo de Los Ángeles, lo que ha hecho no serviría para nada si quisiera hacerte daño.

Apreté el botón de emergencia del ascensor. De nuevo, mi temperamento hacía acto de presencia.

—En primer lugar, Charlie es bueno en su trabajo. El control de acceso al edificio es mucho más estricto que eso. Se ha saltado algunos pasos porque me conoce. En segundo lugar, das por sentado que si me hubieras estado apuntando con un arma, me habría derrumbado. Sé muy bien cómo cuidarme sola. Si no me crees, ponme a prueba.

Apenas acabé de pronunciar aquellas palabras se abalanzó sobre mí. Me tomó de la cintura con sus manos fuertes, me levantó en el aire y me acorraló contra la pared.

—¿Qué demonios haces?

Mi voz sonó ronca.

—De acuerdo, acepto el reto.

Su cercanía y su gesto me habían dejado sin respiración y traté de recuperarla. Lo único que conseguí fue que las rodillas se me doblaran al inspirar su olor embriagador.

Sus ojos azules bajaron a mis labios. Soltó el aire lentamente sin dejar de mirar mi boca. Estrechó su mano en mi cintura y sentí en mi piel su calor. Empecé a sentir pulsaciones en mi entrepierna.

Dejé caer el bolso al suelo y subí una rodilla. Lo único que conseguí fue que la desviara y acabara entre sus piernas. Su risa ahogada me puso furiosa. Le golpeé con ambas muñecas en el cuello. Por el brillo burlón de sus ojos supe que podría haberme evadido si hubiera querido. Pero con mis pulseras clavadas contra su carótida no podía ir a ninguna parte.

Con las manos en mis caderas, me empujó con su cuerpo contra la pared.

—Y yo que pensaba que esas pulseras eran para disparar la tensión de un hombre —susurró junto a mis labios.

Su pelo alborotado rozó mis dedos, incitándome a acariciarlo.

—No puedes estar hablando en serio teniendo en cuenta que podía haberte cortado el cuello —murmuró.

Soltó otra carcajada.

—Cierto. Un punto para ti.

—Estupendo, ahora... puedes soltarme.

¿Por qué me había costado tanto pronunciar la segunda parte de aquella frase?

—No hasta que no me llames por mi nombre.

—¿Y si no lo hago? —lo reté.

—Técnicamente, me estoy muriendo. Me merezco un último deseo, ¿no te parece?

—¿Y tu último deseo es que diga tu nombre?

Devoró mi boca con sus ojos.

—Sí, tampoco me importaría volver a saborearte o sentir tus manos en mi polla. Me parece bien lo que prefieras.

—Tú... Yo...

—La pelota está en tu tejado, pequeña.

Arqueó las caderas y empujó su polla contra mis muslos mientras sonreía.

Estaba larga y dura.

La tensión entre mis piernas se intensificó y mi clítoris se hinchó. Hundí los dedos en su pelo a la vez que lo rodeaba por la cintura con mis piernas.

Dejó escapar un gruñido mientras se acoplaba mejor entre mis muslos. Las capas de ropa que había entre nosotros apenas se apreciaban al apretar su miembro erecto contra mi sexo.

—Joder, no sabes cuánto me gusta sentir tu conejito caliente contra mi polla.

Bajé la cabeza hasta que nuestros labios quedaron a apenas unos centímetros. Luego arqueé mis caderas para aumentar la fricción.

—Mierda —protestó, bajando la vista a mi boca antes de fijarla en donde nuestras caderas se unían.

—¿Le gusta, señor Steele?

Volví a enderezar las caderas.

Apretó el mentón y se estremeció.

—Te gusta provocar, bruja. Nada te gustaría más que ver cómo me corro aquí mismo, ¿verdad? —murmuró.

Quería que perdiera el control, pero no con las capas de ropa que nos separaban. Aun así, no iba a decírselo.

—¿Morirías feliz?

—No cuando prefiero tenerte húmeda y caliente rodeando mi...

—¿Hola? ¿Va todo bien ahí? —preguntó una voz desde el panel de la pared del ascensor.

Caleb maldijo entre dientes.

—Sí, todo bien —respondió sin apartar los ojos de mí.

—¿Está seguro? Hay un técnico aquí si necesitan ayuda —dijo la voz.

—Suéltame —murmuré junto a sus labios.

Durante unos segundos se resistió. Luego me soltó y dejó que me apartara de la pared. A cada centímetro el calor de su erección me quemaba, demostrando una potencia que hizo que mis pezones se endurecieran y mi conejito se humedeciera aún más.

Aunque no había sido lo más apropiado, no me arrepentía de nada. Lo único en lo que podía pensar era en qué se sentiría al tener dentro aquella... abundancia.

—Continuará, espero —murmuró junto a mi mejilla cuando mis pies tocaron el suelo.

Dio un paso atrás y luego otro. A regañadientes, dejó caer las manos. Luego, sin apartar los ojos de mí, apretó el botón para que volviera a ponerse el ascensor en marcha.

La pequeña sacudida cuando la cabina reinició el viaje sirvió para recuperar la cordura. Aun así, una parte de mí seguía sin creerse lo que había hecho.

El sexo con Scott, antes de saber que Chance lo había traído a mi vida para controlarme y espiarme, no había sido muy fogoso.

Lo que le pasaba a mi cuerpo cuando estaba al alcance de las caricias de Caleb era cuanto menos asombroso.

Evité mirarlo mientras atravesábamos aquel espacio diáfano hacia mi despacho en un rincón de la planta. Como en la mayoría de las empresas de tecnología de Silicon Valley, el espacio estaba diseñado para disfrutar con el objetivo de que fluyeran las ideas mientras se relacionaban unos con otros.

Entré en mi despacho, dejé el bolso y encendí los tres monitores. Por el rabillo del ojo vi a Caleb comprobando la zona antes de volver su atención hacia mí.

Cuando comenzó a caminar hacia mí, busque en mi bolso.

—Aquí está la lista que me pediste.

Su mirada ardiente recorrió mi rostro antes de tomar el papel.

—Gracias.

—Si necesitas trabajar, hay un despacho libre al lado.

Buscó en su chaqueta y me obligué a apartar la mirada para no ver cómo se tensaba la camiseta en su pecho.

—No, gracias. Esto es todo lo que necesito —dijo mostrándome su teléfono.

Atravesó el despacho, se sentó en el sofá que había junto a la pared y puso un pie en la mesa de centro. Un minuto más tarde, sus dedos volaban sobre el teclado.

Me costó quince minutos concentrarme en el trabajo, pero lo conseguí y pasé las siguientes horas revisando los ajustes que había hecho aquella mañana.

La codificación que había hecho se había topado con unas pegadas que eran frustrantes, pero no podía precipitarme o SDM no cumpliría la fecha límite para tener lista la beta. No, eso no iba a pasar. Mi deseo de apartarme de Chance dependía de que todo saliera bien.

Había ocasiones en que deseaba no haberlo hackeado. Momentos en que habría preferido dejarlo en evidencia cuando se había presentado en mi casa con un coche patrulla y me había amenazado con la cárcel a menos que hiciera lo que él y mi padrastro oportunista querían.

La facilidad con la que Stephen Gracen me había arrojado a los leones todavía me dolía.

Respiraba entrecortadamente cuando Miranda, mi secretaria, apareció.

Su mirada se clavó en Caleb y allí se quedó. Él levantó la vista, pero no la sometió al mismo escrutinio que a mis otros subordinados. En vez de eso, sonrió lentamente mientras observaba a mi alta y atractiva secretaria.

—Hola —dijo poniéndose en pie.

La sonrisa impecable de Miranda iluminó su rostro.

—Hola, soy Miranda —repuso y se acercó a él tendiéndole la mano—.  
¿Quién es usted?

—Me llamo Caleb —dijo estrechándole la mano.

—Caleb, hola —repitió y se quedó mirándolo fijamente.

Carraspeé y ambos me miraron.

Abrí la boca para explicar por qué Caleb estaba allí, pero recordé su comentario acerca de lo mal que se me daba mentir. Al ver que arqueaba las cejas, me volví hacia Miranda.

—No te esperaba hoy.

A su pesar, soltó la mano de Caleb. Pero advertí cómo bamboleaba las caderas al atravesar el despacho.

—Tenía dos opciones: irme a montar en bicicleta con los chicos de Diseño o terminar la tarea que me encargaste el miércoles.

—Podía haber esperado al lunes —repliqué.

Su trabajo no tenía nada que ver con mi proyecto secreto, pero se le daba bien programar y aprovechaba aquella habilidad cuando me venía bien.

—Es más fácil romperse un brazo montando en bici que programando, por muy divertido que digan los chicos que es el ciclismo —dijo alisándose el vestido y mirando a Caleb—. Prefiero otro tipo de emociones.

Caleb se metió el teléfono en el bolsillo trasero y se cruzó de brazos. Me pareció oír a Miranda gemir por lo bajo.

—Entonces, te dejaré para que te pongas a ello.

No pude disimular la irritación en mi voz.

Ella asintió y dirigió una última mirada a Caleb.

—¿Volveré a verlo?

Caleb sonrió.

—Estoy seguro de que sí.

Seguramente porque sabía que podía tenerla si quería, no se quedó mirándola mientras caminaba contoneándose hacia la puerta. En vez de eso, su mirada azul se volvió hacia mí.

Demonios, no. No me apetecía contestar preguntas sobre Miranda.

Aquella mujer alta y morena podía ganarse un sobresueldo como modelo. Además, quedaba excluida de la regla de Caleb de no acostarse con clientas.

Fijé la vista en la pantalla y seguí trabajando.

Una hora más tarde, vi su sombra sobre mi mesa y me quedé sin respiración. Molesta por la traición de mi cuerpo, alcé la vista.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Pareces diferente, mucho menos... tensa —dijo y chasqueó los dedos—. ¡Ya sé! Estás relajada.

Maldije para mis adentros el rubor que se extendió desde mi cuello.

—No sé de qué estás hablando.

—Claro que lo sabes. Estás en tu ambiente.

—¿Tiene algún sentido esta conversación? Tengo un montón de trabajo.

Dejé escapar el aire cuando se inclinó sobre la mesa y me acarició la mejilla.

—No te pongas tan nerviosa cuando me acerco. Tampoco hace falta que te pongas a la defensiva cada vez que digo un cumplido.

—Yo no...

—Quieres fingir que estás ofendida porque te he dicho que estás más a gusto aquí con tus ordenadores que en esa jaula de oro que llamas hogar. No hace falta que lo hagas.

Su comentario acertado me hizo rechazar su contacto.

Mi casa era lujosa en muchos aspectos. Pero había más de lo que le había contado a Caleb la noche anterior. Lo cierto era que también era mi jaula. Chance me había escondido allí la primera vez que llegué a San Francisco porque quería que estuviera aislada. Todavía me quería aislada. Era el lugar donde iba a comer y a dormir, pero nunca sería mi hogar.

Caleb me estaba mirando fijamente, estudiando mi expresión. Bajé la vista a su cuello y carraspeé.

—No estoy ofendida. Estás equivocado.

Él suspiró.

—¿Cuál es tu restaurante favorito?

—¿Por qué?

—Dios, te gusta hacerme sudar, ¿verdad, Lily?

Mis dedos se aferraron al borde del escritorio, recordando aquellos minutos en el ascensor. La sensación de su polla entre mis piernas, su voz susurrándome sus deseos al oído...

Aquel poder y aquella gloria bajo mi control... Se inclinó y el sol se reflejó en su cabello castaño.

—Me gustaría saber qué está pasando por tu cabeza.

Aparté la mirada de su cuerpo y dije el nombre del restaurante japonés que me gustaba. Lo escribió en su teléfono y oí el zumbido de un mensaje de texto.

—¿Por qué tenemos que salir? Podemos pedir que nos lo traigan.

Negó con la cabeza.

—Ya te he dicho que tenemos que hacer algunos cambios. Tu acosador conoce tus rutinas, así que tenemos que introducir un nuevo elemento en la ecuación.

—Déjame que lo adivine. ¿Tú?

—Sí. Vamos a dejarnos ver en público. Además, tengo algunas preguntas sobre las personas que has incluido en la lista. Prefiero hacerlo en un sitio donde nadie nos interrumpa.

Volvió la cabeza hacia las dos analistas que conversaban fuera de mi despacho. Una de ellas saludó con la mano. Caleb les dirigió una mirada gélida y al instante desaparecieron.

—Vaya, estarás orgulloso.

—Anoche me dijiste que estabas trabajando en algo secreto.

—Así es.

Me señaló los ventanales.

—Pensaba que estarías encerrada en un sótano, en una de esas jaulas de Faraday.

Abrí la boca para decir algo, pero la cerré y apreté un comando para cerrar mi ordenador.

—Venga, te enseñaré cómo funciona. Así dejarás de mirar mal a todo el que se acerque a mi despacho.

Sonrió.

—No puedo prometértelo. Tampoco voy por ahí mirando mal a todo el mundo.

Cierto. A Miranda le había dedicado una de sus irresistibles sonrisas. No quería pararme a pensar por qué aquello me había molestado tanto.

En el ascensor, me mantuve apartada de él, aunque no pude escapar del calor abrasador de su mirada desde la pared opuesta en la que estaba apoyado.

Seguramente nunca volvería a subirme en un ascensor sin pensar en Caleb Steele.

El código que introduje nos llevó al sótano del nivel tres. El vigilante que había a la salida del ascensor requirió todos los dispositivos electrónicos de

Caleb y recorrimos el pasillo que llevaba hasta una puerta metálica.

—Contestando a tu pregunta, ambos edificios están equipados con cristales reflectantes, lo cual hace imposible que se puedan ver las pantallas desde fuera. Y también está esto.

Lo conduje hasta una habitación del tamaño de un almacén completamente vacía, excepto por una gran estructura de malla en el centro con un escritorio y una silla.

—Una jaula de Faraday —murmuró Caleb.

Asentí con la cabeza.

—¿Qué es eso?

Señaló hacia el pedestal que estaba contra la pared de la izquierda, con un pequeño ordenador portátil incorporado.

—Cada pulsación de tecla que hago en mi ordenador de arriba es guardada inmediatamente en ese ordenador. Cada veinticuatro horas, transfiero información desde el ordenador portátil a esa supercomputadora que hay en la jaula. No es imposible hackearla, pero sí muy difícil. No trabajo aquí porque, como verás, solo hay sitio para una persona.

No quería tenerlo merodeando fuera de la jaula, como un depredador, distrayéndome con su presencia.

Caleb rodeó la jaula, examinando cada centímetro de aquel espacio antes de volver a mi lado.

—¿Has diseñado tú esto?

Me pasé la lengua por el labio superior.

—Sí.

Sus ojos se iluminaron. Deseaba tocarme y hacerme todas aquellas cosas prohibidas según sus reglas.

—Toda esa belleza e inteligencia en un cuerpo de infarto tan pequeño.

—¿Es tu manera de decir que estás impresionado?

—Sí, muy impresionado.

Antes de que pudiera evitarlo, sus elogios me hicieron sonreír.

Bajó la vista a mis ojos e inspiró hondo.

—Tienes una sonrisa muy bonita, Lily. Deberías enseñarla más a menudo.

Sabía que se sentía atraído por mí, pero el brillo de sus ojos al decir aquello sacudió algo en mi interior.

«Cállate y disfruta el momento».

Lo cierto era que lo estaba disfrutando demasiado.

Le estaba pagando por estar allí. Una vez terminara su trabajo, sería tan solo un recuerdo.

«A menos que lo conviertas en un recuerdo memorable».

Me giré bruscamente. La fuerza de aquella tentación me tomó por sorpresa. Con la excusa de llevar el ordenador portátil a la jaula de Faraday para transferir mi trabajo más reciente, no pude evitar considerar las posibilidades.

Caleb y yo haciendo cosas sucias.

¿Qué me detenía?

El hecho de haber descubierto que Scott era un títere estratégicamente puesto en mi vida y no un tipo al que había conocido casualmente en una fiesta, había afectado mi capacidad de confiar en otras personas, por no mencionar el gran vacío que había dejado en mi vida sexual. Aquello podía ser la oportunidad de equilibrar la parte sexual sin necesidad de implicar sentimientos.

—Lily.

Aquella voz. ¿Sonaría igual cuando estuviera dentro de mí? Respiré hondo, y me volví.

—¿Sí?

—¿Has acabado?

—Sí.

—Bien, hora de comer.

Al entrar en el ascensor recordé fragmentos de la conversación que habíamos mantenido arriba.

—Me has dicho que tenías preguntas.

Me miraba con ojos entornados, como si supiera lo que estaba pensando.

—Así es —respondió distraídamente.

—¿Qué clase de preguntas?

Se metió las manos en los bolsillos.

—De todo tipo, personales y profesionales. ¿Quieres que empecemos por las personales?

Me quedé sin respiración.

—Yo...

—Estupendo. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste sexo?

## Capítulo 7

*Caleb*

—Vas a tener que darme una respuesta en algún momento.

Inspiró hondo y se sonrojó, y tuve que contenerme para no acariciarla. Después, se quedó callada.

Lo cierto era que nos acompañaban un par de empleados de SDM en el ascensor y eso había puesto fin a nuestra conversación.

Pero permaneció en silencio al subirnos al todoterreno durante todo el trayecto. Aparqué frente al restaurante japonés e ignoré al aparcacoches que aguardaba a que saliéramos del coche.

—No me importa repetir la pregunta. Sexo, Lily, ¿cuándo?

—Te he oído la primera vez —replicó, y dejó escapar un suspiro de fastidio al bajarse del coche.

Salí, un poco enfadado conmigo mismo. No era mi intención preguntarle aquello.

Pero con cada hallazgo, me sentía más atraído hacia Lily Gracen. Había estado a punto de mandar al infierno mis reglas y besarla en la habitación de la jaula de Faraday. Después de lo que había pasado en el ascensor, ¿quién podría haberme culpado? Solo de recordar la sensación de estar entre sus piernas me la estaba poniendo dura.

Y sí, me molestaba que se las hubiera arreglado para recuperar el control antes que yo. De todas formas, ese era un tema que debíamos abordar, así que ¿por qué no hacerlo?

Mantuve contacto visual con los dos hombres del equipo de seguridad que Maggie había enviado y entré con Lily en el restaurante. El camarero nos llevó al reservado que había solicitado.

—Lily, iremos más rápido si dejas de ofenderte o de cuestionar cada pregunta que te hago.

Evitó mirarme y se quedó leyendo la carta unos segundos antes de cerrarla bruscamente.

—¿Qué tiene que ver el sexo con esto?

Me encogí de hombros.

—Tal vez nada, tal vez todo. Pensé que querías que esto terminara cuanto antes.

—Sí, pero...

—¿Cuántos años tienes?

Era otra pregunta necesaria que no había hecho. Sabía que era mayor de edad, pero la inocencia que advertía de vez en cuando requería confirmación.

—Veinticuatro —contestó frunciendo el ceño—. ¿Y tú?

—Soy yo el que hace las preguntas, pero si eso te hace ser más colaboradora, tengo veintinueve. Mido uno noventa y dos, y conservo todo mi pelo y mis dientes. Ah, y estoy soltero.

A su rostro asomó una expresión de ansiedad, pero enseguida la disimuló.

—¿Cuánto tiempo hace que te dedicas a la seguridad?

—No te has debido de enterar de lo que acabo de decir sobre quién hace las preguntas.

—Se supone que debo confiar mi seguridad en ti. Tengo derecho a saber un poco de ti, ¿no te parece?

Tenía razón. Si estuviera en su lugar, yo también tendría un montón de preguntas. No me gustaba fiarme de alguien a ciegas. Una cosa más que me gustaba de ella. Aun así...

—Te he hecho tres preguntas. Después de que me las contestes, contestaré las tuyas.

Aquello hizo que arqueara una de sus cejas, lo que tuvo un efecto directo en mi polla.

—¿Qué acuerdo tienes con SDM?

Su rostro se ensombreció.

—Me pagaron la universidad y me contrataron nada más terminar los estudios.

Interesante.

—¿A qué universidad fuiste?

—Al Instituto de Tecnología de Massachusetts.

—¿Eres del este?

El camarero vino a nuestra mesa y Lily ordenó un refresco y una variedad de platos sin consultar la carta.

—Yo tomaré lo mismo con una cerveza —dije.

El camarero asintió y se alejó a toda prisa.

—¿Qué más da que sea del este?

—¿Es esa una de las preguntas que quieres hacerme?

—Es solo que creo que estás perdiendo el tiempo con preguntas inútiles.

Mi interrogatorio la hacía sentirse incómoda, lo que me hizo querer saber más.

—Te están acosando, Lily. ¿No te parece que los detalles de tu entorno me pueden dar alguna pista de quién te está acechando?

Dejó caer los hombros a la que vez que alzaba la barbilla.

—Está bien. Me crié en Maine, pero nos mudamos a Boston cuando tenía diez años.

—¿Nos?

—Mi padrastro y yo. Y antes de que preguntes, mis padres biológicos murieron hace mucho tiempo.

Me quedé unos segundos asimilando aquella información. Quería conocer los detalles, pero tenía la impresión de que no era un tema fácil, así que lo dejé. Ya haría averiguaciones por mi cuenta.

—¿Tienes novio?

El que viviera sola no significaba que no tuviera una relación.

Apretó los labios, pero vi un destello de furia en sus ojos, probablemente debido a una traición.

—No, no tengo novio. Si lo tuviera, no...

—¿Qué? ¿No tendrías juguetes eróticos? Eso implica un apetito voraz, no la falta de vida sexual. Aunque supongo que si pertenecieras a alguien, no irías por ahí abrazándote con las piernas a la cintura de un hombre para frotar tu conejito contra su polla.

—Dios, eres increíble —dijo entre dientes.

—Me gusta hablar claro. Hay una diferencia, nena.

Las señales equívocas traían complicaciones. Después de Kirsten, no estaba preparado para asumir ese riesgo.

—¿Cuánto fue tu última relación, seria o pasajera? —insistí.

Era evidente que iba a tener que sonsacarle toda la información.

Bajó la mirada y se puso a jugar con los cubiertos.

—Hace ocho meses.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

«¿Dónde os conocisteis? Espero que fuera malo besando y aún peor en la cama. Tranquilo, Caleb, cálmate».

—Seis meses.

No era demasiado, pero no pude evitar sentirme celoso ante la idea de que perteneciera a otro hombre.

La llegada del camarero me dio unos segundos para examinar aquel arrebatado de celos. No pude evitar hacer una mueca de disgusto por aferrarme a mi segunda y tercera reglas.

La vi tomar un rollo de *sushi* con los palillos y mojarlo en la salsa *teriyaki*. Hice lo mismo y comimos en silencio durante unos minutos.

—¿Quién puso fin a la relación?

Se quedó inmóvil. No pude apartar la vista de su boca, imaginando qué sentiría al meter mi polla en ella.

Alcé la vista. Me estaba mirando fijamente. Le ardían las mejillas, seguramente porque me estaba leyendo el pensamiento.

—Contesta la pregunta, Lily.

Dejó los palillos y de nuevo se puso seria.

—Yo, y estás perdiendo el hilo con esto. Scott no es el que está haciendo esto.

—Yo seré quien lo juzgue.

—¡No! Sé de lo que estoy hablando, así que deja ya el tema.

—No hasta que me digas por qué un tipo te dejaría.

Bajó las pestañas un momento y volvió a subirlas. Había un fuego retador en sus ojos.

—No todos los tipos con los que me relaciono son unos acosadores en potencia.

—Scott no era un tipo cualquiera, ¿verdad? ¿Qué es lo que no me estás contando, Lily?

Se quedó en silencio un buen rato y esperé, consumido por la impaciencia.

—Porque Scott no fue simplemente un tipo al que conocí en una fiesta. Chance le pagó para que me buscara.

No pude disimular mi sorpresa.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Tragó lo que tenía en la boca y apretó los puños. Cuando volvió a levantar la mirada, la expresión de sus bonitos ojos verdes era de angustia.

—Porque quería, quiere controlarme.

—¿Por qué?

—¿Eso qué importa? Lo único que tienes que saber es que SDM y Chance necesitan ese algoritmo. Sería absurdo que se arriesgara a perderlo haciendo que alguien me acosara. Así que, créeme, no es Scott, ¿de acuerdo?

Evité soltar una palabrota porque no quería enfadarla más ni sonar como un adolescente alterado por las hormonas, pero estaba tan guapa enfadada que se me hacía imposible pensar con claridad.

Dejé que respirara hondo para calmarse.

—Se te nota el acento de Boston cuando te enfadas, ¿lo sabías? Lo encuentro muy tierno.

—Nada de esto resulta tierno.

—No estoy de acuerdo. Me pregunto si haces lo mismo durante el sexo.

Sus ojos verdes lanzaron llamas al mirarme.

—No lo sabrá nunca.

No pude evitarlo. Tenía que tocarla otra vez. Alargué la mano y acaricié su labio inferior con mi dedo.

—¿Estás segura, Lily?

Respiró hondo y sus ojos se oscurecieron.

—¿Podemos dejar de convertir esto en una batalla sexual? Es agotador.

A duras penas, decidí recular.

—¿Ha habido alguien desde Scott?

Volvió a tomar los palillos.

—Sí, fue algo breve, nada serio.

—¿Quién y cuánto duró?

Suspiró.

—Mark Callen, dos eses. Me invitó a un café donde suelo desayunar. Quería asegurarme de que Chance no seguía interfiriendo en mi vida.

—¿Lo estaba haciendo?

Sacudió la cabeza y me relajé un poco.

—¿Te acostaste con él?

Su mirada ardía, pero se la sostuve.

—No —contestó al cabo de unos segundos.

Sentí un gran alivio al verla dar un sorbo a su refresco. Me quedé mirando

su cuello al tragar, preguntándome por qué me parecía tan sexy. ¿Acaso tenía algo que no fuera sexy?

Sí, la forma en que guardaba información. Aquello no me gustaba lo más mínimo.

El asunto ese de Chance me enervaba y me hice una nota mental para averiguar más sobre él.

De Lily lo quería saber todo. Lily Gracen me fascinaba como ninguna otra mujer.

—Así que saliste con él dos meses, pero no os acostasteis. ¿Qué demonios hicisteis, daros la mano y leer poesía a la luz de las velas?

—¿Y qué si así fue?

—Diría que es maravilloso que dejaras esa relación tan casta. Te mereces algo mejor.

—Pareces un cavernícola —dijo apartando el plato.

Al parecer, habíamos terminado de comer.

—No, soy un hombre con necesidades básicas. Si tuviera una relación, me gustaría follar de vez en cuando. Si no, ¿qué sentido tiene?

—Sí te interesa una relación si no hay sexo, ¿no?

Me fijé en su pelo rubio y en la gargantilla de encaje que llevaba al cuello. Bajo la bragueta, sentí que mi erección crecía.

—Me gusta el sexo. Es lo mejor que Dios concedió a la humanidad y no me siento mal porque me guste tanto. Así que sí, el sexo es una prioridad para mí.

Se ruborizó y esbozó la sonrisa más sensual que había visto en mi vida.

—Excepto con clientas, ¿verdad, señor Steele?

Aquella mujer era demasiado. Acorté la distancia que nos separaba, hundi los dedos en su pelo y apreté el puño.

Se quedó mirándome y no trató de apartarse.

—Estoy empezando a pensar que te gusta provocarme evitando pronunciar mi nombre.

—No tengo inconveniente en decir tu nombre.

La atraje hacia mí.

—Entonces, hazlo.

Me miró directamente a los ojos mientras se pasaba la lengua por los labios.

—Caleb.

La obligué a ladear la cabeza hasta que no le quedó más opción que levantar

la cara, ofreciéndome sus exquisitos labios.

—Otra vez.

Me fulminó con su mirada y luego separó los labios.

—Caleb.

Había empleado un tono susurrante, deliberadamente provocador. Me di cuenta, pero aun así, sentí debilidad en las rodillas.

—Joder, bésame, Lily —dije bajando la cabeza hasta quedarme junto a sus labios.

—¿Por qué? —preguntó desafiante, devorando mi boca con su mirada.

—Porque lo estás deseando. Vamos, muñeca. Haz lo que tanto deseas.

Su gruñido fue música para mis oídos, pero una tortura para mi polla. De todas formas, la solté, dejé el control en sus manos y a punto estuve de dar un grito triunfal cuando saltó sobre mí.

Y he de reconocer que me supo mucho mejor que la primera vez.

Todo empezó con un sonido suave cuando mis dientes mordieron su labio inferior. Una mezcla entre un gemido y un suspiro que tuvo su efecto directamente en mi entrepierna y me provocó una erección. Y eso fue antes de que la saboreara debidamente. Volví a mordisquearla, conteniendo el impulso de darle un bocado más sabroso.

La promesa de algo más estaba latente, pero de momento me conformaba con saborear sus labios una y otra vez, con oír sus gemidos, con sentir cómo el deseo que sentía por mí la desgarraba.

Sus manos se deslizaron por mi chaqueta antes de deslizarlas bajo mi camiseta. En ese momento dejé de importarme que estuviéramos en un lugar público.

Solté el aire que no era consciente que hubiera estado conteniendo al sentir que me clavaba las uñas. Reprimí un gruñido y contuve el deseo de arrollarla al recordar que, además de todo lo que le estaba pasando, hacía tiempo que no tenía sexo. Si le dejaba entrever una fracción del deseo salvaje que me atormentaba, tal vez se replegara, y no quería que eso sucediera.

Pero Dios, era exquisita. La forma en que sus labios se aferraban a los míos me estaba volviendo loco.

—Sabes de miedo.

No pude evitar aquellas palabras cuando nos separamos para tomar aire.

Se puso tensa. Me metí su labio inferior en la boca y le pasé la lengua por aquella piel aterciopelada. Un suspiro seguido de un gemido recompensó mi

esfuerzo.

Tenía que parar. No habíamos terminado la conversación. Además, teníamos que contenernos antes de que nos echaran por escándalo público.

Tampoco iba a poder soportar aquello mucho más sin saltarme mis reglas, empujarla sobre el banco y hacer realidad todas las fantasías que me habían asaltado desde que había entrado en mi vida.

Pero podía sentirla un poco más cerca. Podía deslizar mi mano por su espalda y acariciar su trasero para confirmar que era tan firme como imaginaba.

Entonces me detendría. Lo haría justo después de que gimiera de aquella manera tan obscena.

## Capítulo 8

*Lily*

Mierda.

¿Qué demonios me estaba pasando? ¿Por qué Caleb solo tenía que mover un dedo para dejar de lado el sentido común y lanzarme sobre él?

¿Y esos sonidos que estaba haciendo? Sí, tenía que dejar de jadear como una puta en misa. Pero hasta apenas un minuto antes, me había dejado llevar la iniciativa de nuestro acercamiento.

Entonces, algo cambió.

La manera en que usaba su boca, su lengua, sus dientes... En las pocas veces que había dejado que me besara, los dientes de Mark siempre habían chocado con los míos, provocándome una sensación desagradable como la de unas uñas arañando una pizarra.

Caleb sabía muy bien qué hacer con los suyos. Los pequeños mordisqueos en las comisuras de los labios habían encendido fuego entre mis piernas, incluso los que me había dado en la punta de la lengua, en donde no tenía ni idea de que fuera tan sensible.

En nuestros encuentros anteriores había sentido que estaba conectada a una corriente constante. Eso debía de ser probablemente lo que se sentía al saltar desde un helicóptero a un volcán activo y dispararse la adrenalina.

Tres estúpidos del departamento de investigación habían confesado haberlo hecho por el subidón. Todavía estaba convencida de que estaban completamente locos, pero si lo que habían experimentado se parecía a lo que estaba sintiendo en aquel momento, entonces... entendía muy bien por qué habían ido en busca de aquella emoción.

Caleb deslizó su lengua entre mis labios y al instante despertó en mí el

deseo de sentirla en mi clítoris, que no dejaba de palpar.

Y Dios, con su mano me estaba acariciando el culo de aquella manera tan estimulante.

Su mano siguió bajando por la curva de mi trasero y me atrajo hasta acabar sobre su regazo. ¿Era su erección lo que sentía contra mi muslo? Parecía más potente que por la mañana en el ascensor.

La idea de tenerlo dentro de mí, con aquel tamaño y grosor, me asustaba un poco. Bueno, más bien mucho.

Hasta que recordé que yo tenía el control. Podía parar cuando quisiera, simplemente apartándome.

Bajé la mano desde su pecho hasta su cintura, deteniéndome en la hebilla de su cinturón. Un poco más y volvería a tocar su polla. Gemí ante el impulso de hacerlo.

Entonces oí ruido de cubiertos.

Estábamos en un restaurante. Sí, en un reservado, pero en un lugar público. Y, por tercera vez desde que me había despertado ese día, estaba besuqueándome con el hombre al que había contratado para dar con el acosador.

Oh, Dios.

Tal vez el subidón de adrenalina que había imaginado era una alteración de hormonas. Porque las sensaciones que recorrían mi cuerpo me hacían anhelar una cosa: sentir la polla de Caleb dentro.

Me aparté de su cuerpo cálido y de la erección que se clavaba en mi muslo. Seguía teniendo una mano hundida en mi pelo, aprisionándome mientras me miraba con sus ojos fieros que, al igual que sus labios, prometían un buen polvo.

—Lily.

Su voz sonó grave. Carraspeó y tragó saliva.

Aquellos segundos me ayudaron a poner distancia entre nosotros. Lo tomé por las muñecas y retiré sus manos de mi cuerpo. Las apartó, pero no su mirada abrasadora.

Me entretuve tomando el vaso de refresco y dando un sorbo, mientras rezaba para no atragantarme. Por suerte, no pasó nada y pude recuperar un poco de cordura.

—Entonces, ¿crees que este pequeño espectáculo servirá para algo?

Sus ojos se entornaron.

—¿Qué?

Se apartó y dejó caer una mano sobre su regazo. Me obligué a no mirar mientras se ajustaba el bulto bajo su bragueta.

—Para el acosador, si está vigilando. ¿Crees que servirá para algo o que ha sido una pérdida de tiempo?

Me pasé las manos por el pelo. Todavía sentía un cosquilleo allí donde había agarrado y tirado del pelo. ¿Lo haría también durante el sexo? Apreté los muslos antes de imaginármelo haciéndolo y aumentarían las llamas que ardían en mi conejito.

Soltó aire bruscamente.

—No es por eso por lo que me has besado y lo sabes.

—¿Ah, sí?

Lo reté porque me sentía completamente aturdida. Pasar de tener el control absoluto a perderlo cuando estaba con él me estaba volviendo loca.

Su expresión se suavizó.

—No te asustes, Lily. No voy a usarlo en tu contra. ¿Es eso lo que temes, verdad?

—Deja de hablar como si me conocieras.

—Sé que te gusta tener el control. ¿Es por ese imbécil de jefe que tienes? Yo también sería precavido si...

—Cuéntame por qué te aferras a tus reglas. ¿Es por algo que te pasó con una cliente?

Estaba aterrorizada por la facilidad con la que me sacaba de quicio.

—No estamos hablando de mí.

Forcé una carcajada.

—Eso lo dice todo. ¿Quién era ella? —insistí.

Su expresión se tensó.

—Nadie de quien tengas que preocuparte.

La confirmación de que alguien lo había hecho sufrir hasta el punto de levantar la guardia me impactó casi tanto como que adivinara el pánico que sentía.

—Está bien. ¿Podemos irnos ya?

Me sorprendí al oír mi voz nerviosa.

Él inspiró lentamente y luego sacó la cartera.

—Me conocen aquí. Lo cargarán en mi cuenta —le dije.

Frunció el ceño y dejó un par de billetes de cien dólares en la mesa.

—Te traje a comer. Yo invito.

Fuera, la luz del sol me recordó que todavía era de día y que tenía por delante unas horas más de trabajo.

A punto de subirme en el todoterreno, advertí que Caleb estaba oteando la calle. Sabía que tenía hombres allí, pero el hecho de que estuviera alerta a pesar de la tensión que había entre nosotros desató algo que no había sentido en mucho tiempo.

Calidez.

El recuerdo era efímero. Una niña de siete años, feliz entre los brazos de su madre sin la menor idea de que el amor de una madre podía ser tan pasajero como cualquier otra cosa.

«Te estás volviendo loca».

Cerré dando un portazo y sacudí la cabeza.

Como a la ida, ninguno de los dos dijo nada durante el trayecto de vuelta a SDM, pero supe que tenía que decir algo al llegar a mi plaza de aparcamiento.

Me desabroché el cinturón de seguridad, me volví hacia él y abrí la boca. Me agarró y me atrajo hacia la consola central.

—Sé que es una locura y seguramente nos arrepentiremos, pero necesito besarte otra vez —dijo jadeando junto a mi boca.

Antes de que pudiera tomar aire, su lengua se deslizó dentro de mi boca. Húmeda, insistente y carnal, era la promesa de sexo más sucia que jamás me habían hecho. Más allá de todos los comentarios inapropiados que había hecho desde que nos habíamos conocido, era el roce de su lengua lo que más me excitaba. Mis manos volvieron a hundirse en su cintura, estirando mi torso en aquel espacio reducido para acercarme a él.

Me tomó de la cintura con una mano y me llevó hasta su lado. Y así fue como volví a sentir su polla contra mi culo, anticipando su potente virilidad. Jadeé, avergonzada por la facilidad con que la que me había dejado besar, a la vez que asustada por el poder sensual que ejercía sobre mí.

Lentamente, aquel temor fue aumentando, recordándome que aquello no formaba parte de mis planes. Por primera vez en mi vida, estaba a punto de ser libre. No podía convertirme en una esclava de mis hormonas o de mis sentimientos.

Empujé a Caleb del pecho antes de que la mano que se deslizaba desde mi cintura hacia arriba llegara a mi pecho.

—¡Para!

Se quedó quieto al instante.

—Suéltame.

Me miró fijamente durante largos segundos, su pecho subiendo y bajando al ritmo de su respiración pesada. Luego, apartó las manos de mi cuerpo.

Me deslicé a mi asiento, tratando de respirar con normalidad.

Maldijo por lo bajo, apoyó bruscamente la cabeza en el reposacabezas y cerró los ojos. Después de unos segundos de tensión, volvió a abrirlos.

—Yo... Supongo que esperas una disculpa, ¿verdad? —dijo y, antes de que pudiera contestar, continuó—. Pues te vas a quedar sin ella porque no lo siento. Con ese cuerpo de infarto y esa boca de pecado eres irresistible.

Mis pulmones se desinflaron y me sentí mareada. La sangre empezó a hervirme en las venas y se me mojaron aún más las bragas. Cada átomo de mi cuerpo quería saltar sobre su regazo y seguir donde lo habíamos dejado. Me clavé las uñas en las palmas hasta que el dolor me dio un poco de claridad.

—Me temo que tendrás que resistirte.

Para mi sorpresa, asintió.

—Entendido.

Mi boca amenazó con abrirse. Me tomé unos segundos antes de apartar la vista de su cara. Una vez puestos los límites, no supe qué hacer.

Su respuesta fue salir del coche y acompañarme dentro.

Ya en mi despacho, se sentó en el sofá mientras yo me dedicaba a reescribir el código.

A las seis decidí dar el trabajo por terminado. Condujo hasta casa después de parar a recoger la comida que había encargado.

Durante la cena me hizo un montón de preguntas relacionadas con el trabajo, indagando en mis rutinas y en las de mi equipo. Cualquier rastro del arrebató que habíamos tenido en el restaurante y en el aparcamiento había desaparecido de su rostro mientras escuchaba y tomaba notas en su ordenador.

Poco antes de las nueve, se recostó en su asiento con la mirada fija en la pantalla.

—Es suficiente por hoy.

Su tono sonó neutro. Se levantó, tomó los platos y vació los recipientes. Ayudó a cargar el lavaplatos, manteniendo una distancia que me provocó un nudo en el estómago.

«Es lo que querías. Mantener la distancia es bueno».

Cuando acabamos, me di la vuelta para marcharme.

—Recuerda: tienes que avisarme si quieres salir fuera —me dijo.

Estaba tensa, así que ni me molesté en forzar una sonrisa.

—No se me ha olvidado.

Se quedó mirándome unos segundos y luego asintió.

Me quedé trabajando una hora más en el estudio antes de darme por vencida y ceder a un arrebató de resentimiento. Me giré en el asiento y me quedé mirando por la ventana.

Seguramente, Caleb pensaba que solo estaba haciendo su trabajo, pero su interrogatorio me había traído un montón de recuerdos que tenía enterrados: Boston, mi madre...

La sensación de frustración amenazaba con ir en aumento mientras paseaba de la ventana a la pared y de vuelta otra vez. Mi inquietud me llevó a la sala de proyecciones y elegí una comedia romántica para la que no estaba de humor.

Cuando me desperté, la pantalla estaba en blanco y me dolía el cuello. Cuando conseguí orientarme, reparé en la manta que me cubría y en los cojines que había dejado caer mientras dormía y que antes no estaban allí.

El corazón se me encogió cuando aquella calidez volvió a invadirme. Sentía como si se estuvieran burlando de mí. Aparté aquella sensación, me levanté y subí la escalera para irme a la cama.

Caleb Steel, al igual que todos en mi vida, era una presencia pasajera y pagada. Nada más.

El domingo fue una copia del sábado, salvo por las sesiones de besos, las preguntas sobre mi vida sexual y las bromas subidas de tono.

Los tres días siguientes siguieron el mismo rumbo.

El jueves volvimos al restaurante japonés y sobrevivimos a una comida incómoda. Mientras conducía de vuelta a SDM, lo observé recordando aquel detalle que había evitado comentar el sábado.

¿Quién era la clienta que le había hecho adoptar aquellas reglas? ¿Seguiría formando parte de su vida?

En un semáforo, se volvió y clavó en mí sus ojos azules.

—¿Te preocupa algo?

Su tono era frío. Eso más la ausencia de su gesto burlón con la ceja arqueada me molestó más de lo que esperaba. Era como si se hubiera

convertido en una persona diferente después del episodio del aparcamiento.

Me recordé que hacía apenas unos días que lo conocía.

Aquel primer día había sido... fuera de lo normal. Intenso. Ambos habíamos luchado por hacernos con el control. Habíamos llegado a un entendimiento y estaba concentrado en lo que le había traído aquí.

Aquel era el verdadero Caleb Steele. Fin de la historia.

Así que aquella incómoda sensación que me había abierto un agujero en el estómago era equivocada.

Aparté la vista de sus ojos penetrantes.

—No, nada.

Siguió conduciendo, ignorándome de la misma forma en que llevaba haciendo los últimos días.

Por desgracia, no podía obviar aquella sensación de mi interior. Era difícil reconocer que quería que el Caleb mal hablado y burlón volviera.

Me quedé mirando por la ventanilla, con el ceño fruncido, cuando me vi reflejada mordéndome el labio. Tenía cosas más importantes en las que pensar que en qué versión de mi escolta prefería. Además, ¿qué demonios podía hacer? ¿Subirme a su regazo, hundir mis dedos en su pelo y besarlo como había querido hacer el sábado, antes de recuperar la cordura?

La sensación de mi estómago me dio la respuesta.

Evité su mirada durante el resto del camino.

La excitación que se respiraba en el ambiente cuando llegamos a mi planta fue la excusa perfecta para no insistir en una respuesta en aquel momento.

—¿Qué está pasando? —preguntó Caleb al entrar en mi despacho.

—Mañana presentamos al consejo una mejora de dos productos de SDM. El día previo es siempre una locura.

Entornó ligeramente los ojos al mirarme.

—Eso no tiene nada que ver con lo que estás trabajando, ¿verdad?

—No, eso sigue siendo confidencial, pero mañana tengo que hacer una presentación a tres miembros del consejo.

—¿Quiénes?

—Chance y dos colegas suyos.

No pude disimular el desagrado en mi voz.

Él se dio cuenta.

—¿Va a venir aquí?

—Sí.

Su mirada se posó en mí varios segundos.

—Muy bien. Necesitaré los nombres de esos colegas.

Le di los nombres, incapaz de evitar el escalofrío que recorrió mi espalda.

—¿Por qué?

—Cualquiera que se relacione contigo es sospechoso hasta que dé con ese hijo de puta. No subestimes a nadie, Lily. Y si puedes, tampoco confíes en nadie. De esa manera evitarás llevarte desagradables sorpresas.

Se volvió, no sin que antes advirtiera un destello de dolor en sus ojos.

Aquello, unido al torbellino de emociones que se agitaba dentro de mí, me paralizó varios segundos, hasta que alguien llamó a mi puerta. Cuando acabé de atender la consulta del miembro de mi equipo, Caleb estaba hablando por teléfono.

Trabajamos hasta tarde y luego bajamos a la planta séptima, donde el personal del comedor nos había dejado preparado un bufé.

Aunque Caleb se mantuvo cerca, no participó en ninguna conversación. Traté de no mirar en su dirección, pero resultó imposible, sobre todo cuando Miranda se sentó a su lado y él le dirigió una de aquellas sonrisas que hacía casi una semana que no veía.

Me volví y me terminé el pollo con parmesano a pesar de que no me apetecía mientras aseguraba a los dos novatos que se habían sentado a mi lado que no fallarían en su presentación del día siguiente.

No sé qué me hizo mirar a Caleb a mitad de la conversación. Tenía los ojos clavados en mí y un músculo de su mandíbula se tensó al apretar los dientes.

Bruscamente se levantó y vino hasta donde estaba.

—¿Has acabado de comer? —dijo mirando directamente a mi plato.

—Sí.

—¿Nos vamos? —preguntó, dirigiendo una mirada gélida a uno de los novatos, que pareció encogerse.

Se me pasó por la cabeza darle un toque de atención por su falta de modales, pero había sido un día largo. Estaba deseando salir de allí. Y no porque quisiera apartarlo de Miranda, que se estaba comiendo a Caleb con la mirada.

—No te quedes hasta tarde, Miranda. Te necesito aquí antes de las siete.

Sus ojos se clavaron en mí y me pareció percibir una mirada asesina. Un segundo más tarde, había desaparecido.

—Claro, jefa. Me aseguraré de que estás lista para irte.

La mano impaciente de Caleb tomó el respaldo de mi silla y me levanté.

Quizá fuera por su cara de pocos amigos, el caso es que nadie se le acercó al salir del edificio. Continué haciendo algunos cambios de última hora en mi tableta hasta que atravesamos la verja de mi casa. Entonces, no pude contener por más tiempo la irritación que había ido en aumento desde la cena.

Carraspeé.

—Necesito un favor —dije bruscamente.

Se detuvo con la mano en la puerta.

—Lo habitual es pedir las cosas en un tono más... amable.

Fijé la mirada en un punto sobre su pecho para evitar la expresión fría y desinteresada del nuevo Caleb.

—Mañana es un día importante para mí, así que quiero que no...

Me detuve, algo enfadada conmigo misma por tener que pronunciar aquellas palabras.

—¿Podrías acabar la frase?

El tono burlón de sus palabras me hizo olvidar que no debía mirarlo a la cara. Su expresión no parecía desinteresada, más bien neutral. Aquello fue suficiente para que se me contrajeran los músculos del vientre.

—Deja de flirtear con mi secretaria.

Se echó hacia atrás en su asiento y entornó los ojos.

—¿Por qué?

—¿Disculpa?

—¿Qué te importa con quién flirtee?

—Se supone que eres un profesional. ¿Necesito recordártelo? —dije, y se encogió de hombros—. Tu... interés no ha afectado a su trabajo. Todavía. Pero...

—¿Te preocupa que quiera acostarse conmigo y te parece mal?

Pronunció aquellas palabras con más entusiasmo del que estaba acostumbrada.

Sentí como si tuviera fuego en las venas y una corriente chisporroteante se extendiera hasta mis pechos y mi entrepierna.

—Solo me preocupa si afecta a mi trabajo. Mañana tiene que dar el máximo, así que te agradecería que dejaras tu encanto y tus sonrisas para otro momento.

Una de aquellas sonrisas iluminó su rostro lenta y provocativamente. Fue tan maravillosa que no pude apartar la mirada. No podía respirar ni hacer otra

cosa que no fuera contemplarla. No podía soportar la idea de que Caleb sonriera a otra mujer de aquella manera. Justo en aquel momento en que admití que me sentía atraída por él, quise morir.

Sobre todo, cuando se tornó en una sonrisa engreída.

—Si no te conociera, pensaría que estás celosa.

## Capítulo 9

*Caleb*

La observé dirigirse hacia la puerta, su cuerpo rígido de indignación.

Borré mi sonrisa mientras le dedicaba una larga mirada febril. Llevaba toda la semana evitando mirarla. Una parte de mí seguía molesta porque hubiera echado el freno a la luz verde que le había dado y que parecía haber aceptado.

Tres sesiones de besos ardientes en veinticuatro horas era un récord, incluso para mí, aunque aquella primera vez en el restaurante había sido un intento por mi parte de bajarle los humos. Sin embargo, rápidamente había pasado a ser algo moderadamente apasionante.

Bueno, nada de lo que pasaba entre nosotros podía calificarse como de moderado. Podía haberla follado a plena luz del día en el asiento delantero de mi todoterreno si ninguno de los dos hubiera recobrado la cordura.

Aun así, lo que más difícil me estaba resultando esa semana era aferrarme a mis normas. Había pasado unas cuantas noches recordando el sabor de Lily y soportando la agitación de mi polla, por llamarlo de alguna manera, que todavía no tenía bajo control.

Al verla teclear el código para apagar la alarma, no pude evitar sentirme satisfecho por mi último comentario.

—No estoy celosa —dijo como si pudiera leerme el pensamiento.

Cerré la puerta y deslicé el cerrojo.

—¿De verdad? Pues lo parece.

Se aferró al bolso con el que nunca salía de casa.

—Cómo no ibas a pensar eso.

Me acerqué a ella.

—Me extrañó que le pidieras a Miranda que llegara pronto mañana cuando

nunca ha llegado tarde.

—¿Cómo sabes eso? —me espetó.

No pude evitar sonreír mientras la observaba bajar la vista a mis labios antes de apartarla. Aquella lenta y torturadora agonía que sentía en mi interior se intensificó. La barrera que había levantado entre nosotros para cumplir sus deseos comenzó a derrumbarse ligeramente. Me sentía tentado a derribarla de una patada, pero en el fondo sabía que ella tenía razón y que era mejor mantener las distancias.

Además, no estaba seguro de que pudiera controlarme todavía. Lily era tan sensacional como imaginaba que sería. Y eso que apenas la había saboreado.

—Sé cómo conseguir la información que necesito —dije, contestando a su pregunta.

Entornó los ojos.

—¿Era eso lo que estabas haciendo esta tarde, recopilar información?

Me encogí de hombros.

—A veces es preferible usar miel y no vinagre.

Asintió y se dirigió hacia la escalera.

—¿Te vas a la cama?

Sus ojos se cruzaron con los míos unos segundos antes de que apartara la mirada. Los latidos de su garganta se habían acelerado. Soltó el bolso y se pasó la mano por el pelo. En algún momento de aquella semana se había pintado las uñas de un tono morado que casi parecía negro. Por alguna razón, el contraste con su pelo rubio hizo que me subiera la temperatura.

—No. Estaba pensando nadar un rato. Necesito hacer ejercicio para quitarme el estrés.

Se me ocurrían una docena de maneras para ayudarla a quitarse el estrés. Y eso solo para empezar. Traté de contener mi libido.

—¿Estás nerviosa por lo de mañana?

Sabía que le estaba preguntando por Chance y se puso tensa unos segundos, pero evitó el tema.

—No debería estarlo. El código va muy bien. Pero...

Se encogió de hombros.

Había estado investigando a Chance Donovan y me había hecho una idea de ese hijo de puta. Pero no quería ponerla más nerviosa.

Así que, aunque la idea de tener cerca a Lily en bañador no me parecía del todo buena, señalé con la cabeza hacia la escalera.

—Ve a cambiarte. No veremos en el salón.

—Gracias —replicó, aliviada de que hubiera dejado el tema.

Me quedé al pie de la escalera, incapaz de apartar los ojos de su culo mientras subía a toda prisa. Sí, era masoquista.

La tortura aumentó cuando apareció en el salón. Las manos se me quedaron inmóviles en las puertas correderas de cristal y tragué saliva. Se había puesto una camiseta de malla negra sobre un bikini naranja. En aquel momento, fui consciente de dos cosas. En primer lugar, aunque el color negro le sentaba muy bien, el naranja le favorecía aún más, atrayendo la atención hacia su proporcionada perfección. En segundo lugar, la muralla que había construido para contener la atracción y cumplir las reglas amenazaba con venirse abajo.

—¿Todo bien? —preguntó, reparando en los pantalones de correr y en la camiseta que me había puesto.

—Claro —contesté, abriéndole la puerta para que saliera.

Pasó a mi lado, dejando una estela de su perfume que me hizo desear hundir la cara en su cuello. Por detrás estaba tan espectacular como por delante. La parte de abajo del bikini apenas le cubría las nalgas.

Un alto porcentaje de la sangre de mi cuerpo se dirigió al sur, vaciando mi cabeza de todo pensamiento excepto del que estaba fijo en lo que haría con su cuerpo.

—¿Cuánto tiempo necesitas? —pregunté.

Me senté en una tumbona y justo cuando levantaba una pierna, ella se volvió y vio el bulto que tensaba mis pantalones.

Se acercó al borde de la piscina y volvió la cabeza. Los últimos rayos de sol le acariciaron las mejillas, los brazos, el vientre y los muslos.

—Suelo nada cien largos, así que unos cuarenta y cinco minutos.

—Muy bien.

«No vas a parar de babear como un tonto».

Tomó el borde de la camiseta y se la sacó por la cabeza. Dejé escapar un gruñido al verla lanzarse al agua con la agilidad de una atleta.

Tardé unos veinte largos en recuperar la cordura. Justo entonces, se detuvo al otro extremo de la piscina, se echó hacia atrás el pelo y lentamente volvió la cabeza hasta que sus ojos se posaron en mí. Abrió la boca para tomar aire y recuperar el aliento.

No dijo nada y yo tampoco, pero entre nosotros había muchas formas de comunicación.

Más tarde, me daría cuenta de que aquel fue el momento en que fuimos conscientes de que lo que había entre nosotros no se había terminado. Las reglas, las barreras y todas las palabras que nos habíamos dicho para intentar frenar aquella atracción sexual no tenían ninguna posibilidad.

Se aferró al bordillo durante un largo minuto, sin apartar sus bonitos ojos verdes de mí. Entonces, con un suave arqueado del cuerpo, se hundió en el fondo del agua.

Todas las células de mi cuerpo deseaban unirse a ella. Aunque solo fuera por refrescarme y evitar que me saltara la tapa de los sesos. Pero me quedé donde estaba, contando los largos hasta que llegó al noventa y ocho.

Me levanté, tomé una toalla del montón que había junto a la tumbona y esperé a que saliera del agua.

Al igual que la otra vez, su cuerpo estaba cubierto de deliciosas gotas. Deseé lamer cada una de ellas antes de concentrarme en chuparla entre las piernas.

Pero en vez de eso, le ofrecí la toalla. Su mirada se encontró con la mía al tomar la toalla y envolverse en ella.

—Gracias.

Mis ojos se fijaron en un mechón rizado que tenía sobre la mejilla. Incapaz de resistirme, se lo pasé por detrás de la oreja y luego me fui a por su camiseta.

—Vámonos dentro.

Me daba igual que mi voz sonara patética o que fuera evidente que mi polla estaba erguida. Ya la había visto antes fijarse en ella y sonrojarse antes de apartar la vista.

Me siguió al interior y deambuló por el salón mientras cerraba las puertas.

—¿Quieres beber algo?

Necesitaba un trago antes de cometer alguna estupidez.

—Eh... creo que no debería.

Le entregué su camiseta.

—No suena a un no definitivo —dije alzando las manos—. Pero no es mi intención hacerte cambiar de opinión. Vete a la cama si lo prefieres.

El aire que se había quedado atrapado en mis pulmones decía algo completamente diferente a las palabras que acababan de salir de mi boca. Quería que se quedara.

Dejó caer la toalla sobre la mesa de centro y se sacudió el pelo.

—No, si me voy a la cama no pararé de dar vueltas a la cabeza. Incluso es posible que siga desarrollando el código. No, no es una buena idea —dijo entre risas.

Era la primera vez que la veía reírse. Aquel suave sonido me atrapó y me hizo desear seguir oyéndolo.

—Está bien. ¿Qué te gusta hacer para distraerte?

Apartó la vista, incómoda, y se puso la camiseta.

—Normalmente leo o bajo a ver una película.

Fue una decisión fácil.

—Voto por ir abajo. Me tomaré una copa y, si quieres, puedes acompañarme —dijo arqueando una ceja.

Después de todo, allí abajo tenía una barra.

Un amago de sonrisa curvó sus labios mientras se fijaba en mi ceja.

—Yo elegiré la película.

Me encogí de hombros.

—Es tu cine, tú eliges. Yo solo voy por la copa.

Su sonrisa se ensanchó.

Bajamos juntos, los pasos de sus pies descalzos apenas resonaban sobre el suelo de madera. Me dirigí a los estantes de la barra, llenos de botellas caras, mientras ella se acercaba a una bandeja de dulces y volvía con un cuenco lleno de gominolas.

Se metió un malvavisco en la boca y entonces me ofreció el cuenco. Tomé un caramelo de goma y se lo mostré.

—Estas cosas echarán a perder tus dientes.

—Por suerte, tengo un buen seguro médico.

Su bonita sonrisa mostró una dentadura perfecta.

Me concentré en servirme un bourbon.

—¿Estás segura de que no quieres nada?

Eché un vistazo a las botellas que tenía detrás de mí.

—De acuerdo, quiero un martini con limón, por favor.

Reí.

—No creí que fuera a ser tan fácil convencerte.

Se metió otro malvavisco en la boca antes de dejar el cuenco en el mostrador.

—Rara vez me lo preparo yo porque nunca me sale bien. Se te ve... suelto detrás de la barra, como si supieras lo que estás haciendo.

Nuestras miradas se encontraron.

—¿Me estás poniendo a prueba?

Separó lentamente los labios.

—Tal vez.

—¿Y si la paso?

Bajó la vista unos instantes antes de que sus ojos verdes se volvieran a encontrar con los míos.

—Dejaré que elijas la película.

Me serví el bourbon, mordiéndome la lengua para no decir en voz alta el premio que quería. Ella lo sabía muy bien, se adivinaba en su expresión. El que quisiera hacerlo esa noche era otro tema.

Saqué los ingredientes y la descubrí observándome mientras preparaba su bebida. Se la acerqué sobre la barra, tomé mi copa de bourbon y esperé.

Ella tomó su copa y dio un sorbo. Luego se pasó la lengua por el labio inferior. Mi polla se desperezó.

—Está bueno.

—¿Solo bueno?

De nuevo, se fijó en mi ceja arqueada y frunció los labios.

—De acuerdo, está perfecta.

—De nada.

Me acerqué al congelador, saqué un par de cubitos de hielo y los eché a mi bebida. Cualquier cosa con tal de calmar el infierno de mi entrepierna.

Ella tomó su copa y sus golosinas y se dirigió a unas butacas de cuero rojo con portabebidas a cada lado.

El sábado por la noche, cuando otra pesadilla me había arrancado del sueño, había bajado y, al oír que había una película puesta, me había acercado a ver cómo estaba. Barajé la idea de despertarla, pero teniendo en cuenta la tensión latente, preferí dejarla. Al arroparla, había emitido un sonido tan triste que me había desgarrado.

Al sentarme a su lado en aquel momento, un montón de preguntas se agolparon en mi cabeza. No podía entrar en materia personal porque acabaríamos una vez más en el campo de batallas. Así que decidí hacer las más neutras.

—He descartado a la mayoría de las personas de la lista.

Incluido su ex. Tras indagar en las actividades de Scott Wyatt, había comprobado que había estado fuera de la ciudad las semanas previas al inicio

del acoso y que desde hacía un tiempo tenía una relación a distancia con una mujer de Seattle. Tenía suerte de estar fuera de mi alcance.

Una sombra de inquietud asomó al rostro de Lily.

—Entonces, ¿quién queda?

Me quedé en silencio. Mi respuesta podía condicionar su relación con las personas que quedaban en la lista.

—No he podido descartar a Nordic Razor. ¿Es posible que haya visto en qué estás trabajando cuando os veis por internet?

Se sentó sobre las piernas, se recostó en el asiento y dio un largo trago a su bebida.

—No. Uso un ordenador diferente para asuntos personales.

Dejé mi copa en el portabebidas.

—¿Por qué la Q?

—¿Qué?

—Cipher Q. ¿Qué significa la Q?

Jugueteó con un mechón de pelo.

—¿Qué crees que significa?

—Al principio pensé que Quantum, pero creo que es Queen —contesté.

Bajó la cabeza, en una mezcla de timidez e inocencia que no hizo más que aumentar su atractivo.

—Es una tontería, lo sé, y suena vanidoso, pero...

—Pero querías sentirte poderosa en un momento en que las cosas se te iban de las manos.

Se quedó boquiabierta unos segundos.

—No me gusta cuando haces eso —murmuró.

—¿Hacer el qué? —pregunté suavemente.

—Ver más allá.

—No voy a hacerte daño, Lily. No te preocupes por lo que me cuentes. Te lo prometo —dije y, después de unos segundos, asintió—. ¿Cuántos años tenías cuando empezaste a hackear?

Pareció sentirse acorralada por mi pregunta, pero contestó.

—Trece.

—Supongo que fue tu padrastro el que te hizo sentir... inferior.

Su rostro se ensombreció y permanecí en silencio hasta que asintió.

—Me culpó de la marcha de mi madre y, de vez en cuando, pagaba conmigo su malestar.

Apreté el puño.

—¿Te hizo daño?

—Físicamente, no, pero en otros aspectos, sí.

Di un sorbo a mi bourbon solo por tener algo que hacer y no estampar un puñetazo en la pared que tenía detrás.

—Cuéntame qué hacía.

Tomó aire y sus fosas nasales se dilataron.

—No tengo toda la noche.

—Entonces, cuéntame cómo acabaste dando con Chance.

—Cuando tenía catorce años, lo hackeé. Por aquel entonces era buena, pero no genial. Contrató a otro hacker para que diera conmigo y se presentó en mi casa con la policía. Me dio a elegir: trabajar para él o ir a la cárcel.

—Supongo que tu padrastro no le dijo que te dejara en paz.

Sonrió con amargura.

—No cuando empezó a recibir dinero de Chance.

Se estremeció al oírme maldecir entre dientes. Alargué la mano y se la puse sobre las suyas. Se quedó mirándola con una sonrisa triste antes de respirar hondo.

—El caso es que llegaron a un acuerdo por el que le pagaría a mi padrastro una cantidad mensual para mi manutención, y más tarde para ir a la universidad, con la condición de que cuando me graduara, dedicara todo mi tiempo a desarrollar algo grande para él.

—¿El algoritmo? —pregunté.

Sentía un nudo en la garganta y en el pecho por el esfuerzo de contener mi furia.

Ella asintió.

—Ya por entonces tenía la idea en mi cabeza.

—¿Por qué no te fuiste al cumplir la mayoría de edad?

Apretó los labios y se encogió de hombros.

—Le di mi palabra de que no lo haría.

Era una respuesta sencilla que resumía los valores de Lily Gracen. Aunque no lo creía posible, me sentí aun más atraído por ella en aquel momento.

—Y lo de Scott, ¿cómo lo descubriste?

Sonrió con picardía.

—Revisé los archivos de su teléfono y se lo pregunté directamente.

—¿Cómo se lo tomó Chance?

Supongo que buscaba una razón más para ponerle un ojo morado cuando lo conociera al día siguiente.

—Me dijo que solo pretendía cuidarme. Le dije que era mentira y le amenacé con marcharme. Me prometió que no volvería a pasar.

Estaba consiguiendo la información en pequeñas dosis.

—Lily...

Sacudió la cabeza.

—Dejémoslo ya. Me estoy poniendo de mal humor.

Puse la mano en su mejilla y le acaricié el labio con el pulgar hasta que se hubo tranquilizado.

—No te sientas mal por compartirlo conmigo. Sé cómo se siente.

Sus enormes ojos verdes se clavaron en mí.

—¿De veras?

Reconocí dolor en mi voz y sonreí para mis adentros. No podía inventarme otra respuesta ni quedarme callado, así que pronuncié la última palabra que esperaba que saliera de mi boca.

—Sí.

Se quedó a la espera y suspiró.

—¿Es eso todo lo que vas a contarme?

Había curiosidad en su mirada, lo que hizo que sintiera un nudo en el pecho por una razón diferente.

—Sí. No quiero ponerte de mal humor.

Su respiración se volvió entrecortada. Su mano temblaba al llevarse la copa a la boca. Se quedó mirándome fijamente durante unos segundos. Luego, tomó el mando y apuntó hacia la pantalla.

—Luz tenue.

Su orden apagó las luces del techo y atenuó las que había en el suelo.

En la pantalla apareció un menú con las opciones agrupadas por géneros y una pestaña de Favoritos. Hizo clic en Favoritos y apareció una larga lista.

—¿Todas estas son tus favoritas? —pregunté escéptico.

—Sí.

El título que escogió llamó mi atención y de nuevo me asaltaron recuerdos desagradables.

—¿*El paciente inglés*?

—Es un clásico —contestó mirándome.

—Si quieres aguar tu martini y luego caer en coma de aburrimiento,

adelante.

—¿La has visto?

Apreté la mandíbula, considerando ignorar la pregunta.

—Sí, la he visto. Era la favorita de mi madre.

La curiosidad iluminó sus ojos.

—¿Era?

Me tomé de un trago lo que me quedaba de bourbon. Qué demonios.

—Murió hace quince años.

Traté de contener mi amargura mientras Lily se acercaba.

—¿Cuando tenías catorce años?

Asentí y nos quedamos en silencio. Al cabo de unos segundos, señalé la pantalla.

—¿Vamos a ver esta película o qué?

Giró la cabeza hacia la pantalla y de nuevo me miró, ofreciéndome el mando a distancia.

—Ibas a ayudarme a elegir. Has vetado mi primera elección, así que muéstrame la tuya.

Tomé el mando y, al hacerlo, rocé sus dedos. Ella dejó escapar un suspiro.

Deseaba sentir su aliento en mi cara. A regañadientes, me volví hacia la pantalla. Para mi sorpresa, solo la mitad de las películas eran de chicas. También había películas policíacas y de intriga.

Fruncí el ceño mientras leía la lista.

—Aquí hay más de cien. ¿Cómo es posible que todas sean tus favoritas?

Se quedó mirándome fijamente.

—¿Tan difícil te resulta? Puedo ayudarte si quieres —me dijo desafiante en tono burlón.

Resoplé y elegí una.

—Oh, no. Me gusta Bruce Lee, pero esta noche no. Solo el sonido me dará dolor de cabeza.

Continué recorriendo títulos y, de pronto, puso su mano sobre la mía.

—¡Esta!

—¿*Venganza*?

Era una película con Anthony Quinn, Kevin Costner y Madeleine Stowe. No recordaba el argumento, pero seguramente la habría visto. Las películas eran la vía de escape de mi madre las pocas veces en que la depresión la liberaba de sus despiadadas garras. Siendo sincero, también habían sido mi manera de

evadirme porque durante un par de horas podía olvidarme de ella. Incluso alguna comedia le había arrancado una sonrisa.

—Sí, no tiene una valoración muy alta, pero me gusta. ¿O prefieres que sigamos buscando otra?

—Esta está bien.

Apreté el botón de reproducción y señalé su copa vacía.

—¿Quieres otra?

—Será mejor que no. Aunque me tomaré un refresco.

Le llevé un refresco y una botella de agua para mí. Rompió la pestaña, frunció los labios y se bebió de un trago la mitad, mientras yo trataba de desviar la mirada de su cuello.

La trama de la película quedó clara al cabo de veinte minutos: sexo, corrupción, deseo prohibido, traición...

Me puse cómodo y traté de concentrarme. Lily puso el cuenco de golosinas entre los dos y estiró las piernas. Se comió otro malvavisco y luego me ofreció una gominola. Me la metí en la boca y traté de contenerme para no mirar sus muslos desnudos ni su vientre plano bajo aquella camiseta transparente ni el montículo de su pubis.

Unos minutos más tarde, volvió a cambiar de postura, poniéndose de lado hacia mí y colocando una pierna sobre la otra. Apoyó la cabeza sobre el reposabrazos y empezó a jugar con un mechón de su pelo corto. Por alguna razón, aquel gesto me ponía a cien. Unos segundos más tarde, metió la otra mano en el cuenco de dulces. No sacó ninguna, simplemente las revolvió con la vista fija en mí.

—¿Vas a quedarte quieta o piensas estarte moviendo toda la película?

—Todavía estoy... inquieta.

Alcohol, azúcar, inesperadas revelaciones y lujuria no eran una buena combinación. Sumándole a eso la camiseta transparente y el bikini que llevaba, estaba a punto de haber una explosión.

Tomé el cuenco de dulces y lo puse al otro lado de mi butaca.

—Será mejor que dejes de tomar tanta azúcar.

Frunció su labio inferior, atrayendo mi mirada aquella curva tan sexy. Dejó escapar un suave gemido.

—Caleb.

Acababa de pronunciar mi nombre con aquella voz tan sensual.

Había dejado caer su mano libre en el espacio que había entre nosotros,

dibujando pequeños círculos en el cuero.

—Tal vez ha llegado el momento de poner fin al día —dije sin ninguna intención de querer decir eso.

—No, no puedo. Sigo demasiado tensa —susurró.

—Dime qué necesitas.

Ella parpadeó lentamente con picardía y cerró la mano en un puño. Unos segundos más tarde, dejó caer la vista sobre mi pecho y siguió bajando hasta mi polla erecta. Respiró hondo.

—He decidido aceptar ese pase.

Me quedé sin respiración.

—¿Qué?

Su mirada desafiante buscó la mía.

—Ya me has oído. Me diste vía libre para saltarme tus reglas.

Mi cuerpo ardía en llamas.

—¿De qué estamos hablando?

Una sonrisa sugerente asomó a sus labios.

—Ya lo verás. ¿Quieres ir a por mi Bob?

Mierda. Tenía la polla dura y dispuesta. Apreté los dientes.

—¿Quieres tu juguetito? ¿Estás segura?

—Necesito relajarme y, a mi modo de ver, tengo dos opciones: puedo dejar que me folles o que me ayudes. Para la primera todavía no estoy preparada.

¿Qué demonios tenía en mente?

—Lily...

—¿Quieres participar?

Como si pudiera decir que no.

—¿Dónde está?

Se sonrojó al señalarme con la cabeza el pequeño cuarto de baño que había a continuación de la barra.

—Debajo de la primera toalla del armario.

Contuve la respiración y me levanté de la butaca.

La había obligado a poner a prueba mi autocontrol. Tenía la polla tan dura que podía usarla de martillo y mis testículos echaban fuego.

«Muy bien, campeón».

Entré en el baño, tiré de la primera toalla y encontré el juguete erótico. Quise dejarlo allí, decirle que no lo encontraba. Podía darle lo que tanto quería con mi boca, con mis dedos, con mi lengua... Pero sabía que no me

detendría ahí. Tomé el artilugio y al volver la encontré incorporada, respirando entrecortadamente. Aquella camiseta me estaba volviendo loco, por no mencionar aquellos estupendos muslos y la sombra que había entre ellos.

—Tenemos que poner unas reglas —dijo—. No podemos quitarnos la ropa, ¿de acuerdo?

Era la mujer más bonita que había visto jamás y tenía tantas ganas de ver cómo se corría que me empezaban a doler los dientes de tanto apretar.

—De acuerdo.

Volví a sentarme en la butaca y dejé el vibrador entre los dos.

Lo miró y de nuevo se sonrojó.

—Caleb...

—Puedes ordenarme lo que quieras, muñeca. Dime qué necesitas.

—Bésame —me ordenó.

Hundí los dedos en su pelo, me incliné y uní su boca con la mía hasta que oí aquel sonido justo antes de que se derrumbara sobre mí. Esta vez no tuve que abrirme paso. Separó sus bonitos labios y deslicé mi lengua dentro de su boca, incapaz de dejar de gemir al volver a saborearla.

Se recostó en el respaldo de su butaca y la seguí hasta que mi torso oprimió sus pechos firmes y generosos.

El beso se hizo más profundo y entrelacé mi lengua a la suya antes de morderle la punta como tanto le había gustado la última vez. Me recompensó con un gemido mientras sus manos exploraban mi espalda. Sus dedos acariciaron la cinturilla de mis pantalones y bajaron a mi culo. Le mordí con cuidado el labio superior. Me clavó las uñas en el culo y separó las piernas para recibirme.

El fuego que corría por mis venas aumentó cuando me separé y miré entre nosotros. Menos de un palmo nos separaba. Solo necesitaba dejarme caer un poco para que mi polla rozara el bikini que cubría su pubis. Y si buscaba el ángulo adecuado, fácilmente podría colocarme entre sus piernas y frotar mi polla con su clítoris.

Me estremecí al mirarla a los ojos y después a sus labios hinchados.

«Fóllame».

Tenía el control de la situación y, por mucho que me desconcertara, también era lo más excitante que había experimentado.

Contenerme fue difícil, pero puse las manos a cada lado de su cabeza,

aumenté la distancia entre nosotros y subí las rodillas para bloquear sus muslos. Desde mi posición, tenía una vista impresionante de ella desde la cabeza a los pies.

—¿Y ahora qué?

Una mano buscó el vibrador. Luego, se quedó quieta.

—Adelante, nena, antes de que mis buenas intenciones se esfumen.

Seguía respirando entrecortadamente como si no pudiera controlarla. Cuando bajó la vista a mi boca, dejé caer la cabeza y le di un beso breve, pero intenso.

—Ahora, Lily —le ordené.

Lo colocó entre nosotros y lo encendió con el dedo pulgar. Al reparar en la baja intensidad, arqueé una ceja.

—Nunca antes lo había usado al tres.

Puse mi dedo sobre el suyo e incrementé la intensidad dos pulsaciones más.

—Entonces, me alegro de estar contigo esta primera vez.

Mi sonrisa era tan tensa como la presión de mi entrepierna al volver a la posición inicial. Esperé.

Lentamente, bajó la cabeza y luego detuvo su mano con el juguete erótico sobre su vientre. Luego, me miró a los ojos.

—Hazlo tú.

Joder. Tomé aire como pude.

—¿Estás segura?

Se mordió el labio y asintió. Me dio el vibrador, bajó la mano y se ahuecó la entrepierna del bikini.

Al ver por primera vez su coño, a punto estuve de perder la cabeza.

Conteniendo aquellos celos irracionales, acerqué el vibrador a su clítoris húmedo. Un jadeo agudo escapó de sus labios y su espalda se arqueó en la butaca. Me temblaban los brazos por el esfuerzo de mantenerlos rígidos.

—Joder.

—Oh, Dios, ah...

Se estremeció al hacer más fuerza con el vibrador sobre su clítoris. Percibí su olor, aumentando la agonía de mi entrepierna.

—Me gusta cómo huele tu coño, Lily.

Otro escalofrío la estremeció y sus caderas buscaron el juguete. Debajo de la malla de la camiseta y del sujetador del bikini, sus pezones estaban duros y me moría por chupárselos.

Se me hizo la boca agua ante la idea de arrancarle la ropa y hacer justo eso. Sin embargo, me contuve y le di besos por el cuello, sintiendo el pulso frenético en su garganta.

—Caleb...Oh...

Dejó escapar un gemido y cerró los ojos.

—¿Te queda poco?

Se estremeció y aceleró el movimiento de sus caderas.

—Sí... sí...

—Abre los ojos. Quiero que me mires cuando te corras —le ordené sin apenas reconocer mi voz.

Su mirada lasciva se encontró con la mía.

—Caleb... Me estoy corriendo.

Sus caderas explotaron y gritó.

Apreté los puños e hice fuerza con las rodillas para quedarme quieto.

Dios mío, era sensacional.

Mientras se corría, uní la boca a la suya. Sus caderas se aferraron a las mías mientras la devoraba, empeñado en no perderme un segundo de su apoteósico orgasmo.

Después de una eternidad, sus sacudidas cesaron. Fue entonces cuando me di cuenta de que me tenía rodeado con sus brazos y piernas. Cuando percibí su olor, supe que estaba perdido.

Le pasé un brazo por la cintura, la levanté de la butaca y me dirigí tambaleante hacia la puerta.

—¿Caleb?

Todavía le costaba hablar.

—Voy a llevarte a la cama —farfullé.

—No.

—No te preocupes, no voy a presionarte. Te vas a ir a la cama sola. No te quepa duda de que follaremos hasta la extenuación, pero antes tenemos que ocuparnos de esta mierda.

Me apretó con las piernas con más fuerza, lo que reavivó la tortura de sentir mi polla contra su coño húmedo.

Di un traspié en los escalones al sentir que hundía su cara en mi cuello, jadeando.

—Pero... ¿y tú? —susurró.

—Ya me ocuparé de eso más tarde —dije deslizando los labios desde la

comisura de sus labios a la curva de su oreja—. O lo reservaré para ti.

Gimoteó. De nuevo aquel sonido sensacional. Hundí los dedos en su pelo y tiré de su cabeza hacia atrás.

—¿Te gustaría?

Se sonrojó aún más, pero buscó mi mirada.

—Sí.

Emití un gruñido, la sujeté con más fuerza y subí la escalera.

Ya en su habitación, aparté las sábanas y la dejé en medio de la cama. Mantuvo las piernas unos segundos más donde estaban antes de soltarme. La besé en los labios y muy a mi pesar me aparté.

—Duerme. Quiero que estés fresca y relajada.

Decidido, me dirigí hacia la puerta.

—¿Caleb?

Me aferré al pomo de la puerta y cerré los ojos un momento antes de volverme.

—¿Sí?

Retorció la colcha entre sus dedos, pero no hizo amago de cubrirse.

—Gracias por lo de esta noche.

Mi mirada febril recorrió su cuerpo hasta las sombras de su entrepierna, sin disimular el ansia salvaje que me consumía.

—No me des las gracias todavía. Tengo intención de follarte en cuanto todo este asunto haya quedado resuelto. Y no esperes que sea delicado. Buenas noches, Lily.

## Capítulo 10

*Lily*

Mi alarma interior me despertó a las cinco de la mañana, después de haber descansado como no lo hacía desde que había empezado todo aquel lío del acosador. Me desperecé, me di la vuelta y me quedé inmóvil cuando los recuerdos de la noche anterior me asaltaron.

Una corriente cálida recorrió mi cuerpo, deteniéndose en mi pelvis antes de acumularse en mi cara.

Me quedé tumbada, conteniendo la respiración, sintiéndome a la vez vulnerable y mortificada. Le había contado a Caleb cosas de mi pasado que nunca antes había compartido con nadie. ¡Y luego le había dejado usar el vibrador!

Sorprendentemente, no me vino ninguna sensación. Emocionalmente me sentía aliviada, como si me hubiera quitado un peso de los hombros. No me sentía juzgada por Caleb, ni por sus palabras ni por sus actos.

Sexualmente, me sentía sensacional, como si hubiera ganado un premio en un concurso en el que ni siquiera sabía que estaba compitiendo.

El buen sexo siempre me había parecido algo de lo que disfrutaba todo el mundo menos yo. No me avergonzaba confesar que esa era la razón por la que me compraba juguetes eróticos. Pero lo de la noche anterior...

Me corrí con más violencia que nunca... y sin ni siquiera tener sexo. Estaba completamente segura de que no había sido por haber empleado una intensidad mayor en el vibrador. La única vez que había intentado la intensidad más alta, lo único en lo que había podido pensar había sido en el ruido y en una posible descarga eléctrica en mi clítoris, lo cual había arruinado la experiencia.

Pero la noche anterior había abierto una puerta desconocida y había

disfrutado de una experiencia increíble.

La imagen de él echado sobre mí, corpulento, ardiente y excitado, sin reprimir sus ansias en la cara, con la mano entre mis piernas susurrándome palabras subidas de tono...

Sí, aquello auguraba el encuentro inolvidable al que mi intuición me llevaba empujando desde el principio.

Me sentía poderosa, como si pudiera volver a hacerlo todo otra vez.

Contuve un gemido en mi garganta.

A pesar de haber dejado claras las reglas, había habido un momento justo antes de aquel increíble orgasmo en que había querido pedirle a Caleb que se sacara la polla y me follara hasta la extenuación.

Aquel comentario atrevido no dejaba de repetirse en mi cabeza y no pude evitar jadear. Lo estaba deseando desesperadamente.

Pero no sería hasta que dieran con mi acosador.

El acosador, el código, la presentación de SDM...

Volví a la realidad y salí de la cama directamente a la ducha. Alguien seguía acechándome ahí fuera, esperando que cometiera un error. Apreté los dientes para contener la sensación que amenazaba con estropearme el día y traté de recuperar el entusiasmo.

No lo conseguí. Mi ánimo se desplomó cuando recibí en el teléfono un correo electrónico de Chance, justo cuando bajaba la escalera.

Entré en la cocina y encontré a Caleb junto a la máquina de hacer café. Unos instantes antes de que se diera la vuelta, reparé en su torso fornido, envuelto en una camisa azul entallada que llevaba metida en unos pantalones que resaltaban su culo, aquel culo al que me había aferrado brevemente la noche anterior, antes de que pusiera fin a mi exploración.

Se volvió con dos tazas de café en las manos. Ambos nos quedamos inmóviles cuando sus ojos se encontraron con los míos.

El recuerdo de la noche anterior todavía seguía muy vivo. Su mirada ardiente recorrió mi cuerpo de arriba abajo, aumentando su intensidad según avanzaba. Me alegré de haber elegido cuidadosamente la ropa.

El vestido negro era un conjunto de corsé y falda acampanada, que combiné con unos botines de tacón alto. Mi maquillaje era impecable también. Me daba confianza llevar los ojos con rímel y los labios pintados de rojo.

—Buenos días —murmuré, deseando disipar la tensión que había entre nosotros.

No quería cometer ninguna estupidez, como quedarme mirando su polla y preguntarme si se había aliviado la noche anterior o si había mantenido su promesa de reservarse para mí.

—Buenos días —respondió, acercándose para darme una taza.

Nos situamos junto a la isla y bebimos a la vez mientras sus ojos volvían a recorrer mi cuerpo. Luego, alargó la mano para acariciar la estrella de plata que colgaba de mi gargantilla.

—Estás muy guapa.

Todo mi cuerpo reaccionó al oír sus palabras.

—Gracias.

Entornó lentamente los ojos.

—¿Pasa algo?

Agité mi teléfono en el aire.

—Un correo electrónico de Chance. Va a traer a alguien a la reunión de hoy.

Él se puso tenso.

—¿A quién?

—No me lo ha dicho.

—¿Lo había hecho antes?

—En el último minuto, no —dije y di otro sorbo al café.

—Estás preocupada —observó.

Me encogí de hombros.

—Puedo soportar la presión.

Dejó la taza y tomó mi rostro entre las manos.

—Llevo toda la semana viéndote resolver los problemas de tu equipo sin apenas apartar la vista de la pantalla. Vas a hacerlo muy bien. No tengo ninguna duda.

Al igual que la noche anterior, la suavidad de su roce junto con sus palabras de aliento hicieron que me picaran los ojos. Parpadeé repetidamente por no llorar delante de Caleb.

—Gracias.

—De nada —murmuró acariciándome el mentón con el pulgar.

Bajó la vista a mis labios y una emoción diferente nos embargó.

Se apartó primero, tomó su taza y se terminó el café.

—¿Lista para irnos?

Asentí con la misma inquietud que las emociones que se arremolinaban en mi interior.

En el pasillo, tomó la chaqueta corta que había dejado junto a mi bolso y me la sostuvo. Me coloqué delante de él, metí los brazos por las mangas e inspiré aquel olor a espuma de afeitar y a hombre. Cuando fui a abrocharme el único botón, me apartó las manos, tiró de las solapas y me lo abrochó él.

Luego me tomó por la cintura y me atrajo hacia él.

—No sé tú qué tal —susurró junto a mi oreja—, pero yo he pasado una noche jodida recordando tu cuerpo cuando te corrías. Solo quería decírtelo.

No podía respirar mientras se ponía su cazadora de cuero y salimos de casa sin decirnos nada.

¿Qué podía decir, que se me habían mojado las bragas al saber que no había dormido? Al infierno con el acosador. Quería que detuviera el coche a un lado y me magreara en el asiento de atrás.

Su teléfono sonó, lo sacó y arqueó las cejas al mirar la pantalla.

—Ross —contestó en tono frío—. Sí, Maggie me ha dicho que estabas intentando contactar conmigo. He estado un poco ocupado. ¿Qué puedo hacer por ti?

Se volvió para mirarme unos instantes antes de prestar atención a la carretera.

Apenas había tráfico y, con la radio tan baja, pude oír la conversación.

—La banda no me quiere.

—¿Has ido a los ensayos, como quedamos?

—Todos los días. Incluso cambié los planes que tenía para el fin de semana para dedicarle más tiempo. Dicen que no es suficiente, que ya es demasiado tarde.

—Solo ha pasado una semana. Quizá te estén poniendo a prueba para comprobar que no los defraudarás otra vez. ¿Dónde estás ahora mismo? —preguntó Caleb.

Tras unos segundos, Ross contestó.

—En el Beverly Hilton.

El mentón de Caleb se tensó.

—¿No quedamos en que no volverías ahí?

—Sí, pero si los chicos no me aceptan, entonces ¿qué...?

—Será mejor que dejes de pensar en eso o te colgaré y bloquearé tu número —lo interrumpió Caleb.

—No voy a... Pero es difícil, tío —gimió el hombre del otro lado de la línea.

—Eso es lo que pasa cuando defraudas a la gente, Ross. Dejan de confiar en ti —dijo en tono suave—. Si de veras es lo que quieres, vas a tener que seguir intentándolo. Con el tiempo, volverán a buscarte.

—¿Y si no lo hacen?

—Entonces, tendrás que buscar respuestas en otra parte. Tienes talento, solo necesitas ser más responsable. En última instancia, depende de ti que quieras triunfar o fracasar.

—Quiero estar en la banda —dijo Ross.

—Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer.

Se oyó un suspiro al otro lado de la línea.

—Sí. Eh... gracias, tío.

—Puedes dárme las llaves de ese hotel y volviendo a casa.

Colgó y se guardó el teléfono en el bolsillo.

Permanecimos en silencio varias manzanas.

—Se te da bien resolver problemas.

Curvó las comisuras de los labios, pero sus ojos no llegaron a sonreír.

—Gracias. Es todo un cumplido viniendo de ti.

—Lo digo en serio. No debe de ser fácil tratar con gente que no siempre es receptiva.

Me miró.

—¿Te incluyes?

—Tal vez. Lo que le acabas de decir... ¿Por qué te dedicas a esto, por alguna decepción?

Su expresión se endureció.

—Es demasiado temprano para hablar de eso a esta hora, muñeca.

—Estás evadiendo el tema.

—Y tú buscas algo para no pensar en tu reunión. No sigas por ahí, Lily.

Había una nota de advertencia en su tono.

—¿Por qué no? Te he contado mis secretos. Me lo debes.

Suspiró.

—Sí, mucha gente me ha decepcionado y, peor aún, decepcionaron a mi madre cuando más los necesitaba. No es agradable sentirse impotente, así que decidí dedicarme a solucionar los problemas de otros.

—¿Cómo empezaste?

—¿Oficialmente? Con veinte años. Pero había empezado antes, tras la muerte de mi madre. Había muchas cosas que solucionar en Trenton Gardens.

Había una nota amarga en su voz que me estremeció.

—No sé dónde está eso.

—Considéralo algo bueno, muñeca.

Miré su perfil, deseando saber más, así que tecleé aquel nombre en mi teléfono.

Y me quedé helada.

—«Trenton Garden, cuna de las pandillas más conocidas de la zona sur de Los Ángeles. ¡Cinco personas son asesinadas cada semana!» —leí en voz alta sin poder ocultar mi horror.

Miró con furia el teléfono y luego se encogió de hombros.

—No es exactamente un cuento de hadas, ¿verdad?

Guardé el teléfono. Sentía compasión por aquel hombre tan duro por fuera y tan tierno por dentro. Quería saber más, descubrir sus capas.

—A veces te oigo —susurré.

Se puso tenso.

—¿Cómo dices?

—Por la noche. No duermes bien, ¿verdad?

—Tal vez me dedico a comprobar que todo esté en orden y a garantizar así tu seguridad.

—¿Ah, sí?

Se aferró al volante.

—Déjalo estar, Lily.

—Mi madre se marchó poco antes de que cumpliera ocho años. Durante un año, no pude dormir del tirón. Mi padrastro y yo nos levantamos una mañana y... se había ido. Dejó una nota diciendo que no volvería nunca y que no tratáramos de buscarla. Incluso después de que recibiéramos de su abogado los documentos concediendo mi custodia a mi padrastro, seguía pensando que volvería. Stephen era estéril y no podía tener hijos. Esa fue la única razón por la que se quedó conmigo.

Caleb maldijo entre dientes.

—Es su problema, Lily, no el tuyo.

—No soy del todo inocente. Me dolía saber que mi madre se había ido sin pensárselo dos veces y que mi padrastro también lo habría hecho si hubiera tenido hijos. Así que, a veces, me portaba mal.

—Eso no es excusa para lo que hizo.

—Lo sé, pero...

Me encogí de hombros.

—En el fondo te habría gustado que las cosas hubieran sido diferentes.

Contuve las lágrimas que amenazaban con derramarse.

—Una tontería, ¿verdad?

—No, en absoluto —dijo y alargó la mano para acariciarme la mejilla.

De nuevo, se mostraba tierno. Una lágrima rodó por mi mejilla.

Volvió a soltar una palabrota y apagó el motor. De un rápido vistazo vi que habíamos llegado al aparcamiento de SDM. Era pronto y solo había un puñado de coches, el más cercano a unos cuantos metros.

Cuando me acarició la barbilla, traté de apartarme, asustada por haberme venido abajo. Me tomó del pelo y me obligó a mirarlo.

Tenía una ceja arqueada, pero su mirada era cálida.

—Ya te he dicho que era muy temprano para hablar de estas cosas. Deberías hacerme más caso.

Otra lágrima se escapó y traté de sonreír.

—No tengo ni idea de por qué estoy llorando. Ya lo he superado todo. Cuento los días que faltan para que él y Chance desaparezcan de mi vida.

Sus dedos se aferraron a mi nuca. Con su otra mano, dio unas palmadas en su regazo.

—Ven aquí —ordenó.

Me quedé sin respiración.

—¿Por qué?

—Para poder tenerte más cerca —contestó.

Su voz profunda avivó mi torbellino de emociones.

Lentamente, llevé mis manos al cinturón de seguridad y lo desabroché, ignorando la voz de advertencia que resonaba al fondo de mi cabeza. Caleb había echado hacia atrás el asiento para acomodar sus largas piernas, por lo que tuve espacio suficiente para colocarme sobre su regazo.

Con la mano que tenía en la nuca me revolvió el pelo y con la otra se aferró a mi cadera.

—Ábrete la chaqueta —ordenó.

Con manos temblorosas, obedecí.

El sol todavía no había salido y las ventanillas tintadas nos ocultaban. Coloqué las rodillas a cada lado de él. En cuanto apoyé las manos en sus hombros, tiró de mí hacia abajo y fundió sus labios con los míos.

Caleb engulló mi boca como si fuera su última cena y me dejé devorar

encantada.

Entre mis piernas, su erección creció, empujándome insistentemente. Completamente desinhibida, me coloqué sobre él y nos besamos hasta que la necesidad de respirar nos obligó a separarnos. Tomó mi trasero en sus manos, animándome a que me frotara contra él. La sensación era maravillosa.

Podía haberme corrido solo con rozar mi clítoris con su polla.

Solo la idea me hizo jadear y cuando fui a besarlo de nuevo, me detuvo.

—¿Dónde está la cremallera del vestido? —preguntó con voz ronca.

Me llevé la mano al costado izquierdo.

—Quítatelo, muñeca —me ordenó, consumiéndome con la mirada.

Mi corazón desbocado aumentó su ritmo. Me bajé la cremallera dejar al descubierto mis pechos.

Caleb se quedó mirándome fijamente a los ojos unos segundos más antes de bajar la vista.

—Joder.

Bajó la mano y acarició con sus nudillos mi pezón erecto, provocando que me arqueara hacia él.

—Me preguntaba si serían oscuros o rosados —añadió, observando mi reacción mientras repetía el gesto en el otro pezón—. No sé qué hubiera preferido. Ahora que los veo, me parecen perfectos.

Sus palabras acabaron con un gruñido, al atraerme hacia delante y meterse uno en la boca.

—¡Dios!

Succionó con urgencia y desesperación, y luego me pasó la lengua por aquella parte tan sensible, sin dejar de frotar mi centro húmedo con su erección.

Luego se afanó en el otro pezón, pellizcándolo con los dedos.

Empecé a ver estrellas.

—¡Sí!

Mis dedos se hundieron en su pelo, deseando que se quedara donde estaba. Eché hacia atrás la cabeza mientras las caderas cobraban vida propia, decididas a cabalgarlo hasta el éxtasis que se adivinaba en el horizonte.

—Joder, eres preciosa —bramó, mirándome con una fuerza que no acababa de comprender.

—Caleb...

—No tienes ni idea de lo impresionante que eres, ¿verdad?

No podía respirar. Aquel hombre me estaba desarmando pieza por pieza, en cuerpo y alma. No se me ocurría ninguna razón para detenerlo.

Mi cuerpo era una amalgama de sensaciones bullentes a la espera de un orden para explotar.

Con una mano, Caleb me tomó por el cuello, inmovilizándome pero sin hacerme daño. La otra la deslizó bajo el vestido y se hizo sitio bajo mis bragas.

Clavé los dedos en sus hombros.

—No iba a hacerlo, pero necesito sentirte, Lily.

—Sí.

Con los ojos fijos en mí, Caleb me pasó la lengua por un pezón a la vez que hundía un dedo dentro de mí.

Ahogué un grito en la garganta. Me introdujo un segundo dedo y una oleada de placer me sacudió, aumentando el movimiento de mis caderas desesperadas por alcanzar el éxtasis.

—Estás muy húmeda —dijo jadeando—. Estoy deseando meterte la polla.

—Caleb...

Su nombre era la única palabra que podía pronunciar. Sus dedos me estaban volviendo loca.

Aquella dulce sensación me envolvió.

Sus dedos comenzaron a dibujar círculos sobre mi clítoris, desatando en mí un placer que nunca antes había conocido. Me corrí retorciéndome.

En algún momento de aquel éxtasis, Caleb cubrió mi boca con la suya, acompañándome hasta que las sacudidas cesaron.

Me derrumbé sobre él como un montón de huesos desmadrado, jadeando sin parar. Me regó de besos el cuello y la mejilla mientras su mano acariciaba mi culo.

—¿Estás bien? —susurró junto a mi oreja.

Emití un gemido afirmativo, disfrutando de aquel mar de calma. Los dedos que tenía dentro se movieron, haciéndome jadear una última vez antes de que los sacara.

Lentamente me enderezó y me miró a los ojos mientras se llevaba los dedos a la boca y se los chupaba. Sentí que la piel me ardía al unir su boca a la mía.

—Sabes mejor de lo que pensaba. La lista de lo que pienso hacerte aumenta por segundos, muñeca. Acabo de añadir comerte el coño durante horas.

Gruñí al sentir que mi temperatura volvía a aumentar. Antes de que mi

cabeza volviera a pensar con claridad, busqué su cinturón y tiré de él. Caleb se puso rígido.

Quizá fueran los orgasmos los que me desinhibieron o quizá aquella forma de hablar subida de tono la que hizo brotar en mí una fuerza imparable. El caso fue que pasé mis dedos por sus labios antes de hacer lo mismo por mi boca.

—Calla —susurré—. No vas a ser el único que dé premios esta mañana. Yo también me siento generosa.

Abrió los ojos un poco más, antes de bajar la vista a mi boca con mirada ardiente.

—Lily...

La excitación entrecortaba su voz.

—¿Me dejas, Caleb?

Bajé su cremallera y deslicé la mano bajo sus calzoncillos.

—Quiero que lo pasemos bien los dos —añadí.

Apoyó la cabeza en el reposacabezas y gimió.

—¿De veras crees que puedo rechazar una oferta así?

Se la saqué, jadeé y me quedé mirándola. Dios, era enorme. Larga, dura e impresionante. La polla de Caleb era tal y como la había imaginado.

—Es preciosa.

Lo acaricié de forma vacilante en toda su longitud. Un sonido ronco escapó de su garganta.

—Maldita sea, Lily...

La ansiedad amenazaba con superarme. Una cosa era ver películas porno y otra estar a punto de hacer mi primera mamada.

Lo acaricié con más fuerza, disfrutando de aquella rigidez aterciopelada, del rubor de sus mejillas y de la tensión de su expresión.

—Deja de chuparte los labios y chúpame a mí antes de que me corra —bramó, sacándome de mi ensimismamiento.

Con el corazón desbocado, bajé la cabeza y besé la punta. De sus labios escapó un siseo y me acarició la espalda. Fui deslizando besos en toda su longitud y volví a subir, recorriendo con la lengua el lateral de su polla.

Deslicé mi mano arriba y abajo sobre su magnífica erección, y le pasé la lengua por su hendidura. Levantó las caderas contra mi boca y hundió los dedos en mi pelo con desesperación.

—¡Joder!

Chupé y succioné con largas y continuas pasadas, arrancándole un jadeo tras otro.

—Sí, joder, así me gusta —farfulló sin dejar de tocarme el pecho.

Una sensación abrumadora se apoderó de mí mientras me acariciaba frenéticamente, y continué dándole placer con la boca.

Lo miré y vi que había cerrado los ojos. Su pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración entrecortada.

Metí la mano entre sus testículos y me agarró con fuerza el pelo, haciéndome daño.

—No te pares, Lily. No se te ocurra parar.

Aunque no parecía posible, se le puso más dura en mi boca. Empujé su miembro hasta el fondo de mi garganta y me quedé quieta, deleitándome con la forma en que estaba perdiendo el control, sacudiéndose desesperadamente contra mí.

—Chúpamela, joder, chúpamela toda —dijo entre jadeos.

Un gruñido animal escapó de su pecho justo cuando se corría en mi boca. Me tragué aquel líquido salado y cuando se dejó caer sobre el asiento, seguí lamiéndolo hasta que me hizo erguirme.

—Dios, Lily, ha sido sensacional —susurró junto a mi boca.

Sonreí sintiéndome poderosa. Mi primera mamada. Una risa pícara se me escapó antes de que pudiera evitarlo.

—Disfrutando de la sensación de poder, ¿verdad?

—Tal vez —repliqué sin aliento.

Me atrajo y me dio un beso largo y apasionado. Cuando nos separamos, nos quedamos mirándonos mientras asumíamos el cambio de escenario.

Recorrió con sus ojos mi cara y luego me acarició el labio inferior con el dedo gordo.

Después de subirse la cremallera, buscó en la guantera y sacó un paquete de pañuelos de papel. Tomé uno y fui a limpiarme entre las piernas.

Me tomó de la muñeca.

—No, ahí no. Quiero que cuando estés hoy en la oficina, te acuerdes de lo bien que lo hemos pasado. Cada vez que te pongas nerviosa, piensa en este momento, ¿de acuerdo?

El nudo que se me había hecho en la garganta me impidió hablar. Después de que asintiera, me quitó el pañuelo y me limpió la pintura corrida de los labios. A continuación se limpió los suyos mientras yo sacaba de mi bolso el

pequeño estuche de maquillaje que siempre llevaba.

Me observó atentamente mientras me retocaba el maquillaje. Una vez hube acabado, me subió la cremallera, me abrochó la chaqueta y dejó que volviera a mi asiento.

—¿Lista?

Respiré hondo y esboqué una sonrisa de agradecimiento.

—Sí.

Me devolvió una sonrisa amable, aunque algo tensa en las comisuras de los labios.

—Vamos.

La presentación transcurrió sin problemas, con un público entusiasta de periodistas expertos en temas tecnológicos y bloggers, que aplaudieron tras las dos horas que duró el acto.

Con los años, Chance y yo habíamos perfeccionado el arte de estar en la misma habitación y hablarnos lo mínimo posible.

Después, volví con Chance a mi despacho. Caleb había accedido a regañadientes mantenerse fuera de la vista mientras trataba con Chance, pero sabía que estaba cerca y eso me dio una sensación de tranquilidad que no sabía que necesitara hasta que llegara la hora de la segunda presentación.

La beta comenzó bien. Mis modificaciones habían conseguido que el algoritmo fuera tan rápido como había prometido.

Hasta el momento en que la secuencia de compresión empezó a ralentizarse. El corazón se me subió a la garganta. Pasaron diecisiete lentos segundos hasta que volvió a tomar velocidad.

Pero aquello no fue nada cuando la pantalla se apagó y las luces de la sala de conferencias se encendieron.

## Capítulo 11

*Lily*

—Puedo arreglarlo —balbuceé—. Es solo una pequeña fracción del código.

Chance parecía furioso.

—Creíamos que estos desajustes estarían ya corregidos.

—Me quedan tres semanas de pruebas antes de la fecha límite.

Walter Green, el hombre que Chance había llevado con él, frunció el ceño.

—Me dijiste que estaría listo, Donovan.

—Me aseguraron que así sería —respondió Chance.

Los ignoré y encendí mi ordenador portátil. Revisé el código y no supe dar con el problema. Con el corazón latiendo a toda prisa, me obligué a analizar línea por línea. Después de cuarenta líneas, me detuve.

—Se puede arreglar —anuncié—, pero necesitaré tiempo.

—¿Cuánto? —preguntó Chance.

Me mordí el labio.

—Una semana, diez días como máximo.

Walter Green se levantó y salió de la sala sin decir palabra. El resto de los ejecutivos de SDM también se fueron.

Chance Donovan clavó sus ojos grises en mí. El resto de él parecía tan inofensivo como un director de mediana edad con esposa e hijos podía parecer. Pero desde el momento en que nos habíamos conocido, había advertido en su mirada una amenaza que había activado mi instinto de conservación.

—Vaya decepción, Lily.

Me obligué a no flaquear.

—¿Quién es Walter Green?

—Es el tipo que decide si SDM se hunde o sigue a flote, para lo cual es importante que obtengamos ese algoritmo a tiempo. De esa manera conseguiremos la libertad que tanto deseas. ¿Te queda claro?

—Sí —murmuró.

—Bien. Por cierto, ¿qué es eso que he oído de un nuevo consultor?

Traté de no ponerme nerviosa al contarle lo que Caleb y yo habíamos acordado.

—Es de Los Ángeles. Me está ayudando con los detalles preliminares de una aplicación de juegos en la que mi equipo está trabajando.

Sus ojos brillaron suspicaces.

—¿Por qué no sé nada de esto? ¿Y por qué se está quedando en tu casa?

¿Por qué no me sorprendía que supiera que Caleb estaba viviendo conmigo?

—Porque es un estudio preliminar. Y porque no necesito tu permiso para tener un invitado en mi casa.

Entornó los ojos y no dijo nada largos segundos.

—Recuerda lo que está en juego en este proyecto, Lily —me advirtió, antes de marcharse sin más.

Hundí el rostro entre las manos.

Un minuto más tarde, apareció Caleb. Hizo girar mi asiento para tenerme frente a él y me apartó las manos. Había estado oyendo a través del ordenador, así que no necesitaba contarle lo que había pasado. Su sola presencia calmaba mis temores.

—Aparte de sentir no haber estado aquí para darle un puñetazo a ese gilipollas, el problema es no es más que una piedra en el camino, ¿verdad?

—Tal vez, tal vez no.

Frunció el ceño y se acuclilló frente a mí.

—¿Qué quiere decir?

—El error parece... complicado. Ayer revisé todo tres veces. Podría haberlo pasado por alto...

—¿Crees que han podido hackearte? —preguntó, sin apartar su mano fría de mi nuca.

—No lo creo, pero es posible que...

Me detuve al ocurrírseme otra idea.

—¿Qué?

Esta mañana añadí una versión mejorada desde el equipo.

—¿Qué equipo?

—El de Sanjeet. Pero...

Sus dedos se posaron en mis labios, haciéndome callar.

—Estás empeñada en pensar bien de los demás. No quiero hacerte cambiar, pero tienes que aceptar que antes o después, no todo el mundo es decente.

El corazón se me encogió.

—Lo sé, pero confío en ellos.

—Dales el beneficio de la duda si quieres. Deja que sea yo el que me preocupe de quién es la culpa, ¿de acuerdo?

Clavé la vista en la pantalla.

—¿Qué pretenden, Caleb?

—Desequilibrarte para averiguar en qué estás trabajando.

Aquella idea me provocó un estremecimiento.

—Eso no puede pasar.

—No pasará —dijo y cerró la pantalla—. Son casi las ocho. Llevas en pie desde las cinco de esta mañana. Voy a llevarte a casa.

Sacudí la cabeza.

—No puedo. El equipo siempre queda para tomar algo y celebrar las presentaciones. Confían en que los acompañe.

—¿Dónde habéis quedado?

—En Q Base, en Cupertino.

Sacó el teléfono y le dio instrucciones a su equipo de seguridad. Luego, me tomó por los hombros.

—Ya has terminado por hoy, ¿entendido?

Sintiéndome aturdida, asentí.

Me alegré de que Maggie llamara y mantuviera a Caleb al teléfono la mayor parte del trayecto a Q Base.

El alto volumen de la música al entrar me impidió entablar una conversación con Caleb o cualquiera de mi equipo.

Saludé con un choque de manos a todos los que estaban en el reservado de SDM y en cuanto pude, me dirigí a la barra.

—¿Quieres un vodka con limón? —me preguntó Caleb al oído.

Los recuerdos de la noche anterior me asaltaron, dejando a un lado mi melancolía.

—No, a menos que lo prepares tú —dije y sonrió—. Aquí no lo hacen tan bueno. Me tomaré uno de esos cócteles —añadí señalando una copa de la

barra.

Caleb pidió mi bebida y un bourbon para él.

Bailamos aprovechando que era pronto y la pista estaba vacía. Pero una hora más tarde, el sitio estaba lleno.

Me excusé para ir al cuarto de baño y al volver me encontré a Miranda sentada al lado de Caleb. La vi inclinarse hacia él y susurrarle algo al oído. Una sonrisa se dibujó en sus labios, pero sacudió la cabeza. Ella se acercó más y deslizó su pierna desnuda hacia la de él.

Sentí que la bilis me subía a la garganta, gracias al efecto de las dos copas que me había tomado. Quise acercarme, tomarla del pelo y gritarle que era mío.

Pero, aparte de los dos orgasmos que me había provocado, unas cuantas confianzas y la promesa de follar en el futuro, ¿qué nos unía? Caleb podía desaparecer de mi vida en unos días.

Aquella idea me paralizó y me provocó una agonía inesperada.

Giré en redondo y volví a la barra. Alguien me cortó el paso. Era Mark, el ex que había resultado ser inofensivo.

—Me parecías tú —dijo.

—Hola —le saludé sonriendo.

—Hace tiempo que no te veía.

—Sí...

Ladeó la cabeza hacia la pista de baile.

—¿Quieres bailar?

Miré por encima de mi hombro. Caleb nos estaba mirando. A pesar de la distancia que nos separaba, percibí la tensión de su cuerpo.

Me di la vuelta.

—Claro, ¿por qué no?

Mark sonrió. Nos dirigimos a la pista y me dejé llevar por la música. Caleb apareció a mi lado.

—Lárgate —le dijo Caleb a Mark.

Como el analista que era, Mark valoró la situación, vio que tenía las de perder y se retiró.

Su mirada furiosa se clavó en mí.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Arqueé una ceja.

—Debería preguntarte lo mismo. Me acabas de dejar sin pareja de baile.

—Me dijiste que ibas al baño.

—Y he ido, solo que cuando he vuelto, me ha parecido que estabas... ocupado.

—Así que te has ido con el primer baboso que has encontrado, ¿no?

Me encogí de hombros y bajó la vista a mi escote. Me había quitado la chaqueta hacía un rato y, sin ella, mi atuendo había pasado de profesional a atrevido.

—No es cualquiera, estaba bailando con mi ex. Ahora que lo has asustado, ¿vas a ocupar su puesto o simplemente has venido a gruñir? Estás montando un bonito espectáculo para nuestro público.

Se acercó. Eché la cabeza hacia atrás y me encontré con su mirada furiosa. Puse las manos en su cintura y se puso tenso. Sin dejar de mirarlo, empecé a moverme, sacudiendo mis caderas al ritmo de la canción que sonaba. Entonces, añadí unas sacudidas de hombros.

De nuevo bajó la vista a mi escote y lo vi estremecerse. Le clavé las uñas en el estómago, meneando aún más las caderas. Me puso una mano en la espalda y me atrajo hacia él.

—¿Vas a hacerme perder la cabeza? —dijo junto a mi oído.

—Solo quiero bailar —respondí con una mueca.

—Muy bien, bailemos.

Durante las siguientes cinco canciones, Caleb demostró lo bueno que era bailando. Sus movimientos fueron captando atención hasta que todos los ojos de las féminas presentes se clavaron en él.

Sus labios recuperaron su sonrisa pícaro, hasta excitarme más allá de lo que me creía capaz. Lo suficiente como para hacerme olvidar mis preocupaciones y tomarlo de la mano cuando me sacó de la pista de baile.

—¿Quieres otra copa? —me preguntó en un rincón tranquilo de la barra.

—No, gracias.

—De acuerdo —dijo.

Me pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja y me acarició la mejilla.

Me quedé mirando su atractivo rostro y sus ojos ardientes.

Con el corazón aporreando contra mi pecho, me mordí el interior del carrillo. Era entonces o nunca.

—¿Caleb?

—¿Sí?

Su voz era áspera, como si los sentimientos que se arremolinaban en mi

interior estuvieran tirando de él también.

—No quiero esperar.

Se apartó y sus ojos azules buscaron los míos.

—Si esto es por lo que ha pasado en la presentación...

—No —lo interrumpí y me pasé la lengua por los labios—. Por favor, Caleb. Me dijiste que no me harías daño con nada de lo que pasara durante este caso. Te digo lo mismo. Te deseo.

Se echó hacia delante y apoyó una mano en la pared, por encima de mi cabeza.

—Solo para que nos quede claro: ¿qué es exactamente lo que quieres de mí?

Deslicé la mano desde su pecho hasta su nuca, atrayéndolo hacia mí.

—Quiero que te saltes tus reglas y que me lleves a casa —susurré en su oído—. Quiero que me quites las bragas y me desnudes. O, si lo prefieres, puedo dejarme el vestido puesto. Quiero que me folles hasta dejarme extenuada, tal y como me prometiste.

Se estremeció y siguió mirándome fijamente durante unos segundos. Luego hundió el rostro en mi cuello, respiró y apartó mi mano de su nuca.

—Sabía que no podría aguantar mucho más tiempo. ¿Estás segura?

—Sí.

Apretó la mandíbula en un último intento por contenerse.

—Entonces, vámonos —dijo por fin.

El camino de vuelta desde Cupertino a casa se me hizo eterno.

Estaba excitada y, cada vez que contemplaba el perfil de Caleb, más húmeda. Era evidente el bulto de su polla bajo la bragueta. Cambió de carril y los músculos de su muslo se contrajeron al apretar el acelerador.

—Me gusta cómo conduces.

Recliné el asiento unos treinta grados y apoyé las piernas en el salpicadero. La falda del vestido se deslizó hasta la mitad del muslo.

El calor se convirtió en llamas.

—Dios, Lily, vas a conseguir que me detengan. Te juro que si me para la policía antes de que me haya follado ese estupendo coño que tienes, te daré tantos azotes que no podrás sentarte en una semana.

¿Por qué me resultaba tal excitante esa idea?

—Tengo dinero para pagar tu fianza, no te preocupes —dije levantándome un poco más la falda.

Cambió al carril más rápido, repartiendo su atención entre la carretera y mis muslos.

—Estate quieta, por favor, nena. Espera a que lleguemos a casa para enseñarme todo lo que quieras.

—No sé si puedo esperar —repliqué apretando los puños.

—Ten por seguro que no voy a follarte por primera vez en el arcén de una carretera.

Estiró el brazo y me dio un apretón en el muslo antes de apartar la mano.

—Así que, compórtate —añadió.

Aquella declaración me hizo sonreír.

—De acuerdo.

Me solté la falda y levanté los brazos para agarrarme al reposacabezas, dejando al descubierto buena parte de mis pechos.

—¡Por el amor de Dios! ¿Crees que eso es mejor?

—Tal vez debería dormir una siesta. Despiértame cuando lleguemos a casa.

Volvió a soltar una maldición y cerró los ojos. Aquel serpenteo a punto estuvo de hacer que se me cayeran las piernas del salpicadero. Mi sonrisa descarada fue desvaneciéndose a medida que avanzaban los segundos. Deslizó la mano por el interior de mi muslo hasta meterla por debajo de la falda, tal y como había hecho aquella misma mañana. Cuando llegó al destino, sus dedos aterrizaron con fuerza contra mi monte de Venus y me acarició por encima de las bragas.

—Dios, Lily, estás empapada.

Dibujó unos círculos sobre mi clítoris hinchado y comencé a jadear antes de poder evitarlo.

Aquel sonido le hizo reaccionar. Me tomó en brazos, cerró la puerta con la pierna y se dirigió a la puerta de entrada. Me dejó en el suelo, la abrió y desactivó la alarma.

—Quédate ahí.

Tardó menos de cinco minutos en comprobar que todo estaba bien.

Respiraba entrecortadamente por la excitación cuando lo vi bajar la escalera. Se detuvo dos escalones antes del último y se llevó las manos a la espalda.

—Ven aquí —me ordenó.

Avancé hacia él con piernas temblorosas. Desde su posición elevada, mis ojos estaban a la altura de su bragueta y no pude ignorar el bulto que se

adivinaba.

Se quedó mirándome y luego se señaló la polla.

—¿Quieres ver lo que me provocas?

Moví la cabeza de arriba abajo.

—¿Piensas hacer algo al respecto? —preguntó con voz ronca.

Tragué saliva mientras una docena de imágenes eróticas bombardeaban mi cabeza. Mis manos buscaron su pecho y sentí la fuerza de sus músculos mientras las deslizaba hasta su cintura. Entonces, contuve la respiración, lentamente le quité el cinturón, abrí el botón y bajé la cremallera.

Su pecho se expandió al inspirar mientras sus ojos ávidos de deseo seguían cada uno de mis movimientos. No supe si fue por su mirada incisiva o porque mis propias inseguridades me asaltaron. Me quedé inmóvil y se me secó la boca, incapaz de respirar.

Suspiré, deslicé la mano bajo la cintura de sus pantalones y mi mano se aferró a él.

Siseó entre dientes y tragó saliva, pero no se movió ni un centímetro. Le bajé un poco los pantalones y los calzoncillos, liberando aquella erección que llevaba todo el día alimentando mis fantasías.

Lo acaricié una vez, dos veces. Su erección aumentó y sentí las pulsaciones de su polla. Envalentonada, apreté con más fuerza y lo acaricié de arriba abajo unas cuantas veces más.

Jadeó atormentado y hundió los dedos en mi pelo.

—Joder, Lily, cómo me gusta.

Me acerqué e inspiré su olor. Pero no fue suficiente. Quería más. Quería devorarlo. Le bajé los pantalones y tomé sus bolas en mi mano. Volvió a jadear y una gota escapó de su punta.

Le pasé la lengua por su hendidura y se arqueó hacia mí. Fui a saborearlo de nuevo, pero me tiró del pelo, apartándome.

—No.

Aquella negación salió de mala gana de su garganta.

Me aferré a su erección y sus abdominales se tensaron.

—Caleb, quiero sentirte en mi boca.

No había sido suficiente lo de esa mañana y quería más.

Él se estremeció, pero volvió a negar con la cabeza.

—Me encantaría que me hicieras otra mamada, nena, pero ahora mismo me muero por estar dentro de ti.

Antes de que pudiera protestar, me tomó en sus brazos, dio media vuelta y subió la escalera. En un abrir y cerrar de ojos estaba cerrando la puerta de mi habitación de una patada.

Me dejó a un lado de la cama y, sin apartar los ojos de los míos, se desabrochó la camisa y se la quitó. Estaba bronceado y apenas tenía vello, salvo por una suave línea que se extendía desde su ombligo hacia su entrepierna.

—Estás muy caliente —dije, incapaz de contenerme.

Se sonrojó y se le dilataron las fosas nasales al quitarse los calcetines y los zapatos.

—Sigue hablando así y no podrás caminar en una semana.

La sola idea me debilitaba. Me retorcí en la cama entre suspiros.

Caleb sonrió con autosuficiencia y se echó sobre mí. Apoyó la frente en la mía y me hizo apoyarme en los codos. Luego me tomó de las rodillas, se abrió hueco entre mis muslos y fundió sus labios con los míos.

Me besó con voracidad mientras buscaba mis piernas y me quitaba los zapatos. Siguió besándome mientras sus manos recorrían el camino en sentido contrario y se deslizaban por mis muslos bajo el vestido. Comenzó a bajarme las bragas y, a medio camino, dijo algo entre dientes y me las arrancó.

Jadeó y sonrió junto a mis labios.

—Lo siento.

—¿De veras? —le reté entre besos.

—No.

Hundí la lengua en su boca en un movimiento que me derritió el cerebro.

Dios, aquel hombre besaba muy bien. Cuando se apartó, era incapaz de pensar con claridad. Sacó un paquete de preservativos del bolsillo de atrás y dejó uno en la cama.

Estaba mirando la caja, preguntándome si tendríamos suficientes hasta por la mañana, cuando me tomó por los muslos y se puso de rodillas. Completamente embelesada, observé a Caleb lamiéndome lentamente la cara interior de un muslo y luego del otro, evitando llegar al centro de mi placer.

—Enciende las luces. Quiero ver tu bonito coño —dijo junto a mi piel.

Me estremecí de placer y tardé unos segundos en darme cuenta de que la única luz que estaba encendida era la de mi tocador, programada para

encenderse automáticamente al anochecer.

Dejé escapar el aire que contenía en los pulmones y recordé el funcionamiento.

—Luces —dije y no pasó nada—. Luces.

Las lámparas de las mesillas de noche se encendieron y me encontré con la mirada ansiosa de Caleb. Abrió la boca y dejó escapar su aliento cálido.

Después, se quedó mirando y me retorció.

—Caleb...

—Calla, espera un momento.

¿Un momento para qué? Volví a retorcerme.

Levantó la mirada. En sus ojos ardían las llamas.

—Eres deliciosa, Lily.

En ese momento me di cuenta de que era perfectamente posible correrse solo con aquel lenguaje subido de tono. Pero no solo era eso, porque mi corazón latía desbocado de una forma extraña y aterradora.

Aquello era simplemente sexo. Mi corazón no debería... Implicarse. De ninguna manera...

El miedo dio paso al placer al sentir su lengua lamiéndome.

Era la gloria.

Puse los ojos en blanco y me derrumbé sobre la cama. Repitió la caricia varias veces antes de separarme las piernas y besarme el sexo.

Caleb era un experto usando su boca en todos mis rincones.

—Por favor, Caleb —le rogué cuando me llevó al límite por enésima vez.

Clavé los dedos en su pelo y apreté cuando empezó a apartarse.

—Deja que me corra, por favor.

—Joder —susurró justo antes de meterse mi clítoris en la boca.

Intenté cerrar las piernas cuando los fuegos artificiales explotaron bajo mis párpados cerrados. Caleb me las sostuvo abiertas, provocándome un orgasmo que se me hizo interminable.

Seguía sacudiéndome cuando sentí que me bajaba la cremallera y me quitaba el vestido.

—Caleb.

—Estoy aquí, nena. Espera.

Su voz sonaba tensa, nerviosa.

El sonido de un envoltorio al abrirse precedió el siseo que escapó de sus labios al ponerse un preservativo. Luego se colocó sobre mí. Me rodeó por la

cintura con un brazo y me colocó más arriba en la cama.

—Llevo deseando hacer esto desde que te vi —dijo y lamió uno de mis pezones.

Le clavé las uñas en los hombros y una nueva oleada de placer me recorrió.

—Yo, también.

Sus labios se curvaron en una sonrisa de satisfacción.

—¿Estabas muy caliente por mí?

Habló junto a mi cuello y sus dientes rozaron mi piel. Me estaba dejando marcas, pero no me importaba.

—Umm.

Se detuvo y observó cómo mi rubor se extendía.

—Querías sentir mi polla junto a tu conejito incluso cuando te mostrabas distante conmigo, ¿verdad?

Me retorcí, medio avergonzada, medio impaciente.

—¡Sí!

—No te preocupes, nena. Vas a tener lo que quieres.

Sus palabras acompañaron sus acciones.

Dejó una mano junto a mi cabeza y deslizó la otra por mi pecho y mi vientre hasta llegar a mi sexo. Introdujo dos dedos dentro de mí y se quedó contemplando mi reacción.

—Por favor, Caleb, estoy lista. No esperes.

Apretó los dientes y continuó follándome con los dedos antes de subirme la pierna y acercar a mi entrada su miembro.

Lentamente se hundió en mí, llenándome hasta el punto de hacerme daño.

Se apartó y volvió a empujar. Me mordí el labio para evitar gritar.

—¿Lily? —dijo preocupado.

Sacudí la cabeza.

—Estoy bien.

—No, no estás bien. Eres demasiado pequeña.

Le clavé las uñas en la espalda.

—No pares, por favor.

Lo rodeé con mis piernas y levanté las caderas para recibir su siguiente embestida. Sentí una mezcla de dolor y placer, y grité.

—¡Mierda!

—Más —le rogué.

Una sombra de duda cruzó su rostro. Luego, se convirtió en otra cosa, algo

caliente y peligroso que amenazaba con mandarme a otra estratosfera. Por imposible que pareciera, me humedecí aún más y Caleb lo sintió en su siguiente embestida, cuando su polla se hundió más profundamente en mí.

—Dios, eres increíble.

Me incorporé apoyándome en un codo y lo besé apasionadamente antes de volver a tumbarme.

—Más, por favor, Caleb.

No necesitó más ruegos. Me folló hasta que mi visión se volvió borrosa y mi corazón amenazó con salirse del pecho. Hasta que mi sudor se mezcló con el suyo y mis gritos se unieron a sus gemidos. Hasta que una última ronda de embestidas me sacó de la realidad y me desmayé de placer. No supe cuánto tiempo estuve así, pero cuando me recobré, seguía estando dentro de mí. Aún estaba tenso y tenía el labio superior salpicado de gotas de sudor.

—¿Te he dicho ya cuánto disfruto viendo cómo te corres?

Sacudí la cabeza, asombrada por su calma.

—Bueno, pues así es —continuó—. Podría pasar el día observándote.

Comenzó a moverse de nuevo dentro de mí.

—Oh, Dios mío, no puedo.

Me besó con voracidad.

—Rodéame con tus piernas y dame uno más, muñeca. Solo uno más.

Unos minutos más tarde, con las últimas sacudidas de mi orgasmo, alcanzó el clímax con un alarido. Casi con seguridad volví a desmayarse.

Cuando recuperé el conocimiento, estaba tumbada encima de él, rodeada por sus brazos y con su barbilla apoyada en mi cabeza.

Mi mano tembló al acariciarle el pecho.

—¿Caleb?

—¿Sí?

—Creo que no puedo moverme.

Dejó escapar una risotada.

—No pasa nada. Yo tampoco puedo moverme.

Una sensación de felicidad me invadió. Era la primera señal de que había dejado entrar un virus aparentemente inofensivo que podía comprometer seriamente mi propia existencia.

Mientras fui quedándome dormida me di cuenta de lo maravilloso que sería que no saliera de mi cama ni esa noche ni al día siguiente ni nunca.

## Capítulo 12

*Caleb*

Eran las siete y llevaba despierto una hora. Debía levantarme y dejar las cosas claras marchándome a mi habitación.

No me gustaban las relaciones. Nunca me quedaba a dormir en la cama de una mujer y mucho menos me despertaba con ella.

Aun así, no me podía mover.

Ya no sabía dónde estaba el límite. Le había dado luz verde a Lily para que lo desdibujara y yo lo había borrado completamente acostándome con ella.

Apenas había saciado mi deseo por Lily. No me cansaba de ella. Su suavidad, su olor, la forma en que sus párpados se movían cuando estaba dormida...

Exhalé lentamente. No quería despertarla a pesar de que mi polla estaba más que dispuesta.

Apenas la había probado una vez y ya me había vuelto lo suficientemente adicto como para quedarme en su cama, disfrutando de la sensación de tenerla a mi lado mientras esperaba a que se despertara para volver a repetirlo todo otra vez.

A pesar de estar algo aturdido, había dormido profundamente y sin pesadillas. Las imágenes que solían torturarme acerca de cómo le había fallado a mi madre eran tan recurrentes que había acabado por asumirlas.

La noche anterior no se me habían presentado. Me resultaba inquietante la sola idea de que Lily tuviera algo que ver, que algo tan simple como compartir episodios de nuestros pasados hubiera dado ese resultado.

Era absurdo, ¿no?

Inesperadamente, se me vinieron a la cabeza otros momentos: su dolor

durante nuestra primera comida en el restaurante, sus lágrimas cuando me había hablado de su padrastro, su inquietud ante la posibilidad de que alguien de su equipo estuviera sabotando su trabajo...

Después de la infancia que Lily había tenido, muchas personas habrían apartado a sus familias de su vida y se habrían aislado.

Me sorprendía que ella no lo hubiera hecho.

Stephen Gracen pasaba la mayoría de sus días sentado en un taburete de su pub favorito, desde el mediodía hasta la hora de cierre, malgastando el dinero que recibía gracias al talento de su hijastra. El tipo que había mandado a Boston para que lo investigara me había informado de que, aunque no hablaba mal de Lily, tampoco se había deshecho en elogios.

Gracen debía de ser demasiado estúpido como para darse cuenta del tesoro que tenía en Lily.

Había conocido a gente en Silicon Valley que se creían superiores por desarrollar códigos ininteligibles al resto de los mortales.

Había descubierto que Lily, a pesar de ser una mujer muy inteligente que probablemente ganaba una millonada por sus capacidades profesionales, no era una princesa consentida.

Era atenta y considerada.

Y había compartido sus tormentos más profundos conmigo.

Vistos por separado, no parecían gran cosa. Pero el efecto de todos juntos era enorme. Como para confiar en alguien.

¿Cuándo me había convertido yo en ese alguien?

Miré hacia la puerta de la habitación, preguntándome de nuevo por qué no salía corriendo de allí.

«Porque quieres lo mismo de ella».

Aquel dolor de mi pecho era la respuesta a mi pregunta.

Volví a cambiar de postura, inquieto por el torbellino que se agitaba en mi interior.

Por eso no me gustaba complicarme con sentimientos. Hasta ese momento, en todos los encuentros que habíamos tenido habían estado implicados, incluso en los momentos en que había aceptado mi ayuda para calmar con sexo su estrés. Todos esos momentos eran bombas emocionales que habían pulsado mi botón de eyección.

Apreté los dientes. Aquella mujer me gustaba mucho, pero no quería mezclar los sentimientos con el sexo.

Se acurrucó a mi lado. Bajé la vista y vi que me observaba con mirada contemplativa. Era la misma mirada que me había dirigido en el coche el día anterior antes de ahondar en mis secretos.

—Pareces seriamente... serio.

En sus ojos se adivinaba el nerviosismo y la inquietud que suponía típicos la mañana del día después.

—Para ser un genio, esperaba una mayor elocuencia —dije tratando de mantener mi voz neutral.

Deslizó su mano desde mi cintura hasta mi pecho. Su mirada era oscura, penetrante.

—Muy bien, ¿qué te parece esto? —me espetó y acarició mi erección con el muslo—. ¿Qué tienes ahí, uno de mis juguetes eróticos o es que te alegras de verme?

Sexo. Aquello sí sabía cómo manejarlo.

Lo que no sabía cómo controlar era el deseo angustioso de volver a tener a mi madre y hacer las cosas de una manera diferente para conseguirle la ayuda que tanto había necesitado.

Sonreí a pesar de mi desasosiego, tratando de controlar mis emociones, y le hice darse la vuelta. Luego, acaricié con un par de dedos la gargantilla de encaje que no había llegado a quitarse la noche anterior.

—Por si acaso no está claro todavía, déjame que te diga que los privilegios de esos novios a pilas que tienes han quedado anulados hasta próximo aviso. A partir de ahora, seré yo el que se ocupe de todas tus necesidades.

Aquellas palabras resonaron con un perturbador sentido de permanencia, lo que de nuevo me inquietó.

Un brillo asomó a sus ojos antes de cerrar los párpados e impedirme interpretar su expresión. Cuando volvió a alzar la mirada, sus ojos anunciaban sexo.

—Si lo vas a hacer tan bien como anoche...

Rocé sus labios con los míos, acariciándolos suavemente a pesar de que deseaba devorarlos.

—Espero que no me estés retando, muñeca, o me veré obligado a hacerte una demostración.

Se le aceleró la respiración y sentí que el pulso se le disparaba.

—Sí, por favor.

Antes de que acabara de hablar, pasé la lengua por sus labios, dándole a

probar una muestra de lo que estaba por llegar.

Un gemido escapó de su garganta y me clavó las uñas en la espalda. Sentí que mi erección crecía y se acomodaba entre sus muslos abiertos. Cuando percibí su humedad, la visión se me nubló.

Por primera vez en mi vida, me pregunté qué se sentiría al estar en contacto piel con piel, al acercarse a aquel rincón donde una nueva vida podía formarse...

«Dios, ¿qué demonios te pasa?».

Aparté la boca de la suya y traté de recuperar la cordura antes de hacer algo impensable, como preguntarle si tomaba la píldora o si algún otro hombre había estado con ella de la forma en que tanto deseaba.

Unos celos irracionales me consumieron, uniéndose al torbellino que se había desatado en mi interior. Apreté la mano que tenía sobre uno de sus magníficos pechos.

—Caleb —dijo y respiró hondo.

Su voz sonó desconcertada a la vez que sensual.

«¡Contrólate!».

Le di un beso en la boca.

—¿Ducha o piscina?

Antes de que se despertara y mis pensamientos me pusieran de mal humor, había hecho una lista de todos los sitios donde quería follarla.

Se quedó pensativa antes de contestar.

—Ducha.

Menos mal. No estaba seguro de que hubiera llegado a la piscina.

La saqué de la cama en brazos y tomé un preservativo antes de ir al cuarto de baño. Como en el mío, la bañera y la ducha estaban separados.

La sujeté con mi cuerpo mientras abría el grifo de la ducha y ajustaba la temperatura. Cuando deslicé las manos desde su culo a la cintura para dejarla en el suelo, me rodeó por el cuello y me obligó a mirarla a los ojos.

—Caleb, ¿estás bien? —preguntó titubeando.

No, no lo estaba, pero no quería explicarle lo que me estaba pasando.

—Tú te acabas de despertar. Yo llevo más de una hora excitado.

Tomé sus pechos en las manos y chupé sus pezones.

La táctica funcionó. Echó hacia atrás la cabeza y jadeó. Continué acariciándola, empujándola contra la pared, mientras disfrutaba viendo el agua caer en cascada por todo su cuerpo. Nunca había visto nada tan bonito.

Emitió otro de aquellos sonidos tan sensuales y no pude evitar unir su boca a la mía y buscar su lengua para devorarla.

Deslicé la mano por su vientre y, tras acariciar el vello recortado de su pubis, le introduje dos dedos.

Se aferró a mi pelo, jadeando.

—¿Bien? —le pregunté.

—Muy, muy bien.

La follé lentamente con los dedos hasta que sus piernas empezaron a temblar y dejó los ojos en blanco. Sus gritos se oían entre el vapor.

Entonces me puse un preservativo y le hice darse la vuelta.

—Apóyate en la pared y arquea la espalda, pequeña diablesa.

Una sonrisa provocativa asomó a sus labios.

—¿Ya empiezas otra vez con esos nombrecitos?

—Nunca te prometí dejarlos. Además, eres capaz de llevar a un hombre a su perdición.

Me miró por encima del hombro.

—¿Ah, sí?

—Podrías llevarme hasta las puertas de mismísimo infierno. ¿Es eso lo que quieres oír?

Sus ojos buscaron los míos.

—Tal vez.

Tiré de la gargantilla, obligándola a alinear su rostro con el mío.

—Todavía no has arqueado la espalda. ¿Tengo que darte unos azotes para que obedezcas? —susurré junto a su cuello.

Todo su cuerpo se estremeció. Entonces, con un movimiento provocativo, arqueó la espalda hasta que sus nalgas se acoplaron a mi polla.

Bajé la vista y a punto estuve de perder la cabeza.

—Sabes muy bien cómo volverme loco, ¿verdad?

Su respuesta fue ponerse de puntillas.

—Fóllame, Caleb.

La tomé por las caderas y la atraje bruscamente hacia mi erección.

Gritó y mi demencia se triplicó. Me olvidé de respirar y hasta de pensar. Me olvidé de todo salvo de la necesidad de hundir mi polla en ella una y otra vez.

—Sí, sí, más —pidió entre jadeos, delirando de puro placer.

—Eres muy caprichosa, siempre pidiendo más.

—Por favor, no pares.

Continuó rogándome y le di todo hasta que ambos estuvimos a punto de explotar. Entonces, cubrió con su mano la que yo tenía en su gargantilla y clavó sus ojos en los míos.

—Aprieta más.

Sorprendido y excitado a más no poder, deslicé otro dedo bajo el encaje de la gargantilla.

Empezó a correrse, sus músculos demandando mi rendición. Me aferré a la cordura, solo por contemplarla unos segundos más. Lily Gracen, abandonada al éxtasis, era una diosa.

En aquel momento, antes de que se abriera el mundo a mis pies, deseé parar el tiempo y que aquel instante trascendental no terminara nunca. Trascendental, impactante, sentimental...

El siguiente estremecimiento que me sacudió no tuvo nada que ver con mi magnífico orgasmo y sí con las emociones que amenazaban con alterar mi centro de gravedad.

Aquel aviso no impidió que la besara en la coronilla ni que le acariciara la espalda antes de salir de ella. Ambos gemimos y permanecemos en silencio. Las palabras se hacían innecesarias después de aquello. Me quité el preservativo, la hice girarse y dirigí el chorro de agua hacia nosotros.

Sus ojos aún centelleaban y, al ir a abrirle el cierre de la gargantilla, los clavó en los míos.

Me quedé de piedra, a la espera de que dijera algo.

Sus fosas nasales se dilataron al tomar aire.

—Quiero que sepas que nunca antes había hecho esto —murmuró—. Es solo que...

Le acaricié los labios, disfrutando de la deliciosa corriente que había entre nosotros.

—No hace falta que te expliques, muñeca. Pero no te apures, ha tenido un efecto maravilloso en mí.

Sus mejillas se sonrojaron al tomar mi mano y me besó los nudillos.

Aquel gesto me pareció muy dulce. Por un instante, estuve a punto de sucumbir.

Volví mi atención a la gargantilla y abrí el cierre. Tenía el cuello marcado con el dibujo del encaje. Acaricié con los labios la marca, sintiéndome algo perverso porque aquella visión me excitaba.

El gel que escogí olía a Lily. La enjaboné de la cabeza a los pies, deteniéndome en aquellas zonas que le hacían jadear.

Luego, me tendió la mano para que le diera el bote. Después de entregárselo, apoyé las manos en la pared, por encima de su cabeza. Se me había puesto dura sin que apenas hubiera pasado de mi pecho.

Pero evité acercarme a ella. Necesitaba un momento para recuperar el control y asumir lo que estaba pasando entre nosotros con las facultades intactas. Cuando se puso de rodillas, cerré los ojos y apreté la mandíbula mientras sus dedos finos y traviesos se afanaba en frotarme la polla antes de seguir bajando.

Estaba tan concentrado en no buscar su boca para que me hiciera otra mamada, que no me di cuenta de cuándo se metió por debajo de mi brazo para enjabonarme la espalda.

Mierda, la cicatriz.

Sus dedos delicados rozaron mi omóplato izquierdo, allí donde la bala me había alcanzado.

—¿Qué te pasó?

Su compasión me llegó al alma, debilitando aún más mis cimientos.

—Un cliente de gatillo fácil. Salgamos de la ducha, te contaré la historia completa mientras desayunamos.

Se quedó decepcionada, pero no dijo nada mientras me quité el jabón y me sequé con la toalla. Recogí mi ropa en la habitación, consciente de que no me quitaba la vista de encima.

Contuve el impulso de tranquilizarla. Era mejor así. No quería abrir la caja de los sentimentalismos. En una ocasión había tenido una caja de esas. Había acabado hecha añicos al toparse con la realidad de un montón de promesas repetidas e incumplidas con una cruel indiferencia. Ninguna de aquellas promesas hechas para ayudar a mi madre se había cumplido.

Entonces había aparecido Kirsten y había hundido el cuchillo más hondo.

No quería decir nada que no sintiera ni darle una falsa tranquilidad.

—¿Te parece si nos vemos abajo a las diez?

Se quedó sorprendida y luego asintió.

Me fui, convencido de que la palabra «cabrón» acababa de formarse en la cabeza de Lily. Cerré la puerta de mi habitación y me quedé donde estaba. ¿Podía haberlo hecho peor?

Probablemente no. Al cabo de unos minutos, la oí pasar por delante de mi

puerta.

Me apresuré a ponerme ropa limpia con una urgencia que no comprendía y bajé. Me encontré a Lily junto a la puerta, con una camiseta negra ajustada y unos pantalones cortos de cuero que dejaban al descubierto la mayor parte de sus piernas. Apenas llevaba maquillaje, tan solo raya en los ojos y los labios pintados de rosa. De nuevo llevaba pulseras en las muñecas y una gargantilla diferente.

Si pretendía torturarme, lo estaba consiguiendo. Estaba fantástica.

Tragué saliva y, al ver el manojito de llaves en su mano, me di cuenta de que se había vestido para salir.

—¿Adónde vas?

—A desayunar —contestó levantando la barbilla—. ¿Adónde pensabas?

—Lily...

—Ah, y esta vez quiero conducir —dijo agitando las llaves—. Puedes venir conmigo o seguirme.

Los vaqueros y la camiseta que llevaba estaban bien para salir, pero aun así, lo habría hecho de cualquier forma. Salió y se dirigió al garaje.

—Lily, hablemos de...

—No —me interrumpió—. Y si intentas retenerme, te cortaré las pelotas.

Será más que capaz. Sacudí la cabeza y la seguí hasta el garaje.

—No voy a hacerlo, nena. Pero al menor indicio de peligro, actuaré, cuenta con ello.

Se quedó mirándome largos segundos antes de que le abriera la puerta de su Mini. Se colocó detrás del volante. Rodeé el coche y tuve que contorsionarme para meterme en el asiento del pasajero.

Condujo rápido, pero sin superar el límite de velocidad, y me ignoró completamente. Pasamos por delante de varias cafeterías antes de que se detuviera en un lujoso bistró. Me sorprendió cuando en vez de dirigirse al aparcamiento se dirigió a la ventanilla por la que se hacía el pedido desde el coche. La mujer que atendía sonrió al reconocer a Lily y, después de que le hiciera el pedido, le entregó dos bolsas grandes con el logo del bistró.

—Gracias.

Dejé las bolsas en el asiento trasero y fui a sacar la cartera, pero ya estábamos en marcha.

Entre asegurarme de que el flujo sanguíneo de mis piernas no se interrumpiera y deleitarme con la vista de sus muslos, decidí guardar silencio.

Diez minutos más tarde, llegamos a un solar abandonado, con un muro alto en el extremo sur. Se detuvo en el centro, al lado de un banco, y apagó el motor.

Salí con la comida y miré a mi alrededor.

—¿Qué es este sitio?

—Era un autocine.

Tomó las bolsas y sacó la comida. Había beicon, panecillos, queso, café...

No tenía hambre, pero acepté el café. Ella tomó el suyo, añadió leche y azúcar, y después de dar un sorbo lo dejó a un lado.

—¿De quién es este sitio?

—De momento, del mismo dueño. El mes que viene, tal vez sea mío.

Señalé con la cabeza hacia la comida.

—¿Por qué venir aquí? ¿Por qué no desayunar en el restaurante?

Se quedó mirando el café antes de encogerse de hombros.

—Tus chicos no habían revisado el restaurante. Además, me gusta estar sola aquí.

Esperé unos segundos antes de hablar.

—Estás enfadada.

Sus labios se tensaron.

—¡Premio para el caballero!

Apreté los dientes.

—Ya está bien. Has dejado clara tu postura con tu pataleta.

Una expresión de rabia asomó a su rostro y vi cómo se controlaba.

—Muy bien, Caleb, pues háblame, convénceme de que no me he acostado con un gilipollas que no es capaz de mantener una conversación después de haberme follado.

—Dios...

—Olvídate de él, esto es entre tú y yo.

Quise sonreír, pero su cara era la viva imagen del dolor que trataba de ocultar. Me pasé la mano por la barba incipiente.

—Está bien, confieso, lo que hemos hecho... me ha dejado alucinado.

La sorpresa reemplazó al dolor y, lentamente, su expresión se suavizó. Después de unos segundos, asintió con la cabeza.

—A mí también —susurró, sonrojándose.

—Bueno, pues ahora que nos hemos sincerado, ¿qué puedo hacer para que no estés tan enfadada?

Tomó un panecillo, cortó un pedazo, pero no se lo comió.

—Quiero conocerte, Caleb. Cuéntame algo.

Respiré hondo.

—Ya sabes que crecí en las calles de Los Ángeles.

Le temblaban las manos al mirarme.

—Sí. ¿Fue después de que perdieras a tu madre?

Consideré la opción de mostrarme evasivo, pero no quería que volviera a sentirse herida.

—Antes y después. Fue maníaco depresiva. Apenas hubo momentos de lucidez en su enfermedad, pero hasta que tuve nueve años, contó con un buen seguro médico y con medicación controlada.

—Caleb...

Le acaricié los labios para acallarla.

—No me gusta hablar de esto. Déjame que acabe, ¿de acuerdo?

Asintió.

Se me contrajo dolorosamente el pecho mientras los recuerdos me asaltaban.

—Se quedó sin trabajo y se produjo el efecto dominó al quedarse sin seguro. Perdimos la casa y acabamos en una casa de acogida. Eso la hundió en un agujero. Tenía once años cuando nos asignaron una vivienda en Trenton Gardens.

Lily se estremeció, pero no podía dejar que me afectara su compasión.

—Pero ya era demasiado tarde. Había perdido las ganas de vivir —dije y tomé aire—. Yo era lo único que le quedaba. Cada vez que los servicios sociales intentaban separarnos, luchaba por retenerme a su lado. No sé cómo lo hacía, el caso es que siempre lo conseguía. Pero a continuación volvía a caer en su mundo de tinieblas sin que pudiera evitarlo. Recurrí a todas las ayudas que pude y escribí cartas a todo aquel que pensé que podía ayudarnos. Los médicos con los que di no me daban esperanzas. Dos veces intentó acabar con su vida. Cada vez que la mandaban a casa del hospital lo hacía con un maldito folleto. Incluso empeñé sus joyas para pagar la consulta de un médico privado. Las medicinas que le recetó funcionaron. Cuando las terminó, me puse en contacto con la asistente social y le pedí que me ayudara a conseguir más. Se rio en mi cara.

La ira y la desesperación que hacía tiempo que no sentía bullían en mi interior. Solté la mano de Lily, la dejé en mi regazo y volví a respirar hondo.

—Pero al tercer intento, lo logró.

—Oh, Dios mío...

Por sus mejillas rodaron lágrimas. Abrí la boca para pedirle que no llorara por mí, pero me contuve. Quería su compasión. Era el remedio para una herida que nunca había sanado. Una de las cosas que no había podido hacer por mi madre había sido derramar lágrimas. Tal vez las lágrimas de Lily eran la manera de hacerle saber lo mucho que sentía haberle fallado.

Lily se levantó, se acercó a mí y se sentó en mi regazo.

—Lo siento mucho.

Me rodeó con sus brazos y la abracé con fuerza. Al igual que en el cuarto de baño, deseé que aquel momento no terminara nunca.

No quería dejarla ir.

Lo cual era una locura. Hacía tan solo una semana que nos conocíamos y, ¡qué demonios!, no me gustaba mezclar sentimientos.

Eché un vistazo alrededor y torcí le gesto.

—¿Podemos seguir en casa? —pregunté, arqueando una ceja.

Por alguna razón, aquel gesto le hizo sonreír.

—¿Te asustan los espacios abiertos?

—Algo así —dije, mirando la mesa—. Creo que he echado a perder el desayuno.

Lily se encogió de hombros.

—Tampoco tenía tanta hambre.

—Qué lástima de beicon.

Su sonrisa se ensanchó al levantarse.

—En casa hay beicon —replicó.

Incapaz de apartar mis manos de ella, las deslicé por sus muslos.

—¿Me estás ofreciendo algo?

Hundió los dedos en mi pelo y me masajeó el cuero cabelludo.

—Si quieres... Pero no esperes que te cocine nada.

Percibí una nota de dolor en su comentario.

—¿Por qué no?

—Por mi padrastro. A cambio de... soportarme, tenía que cocinar para él. Me hizo odiar la cocina.

Le acaricié la mejilla húmeda.

—No se merece ni tu cariño ni tu desprecio.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No es fácil ignorarlo.

Cierto. Llevaba tanto tiempo sintiendo ira y culpabilidad, que se habían fundido a mi ADN.

—Lo entiendo.

—¿Sabes una cosa, Caleb? Estaba pensando que tu presencia ha conseguido lo contrario a lo que esperábamos. Tal vez en vez de provocar a mi acosador, hemos conseguido que se dé por vencido.

—Siento desilusionarte, pero esos cabrones no desaparecen tan fácilmente. Estamos a punto de dar con él. Confía en mí, ¿de acuerdo?

Me tomó el rostro entre sus suaves y delicadas manos.

—De acuerdo.

Fui deslizando las manos por sus costados hasta llegar a sus pechos. Su respiración se volvió pesada.

—Vámonos a casa.

Asintió.

Después de tirar los restos del desayuno a un contenedor, me encogí para meterme en el coche.

—Esta es la segunda cosa por la que te voy a castigar cuando lleguemos.

—¿Cuál es la primera? —preguntó, abriendo los ojos como platos.

—Volverme loco con esos pantalones cortos —contesté, ahuecándome el pantalón para ajustar mi erección—. Esa era la intención, ¿verdad?

—Tal vez —replicó sonrojándose.

—Pues vas a llevarte unos buenos azotes por eso.

La ansiedad borró lo que quedaba de tristeza y dolor en sus ojos.

Mientras esperábamos en un semáforo, desvié la atención de sus muslos a su cara.

—¿Siempre has tenido el pelo de ese color?

—No. Mi color natural es rubio oscuro —contestó y tomó un mechón junto a su sien derecha—. Con doce años, esta parte empezó a clarear. Al principio era divertido, pero me cansé, así que me lo teñí todo de blanco.

—Me gusta mucho.

Nos quedamos mirándonos. Entre nosotros se había establecido una corriente. El conductor de detrás de nosotros tocó el claxon, impaciente. Lily se sobresaltó y rio. Su risa desencadenó la mía, y la tensión de la última hora se desvaneció. Seguíamos relajados cuando traspasamos la verja. Después de bajarnos del coche, me la eché al hombro y entré por la puerta en dirección al salón.

Tal vez aquello que había entre nosotros no era ninguna catástrofe.

Tal vez saltarme mis reglas no fuera el fin del mundo.

Tal vez...

Nos quedamos de piedra al ver que la televisión se encendía ella sola. Era imposible sin apretar un botón.

Unos códigos de neón verde llenaron la pantalla y, de repente, apareció un rostro enmascarado, bajo una sudadera negra con capucha. Me coloqué delante de Lily como para protegerla de aquella voz aguda y distorsionada que llenó la estancia.

—Hola, Lily Grace. Lo primero de todo, felicidades. Estás muy cerca de conseguir la perfección con tu código. No te asustes. Represento a los interesados en formar una alianza. Mis disculpas si últimamente te he hecho sentir algo... incómoda. Te exhorto a que no le entregues el código a SDM o no me quedará más opción que seguir en tu vida más tiempo. Piénsatelo. Estaremos en contacto. Y dile a ese escolta que se vuelva a su casa de Los Ángeles. No te servirá para nada.

El extraño sonido que Lily emitió me llegó al corazón. Di un paso hacia la televisión justo cuando se apagó.

Se oyó un fuerte estruendo en la casa y, a continuación, todo se quedó en silencio.

## Capítulo 13

*Caleb*

—¿Qué estás haciendo?

—Nos vamos de aquí. Deprisa, recoge lo que necesites.

Vi un bolso de viaje y se lo di.

—Caleb... —dijo buscando mi mano.

Me volví y apreté el puño. Sentía la necesidad de darle un puñetazo a algo.

—Lily, ese hijo de puta ha hackeado tu wifi y ha transmitido un pulso electromagnético a tu casa que ha dejado sin electricidad a toda la calle. No puedes quedarte aquí hasta que lo haya pillado.

Por suerte, no protestó. Metió en la bolsa ropa y algunos artículos de aseo, y luego tomó el bolso y la cartera.

Diez minutos más tarde, habíamos abandonado la casa.

—Tus hombres han peinado la zona. ¿Han encontrado algo?

La presencia de mi equipo de seguridad me había dado cierta tranquilidad, pero no la suficiente como para borrar la angustia que me provocaba la idea de que habíamos sido un blanco fácil desde que habíamos vuelto a la casa. Me quedé sin respiración. Aquello me sirvió para recordar que no podía bajar la guardia.

—Han encontrado huellas de moto detrás de la casa.

Lily se estremeció, pero no dijo nada durante unos kilómetros.

—¿Adónde vamos?

—Al aeropuerto.

—¿Y luego?

—Vamos a pasar por mi casa de Malibú y luego te llevaré a una cabaña en el lago Tahoe.

Debería haber hecho eso desde el principio. A pesar de que dejándola en su casa habíamos conseguido que el acosador diera la cara, la consecuencia podía haber sido mucho peor. El pulso electromagnético podía haber provocado una explosión de gas.

—¿Todavía no sabes quién es?

Me aferré al volante.

—No.

Después de aquello, no habló mucho más. Yo tampoco. Estaba demasiado ocupado dando vueltas a la peor hipótesis.

«Le podía haber pasado algo a Lily».

Mi avión estaba listo cuando llegamos al aeropuerto. Enseguida despegamos. Dejé a Lily en su butaca y me fui a la parte trasera del avión y llamé a Maggie.

Contestó a la primera.

—Jefe, ¿en qué puedo ayudarte?

—He dejado a tres de los muchachos en Palo Alto para seguir a ese canalla. Necesito otro equipo en el refugio de Reno.

—Enseguida me pongo a ello.

Colgué y revisé mi lista de contactos. Llamé a todos los que me debían algún favor y, cuando aterrizamos en Los Ángeles, estaba de mejor humor.

Mi casa de Malibú estaba sobre un acantilado que daba a una playa privada. Apenas había usado el helipuerto, pero aquel día nos vino muy bien para evitar la hora punta del tráfico de Los Ángeles.

Entré y mis pasos se ralentizaron. La última vez que había estado allí, tenía mi vida bajo control. Solo me preocupaba ser el mejor.

En apenas siete días, el suelo sobre el que pisaba se había desplazado, amenazando con cambiar mi órbita. Todo por la mujer impresionante que tenía a mi lado. Aquel anhelo desmedido de aferrarme a ella volvió a sorprenderme.

Nada de volver a saltarme las reglas.

—Espera. Enseguida vuelvo.

Subí corriendo a mi habitación para recoger las armas que guardaba en una caja fuerte.

Cuando bajé, la encontré junto a la ventana, contemplando el océano. Se volvió al acercarme.

—¿No podemos quedarnos aquí?

Me sentí tentado a decir que sí.

—No. Esta casa es segura, pero está a mi nombre. Cualquier cabrón con un ordenador puede encontrarnos. Necesito dejarte fuera de circulación.

Resignada, asintió.

Volvimos fuera y nos subimos otra vez al helicóptero.

—Tendré que decirle a Chance que estaré ilocalizable.

Apreté los dientes.

—No, todavía tienes tiempo para cumplir el plazo. Y, sinceramente, no lo quiero cerca de ti.

Una vez más, no reaccionó como esperaba. Podía estar asustada o sorprendida.

—Lily...

Apoyó la mano en mi regazo.

—¿Y si es alguien de mi entorno? ¿Qué diría eso de mi capacidad de juicio?

—No te culpes por ello.

Esa pelota estaba en mi campo.

—Teniendo en cuenta que no sabes quién es, es más fácil decirlo que hacerlo —murmuró.

No tenía respuesta para aquello, así que me mantuve callado hasta que volvimos al avión y despegamos.

Apenas hablamos durante el vuelo.

Varias veces abrí la boca para decir algo, pero al final decidí no hacerlo.

Maggie nos había conseguido otro todoterreno y salimos del aeropuerto con la atención puesta en el escáner. Quería llegar a la cabaña lo antes posible, sin llamar la atención de la policía por superar el límite de velocidad.

Veinte minutos más tarde, suspiré aliviado cuando distinguí el desvío que llevaba a la cabaña. Lo mantenía descuidado a propósito, sin carteles que pudieran atraer visitas indeseadas.

Los pinos que bordeaban el camino y rodeaban la propiedad eran perfectos para tener cámaras de seguridad y otros dispositivos de vigilancia contra intrusos.

Me detuve ante la cabaña de Knots Peak, apagué el motor y miré a Lily. Estaba contemplando la casa hecha de troncos que sería su hogar hasta que diera con su acosador.

Dirigí la mirada hacia la construcción de tres pisos. Cinco años atrás, había

comprado una estructura ruinoso de un dormitorio que actualmente estaba valorada en un precio diez veces superior.

Era uno de los tres refugios que poseía en el país. Tenía otros cuatro en el extranjero, pero aquel era mi favorito. En las raras ocasiones en que no me estaba ocupando de algún cliente, me iba a la cabina.

Me sentía culpable y furioso al salir del todoterreno.

—Vamos dentro.

Tomé su bolsa y la acompañé hasta la puerta. Un código alfanumérico y una pantalla de reconocimiento de la mano desbloqueaban el cierre.

Las alfombras que había por toda la cabaña sobre el suelo de madera amortiguaron nuestras pisadas. En el salón, había vigas vistas de roble y la luz se filtraba por la ventana que daba al lago.

Dejé su bolsa en el dormitorio antes de regresar al salón. Sin soltar el bolso, Lily se acercó a la ventana a contemplar el paisaje.

—El cristal es antorreflectante, así que nadie puede vernos. Incluso por la noche podrás ver el lago. Eso será de ayuda.

Parecía un agente inmobiliario.

—¿Ayuda de qué?

Me encogí de hombros.

—No a todo el mundo le gusta estar encerrado en mitad de la nada. El lago te dará algo con lo que entretenerte.

—Muy bien —replicó.

La vi tragar saliva. Aparté la vista del paisaje de su cuerpo. Aquel deseo irrefrenable era lo que nos había llevado hasta allí.

—Las puertas exteriores están hechas de madera de roble. Para derribarlas, sería necesaria una buena hacha o fuertes explosivos. Los bosques en un radio de un kilómetro a la redonda son de la propiedad. Hay algunas trampas puestas para ahuyentar a los intrusos.

—¿Qué clase trampas? —preguntó.

—Unas muy efectivas —contesté, no solo para tranquilizarla a ella sino a mí también.

Se estremeció y luego frunció los labios.

Me pasé una mano por la cara y me acerqué a ella. Todas las células de mi cuerpo estaban deseando tocarla. Había llegado el momento de volver a ser el distante e imperturbable Caleb Steele.

—Quiero explicarte las medidas de seguridad de la cabaña y que te

familiarices con la casa.

—¿Por qué te muestras tan frío?

Recibí sus palabras como un puñetazo en el estómago. Me armé de valor antes de volverme hacia ella.

—¿Quieres saber lo que me pasó en el hombro? Tuve una relación con una de mis primeras clientas. Kirsten era una actriz que había cometido un par de errores en el pasado. El estudio con el que estaba trabajando la había amenazado con echarla por culpa de unas fotos comprometedoras. Me pidió ayuda. Era guapa y yo joven y estúpido. Me enamoré de ella. Cuando le hizo falta un coche, le ofrecí el mío. Cuando necesitó un sitio en el que quedarse, le pedí que se viniera a vivir conmigo —dije y sentí que la amargura me ardía en la garganta—. Pensaba que teníamos una relación hasta que la pillé acostándose con el director. Incluso entonces pensé que era la víctima. Lo dejé noqueado y causé un revuelo que hundió mi carrera antes incluso de que despegara. ¿Y la respuesta de Kirsten? Se enfadó porque había arruinado sus posibilidades de hacer otra película y decidió que después de todo no me quería en su vida y me disparó.

Lily palideció.

—¡Oh, Dios mío!

Me encogí de hombros a pesar de la furia y la amargura que se debatían en mi interior.

—Por suerte, no tenía puntería. Aun así, si no hubiera sido por el padre de Ross, todavía seguiría haciendo de intermediario entre los gánsteres de Trenton Gardens. Me dio un consejo, uno que ya había aprendido en mis propias carnes: no te acuestes con una clienta.

Un extraño sonido escapó de su garganta, poniéndome los pelos de punta.

—¿Así que crees que esto es culpa mía?

Abrí la boca para decir que no, pero me contuve. En parte era culpa suya. Me había ganado con su simpatía, su inocencia y su increíble fuerza interior ante las adversidades, por no mencionar su cuerpo de infarto. Incluso en aquel momento, me volvía loco con su impactante belleza.

—Creo que ya he demostrado que nada bueno trae saltarse las normas —dije—. Además, tú también tienes una misión, ¿no?

Gimió y sus ojos se oscurecieron de ira. Me volví. Ya había dejado claro cuál era mi opinión. Además, tenía que dar con un acosador.

—Te voy a enseñar las medidas de seguridad.

Trasasé las puertas correderas que había en un extremo del salón y salí al porche, sin comprobar si me estaba siguiendo o no.

El cielo estaba despejado y soplaban un aire fresco desde el lago. Todo era idílico.

Cuando sentí que venía detrás, bajé los escalones de madera que daban a un jardín en pendiente. Desde una fuente de piedra caliza caía agua por la roca hasta un nivel más abajo en el que había un jacuzzi cubierto. Lo rodeé tratando de no imaginar a Lily sumergida en aquellas burbujas, completamente desnuda, con el resplandor de la puesta de sol reflejándose en su piel. Unas horas antes, había pensado saltarme aquel recorrido y meternos en la cama. Pero mi obsesión por el sexo la había puesto en peligro. Rodeamos el jardín y los altos muros de piedra y nos detuvimos junto a una cancela.

—Por aquí se baja al lago. Hay un bote listo para una huida rápida. El código es 40998061.

A sus ojos asomó el miedo y tuve que contenerme para no reaccionar.

Después de unos segundos, puso el pulgar en el panel y la puerta se abrió. El olor a pino y a tierra aumentó al tomar una senda irregular, y caminamos en silencio hasta el embarcadero.

—¿Alguna vez has conducido un bote?

—No.

—Las llaves están escondidas bajo la sexta tabla, justo aquí —dije y traté de ignorar la suavidad de su piel al tomarla del brazo y mostrarle aquella pieza de madera—. Está atornillada, pero lo suficientemente suelta como para sacarla rápidamente en caso necesario.

El bote tenía unos cuantos años, pero estaba en buenas condiciones y siempre con combustible.

Subió de un salto sin esperar a que la ayudara y luego se apartó de mí. Apreté los dientes ante aquella incómoda sensación y señalé la palanca de arranque.

—Giras a la izquierda y esperas. El motor se pondrá en marcha. Luego empujas la palanca. Olvídate de todo lo demás.

—Parece muy fácil.

—Si estás asustada, puede que no lo sea.

Sus mejillas perdieron el color, pero asintió.

—Entendido.

Volvimos a la cama y le mostré el piso inferior hasta llegar a otra puerta.

—Mismo código que el de la cancela, pero al revés.

—16089904 —repitió al instante.

No pude evitar admirar su inteligencia, a pesar de que me esmeraba por mantener las distancias.

Aquella amplia habitación que hacía las veces de sala de juegos y gimnasio ocupada la mayor parte de la superficie de la cabaña. También era lo suficientemente independiente como para hacer las veces de dormitorio cuando se quedaban guardaespaldas.

Atravesé las puertas que conectaban el pasillo con la escalera que llevaba arriba y me dirigí a la pared del fondo. Cuando llegó a mi lado, empujé el cuarto tablón del panel de madera. Un tabique de metro y medio se abrió, descubriendo una escalera en espiral.

—Lleva directamente a la cocina. Después de ti.

Subió rápidamente los escalones, apoyándose tan solo en las puntas de los pies. Yo subí mucho más despacio, incapaz de apartar la vista de aquel culo perfecto contra el que había apretado mi polla aquella mañana en la ducha.

Se detuvo cuando casi había llegado arriba.

—¿Hay algún problema? —pregunté con un nudo en la garganta.

Me detuve dos escalones por debajo de ella, manteniéndome al nivel de sus ojos. Estaba lo suficientemente cerca como para echarme hacia delante y saborear aquellos labios. Hice fuerza con las piernas y me recordé que mi insaciable apetito sexual era lo que nos había llevado hasta allí.

—No has traído tu bolsa del coche y me acabas de enseñar todos los detalles de la cabaña. ¿Por qué?

—Porque me vuelvo a Palo Alto.

—Te vas.

Una sensación de temor desconocida para mí inundó mi pecho al oír aquella rotunda afirmación.

La había obligado a aceptar que lo que había pasado entre nosotros era un error y, ahora que parecía haberlo asumido, empezaba a sentir un nudo frío en mi interior.

Puse una mano en el pasamanos al caer en la cuenta de algo más. Le había pedido que confiara en mí, pero no había hecho nada para ganarme esa confianza.

Ahugué una risa amarga al recordar que había vuelto a cometer el mismo error.

La tasa de éxito de los trabajos en los que no me había implicado emocionalmente era casi perfecta. Aquellos que me había tomado personalmente, habían fracasado: mi madre, Kirsten, ahora Lily...

Sí, sentía algo por Lily.

Reuní todas aquellas emociones, las hice un nudo y las enterré en lo más hondo. Luego me obligué a asentir, a pesar de que notaba que la sangre se me estaba congelando.

—No puedo dar con tu acosador si me quedo aquí encerrado contigo. Necesito volver y agitar el avispero.

Sus bonitos ojos verdes se oscurecieron. Entonces, hizo acopio de su admirable entereza y asintió.

—Entiendo. Será mejor que te pongas a ello cuanto antes.

Noté un regusto a bilis en el fondo de la garganta mientras la miraba acercarse al sofá y tomar su bolso.

—Lily.

Me sentí obligado a pronunciar su nombre porque me veía incapaz de soportar la distancia que nos separaba.

Me miró impaciente.

—¿Qué?

—No has desayunado nada. Tienes que comer algo —dije señalando al frigorífico.

—No tengo hambre —replico frunciendo el ceño.

—Bueno, tómate algo. Necesitarás...

—No soy una niña. Sé muy bien cuándo tengo que comer.

Fui a decir algo, pero mi teléfono emitió un sonido. Leí el mensaje y sentí que el corazón se me encogía.

Yo, el hombre de acción que aborrecía las despedidas, me vine abajo al percatarme que mi tiempo con Lily Gracen había llegado a su fin.

—El equipo de seguridad ha llegado.

Saludó a los tres guardaespaldas con una inclinación de cabeza. Dos de ellos desaparecieron para ocupar sus puestos alrededor del perímetro. El que iba a quedarse con ella dentro de la casa se mantuvo a una distancia prudencial.

—¿Hay algo más? —preguntó en tono frío.

Había mil cosas, pero todo comenzaba y terminaba en el hecho de que le había fallado, así que no fui capaz de articular palabra.

Su mirada se volvió gélida y la decepción se hizo evidente en su expresión. Se acercó a la puerta y la abrió.

—Adiós, Caleb.

Aquellas palabras siguieron resonando en mi cabeza mucho después de que mi avión se levantara hacia el cielo, distanciándome de ella.

## Capítulo 14

*Lily*

Se había marchado.

Cuarenta y ocho horas más tarde seguía sin acabar de asumir lo rápido que todo se había convertido en cenizas. La noche anterior, cuando Maggie me había llamado para preguntarme si necesitaba algo, había tenido que morderme la lengua para no preguntarle por Caleb.

¿Qué habría conseguido? Me culpaba por haberlo empujado a un territorio que él nunca había querido volver a visitar. Y tenía razón. Me había aprovechado de la química abrasadora que había entre nosotros solo para demostrarle que era yo la que tenía el control. Aquel dolor devastador me estaba desangrando.

Aceptar la verdad era fácil, pero no el dolor que conllevaba.

Me había hecho ilusiones, había empezado a sentir algo. Si no hubiera dejado que su atención y sus cuidados me embaucaran, si no me hubiera abierto su corazón, si aquel fantástico sexo no me hubiera hecho anhelar lo imposible...

Desde el principio me había dejado claro que el sexo no formaba parte de la ecuación mientras fuera su cliente, y yo me lo había tomado como un reto.

Una enorme tristeza me asaltó. Se me encogió el corazón y tuve que contenerme para no llorar.

¿Era posible enamorarse en siete días?

La dificultad para respirar, la confusión mental y la angustia que me invadía decían que sí. El baile de apareamiento había comenzado con nuestras discusiones. Al entregarle mi cuerpo, le había dado también mi corazón.

Si tuviera que señalar el momento en que todo había empezado a irse al

traste, sería el momento en que me había contado por qué se dedicaba a lo que hacía.

No podía odiarlo por ello. Nunca se había escondido de mí.

Quizá fuera mejor de aquella manera. Que la felicidad me hubiera sido arrebatada antes de disfrutar plenamente de ella sería una ventaja a la larga.

Me quedé observando el horizonte, viendo en el cielo los primeros trazos anaranjados que anunciaban la puesta de sol. Cerca del agua estaba Kurt, el guardaespaldas encargado de vigilar el lago. La noche anterior apenas había dormido, pero estuve lo suficientemente lúcida como para confirmar que había sido el código de Sanjeet el que había saboteado la beta.

Aquello había aumentado mi pesadumbre, pero era un alivio no tener que tratar con aquel tipo en ese momento. Yo misma me encargaría de reparar el código y probarlo antes de la siguiente reunión.

Porque más que nunca, necesitaba recuperar el control de mi vida. Tenía la sensación de que aquel dolor que me invadía, no me iba a abandonar tan fácilmente.

### *Caleb*

Me desperté de un sueño en el que se alternaban imágenes de mi madre muerta y de Lily.

Me incorporé bruscamente empapado de sudor y, enseguida, la sensación de alivio se transformó en dolor.

Llevaba cuatro días pasándome lo mismo.

Durante el día, podía distraerme con cualquier cosa, aunque no siempre lo conseguía. Pero en sueños, me enfrentaba a mis anhelos. Estaba indefenso ante las fuertes emociones que emanaban de mi alma, arrancándome de mi sueño para burlarse del vacío de mi realidad.

Me quedé mirando por la ventana del cuarto de invitados de la cabaña sin encontrar la paz que siempre hallaba allí.

¿Por qué demonios le había cedido mi dormitorio?

«Para torturarte con su recuerdo cuando se haya ido, ¿por qué si no?».

Contra toda lógica, la idea de tener algo a lo que aferrarme me calmó un poco.

Me levanté, me cambié de camiseta, me puse unos pantalones y tomé el

teléfono. Al acercarme a la puerta, mi corazón empezó a latir más deprisa.

Me dije que el olor a café no significaba nada. La falta de sueño y el par de copas que me había tomado en el avión explicaban la confusión que sentía. Yo mismo podía haber puesto la cafetera en algún momento de la noche.

Entré en el salón y, al verla, perdí la noción del tiempo.

Estaba sentada en el sofá, cruzada de piernas, bañada por la luz del amanecer.

En vez del cuero y el encaje con los que solía vestir para trabajar llevaba unos pantalones cortos y una camiseta negra. Pero sí llevaba una gargantilla en el cuello y unas pulseras en las muñecas.

Todavía no me había visto. Necesitaba un momento para grabar su imagen en mi cabeza. No podía retractarme de algunas cosas que había dicho.

Mi comportamiento había dejado mucho que desear, así que las probabilidades de que se fuera antes de que anocheciera eran altas.

Pero necesitaba unos minutos más porque echaba de menos su rostro, su cuerpo.

Era espectacular en mis sueños, pero en la realidad era mucho mejor. Me acerqué y viéndola al contraluz, sentí una atracción que apenas podía resistir.

Estaba completamente concentrada en su trabajo. Sus dedos danzaban ágiles sobre el teclado y los auriculares de sus oídos la aislaban de mí.

Ansiaba aquellos bonitos ojos verdes que invadían mis sueños cada noche desde que me fui.

Como si hubiera leído mis pensamientos, sus dedos se quedaron quietos.

Levantó la cabeza y abrió los ojos de par en par antes de que se oscurecieran. Al ver su expresión, sentí como si me dieran un puñetazo en el estómago. Traté de buscarle un significado mientras caminaba hacia ella.

—Hola —dijo mirándome extrañada mientras se quitaba los auriculares—. No sabía que... ¿Cuándo has vuelto?

—Muy tarde o muy pronto, según como quieras verlo.

Su mirada se tornó cautelosa.

—¿Va todo bien?

Me quedé pensativo.

En cuanto contestara, todo se habría acabado. Nada la retendría allí. Una vez más, deseé parar el tiempo. Cada instante con Lily merecía ser guardado en ámbar.

Pero el tiempo no paraba de correr. Apreté los dientes y señalé hacia el

sofá.

—¿Puedo sentarme?

Se quedó mirándome fijamente antes de encogerse de hombros.

—Es tu casa, Caleb.

Ignoré el dolor que me estaba dejando sin aire en los pulmones y me senté.

Al ver que se ponía tensa, cerré el puño sobre mi muslo.

«Esta vez la has hecho buena, Steele».

—¿Caleb?

Sus dedos se aferraron a la tapa del ordenador.

Carraspeé y abrí la aplicación de vídeo en mi teléfono. En una sala oscura, al otro lado de un escritorio y dos sillas, había dos hombres sentados frente a frente.

Señalé al más joven.

—¿Lo conoces?

Dejó el ordenador a un lado.

—No, ¿debería?

—Se llama Eric Vasiliev. Trabaja en Baitlin Tech.

Parpadeó.

—Baitlin estaba en la lista que te di.

Asentí.

—Es compañero de piso de Sanjeet.

Abrió los ojos, alarmada.

—¿Quién es el otro tipo?

—Un amigo mío. Es policía. Me ha hecho un favor.

—¿Cuál?

—Ha interrogado a unas cuantas personas de la lista y me ha ayudado a resolver algunas lagunas.

—¿Estas diciendo que has dado con el acosador?

Sonreí.

—Sí. No tienes de qué preocuparte. Está a buen recaudo y tu algoritmo está a salvo.

Una expresión de alivio asomó a su rostro y se llevó la mano a la boca.

—Oh, Dios mío.

Sentía tantos deseos de tocarla que me ardía la mano.

Inspiró varias veces y luego volvió a fijar la mirada en la pantalla.

—¿Estaba implicado Sanjeet?

—No directamente, pero sin darse cuenta, dio origen a todo. Eric vio en qué estaba trabajando durante una llamada de FaceTime y le hizo unas cuantas preguntas, las suficientes como para hacerse una idea de en qué estabas trabajando.

—Pero Sanjeet era solo una tercera parte del equipo y entre ellos no se conocían.

Reproduje el segundo vídeo del archivo.

—Ellos no, pero ella sí.

Lily se quedó mirando el vídeo.

—¡Miranda! —exclamó dolida y enfadada.

—Sí. Tenía acceso a ti. Lo único que tenía que hacer era escuchar, observar y decirle a Eric cuándo actuar.

—Pero... ¿por qué?

La angustia de su voz me partía el alma. Quería ahorrarle todo aquel dolor.

—Por dinero. Estaba saliendo con Eric. Juntos idearon el plan. Lo único que tenían que hacer era desestabilizar el equipo y acosarte para que cometieras un error. Si eso no funcionaba, pasarían a chantajearte. Tenían abierta una subasta entre seis países.

—¿Tu amigo averiguó todo esto?

Asentí.

—Lo tenemos todo grabado.

—Oh, Dios mío.

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Incapaz de contenerme por más tiempo, me acerqué a ella. Se apartó poniéndose de pie y se fue a la ventana.

Tiré mi teléfono sobre la mesa de centro y me tragué el nudo de mi garganta.

Después de un minuto, se secó los ojos. Cuando volvió a mirarme, había recuperado el control.

—Así que todo se ha acabado. ¿Puedo irme?

Apreté con fuerza el mentón para no tener que contestar. Pero no me quedaba más remedio que contestar, así que asentí.

—La policía te llamará para tomarte declaración, pero, teniendo en cuenta que han confesado, será sencillo.

Entonces, incapaz de seguir sentado, me levanté.

—Lily...

—Quiero irme ahora, por favor.

«No».

—Lily, tenemos que hablar.

Ella sacudió la cabeza.

—Tengo que recoger mis cosas.

Salió corriendo por el pasillo como una exhalación.

La seguí porque, ¡qué demonios!, estaba harto de sentirme fatal.

Llamé a la puerta y, al no obtener respuesta, entré. Estaba doblando una camiseta, con la mirada perdida en la maleta. Me tomé otro instante para grabar su rostro.

Levantó la vista y se puso seria.

—¿Qué quieres, Caleb? Ya nos lo hemos dicho todo.

—No. Tengo algo más que decir.

Se quedó callada unos momentos y luego alzó la barbilla.

—Está bien, oigamos lo que tienes que decir.

Apreté los puños. No podía seguir soportando aquella carga.

—No quiero que te vayas. No hemos acabado. Demonios, apenas hemos empezado. Te quiero de vuelta.

Sus ojos centellearon, pero no me dio tiempo a interpretar su expresión.

—Si me quieres de vuelta, eso implica que en algún momento me tuviste.

—¿Qué?

Tiró la camiseta a la maleta.

—Olvidemos eso un momento. Me quieres de vuelta, ¿cuánto tiempo?

Fruncí el ceño.

—Lily...

—¿Una semana, un mes, dos meses?

Me encogí de hombros.

—Ya lo decidiremos juntos.

Lily rio con amargura.

—¿Qué criterio vas a seguir cuando el sexo deje de ser excitante o tengas un nuevo caso?

—Si quieres que ponga fechas, no puedo hacerlo —contesté con más brío del que pretendía.

Palideció y me acerqué. Se estremeció. Aquello no iba como me habría gustado.

—Lily, yo...

—¿Por qué trabajas en esto, Caleb?

Su pregunta me pilló por sorpresa. Su tono era neutro, pero me estaba taladrando con los ojos.

No me gustaba que me analizaran.

—¿Por qué no?

—Eso no es una respuesta. ¿Quieres que te diga lo que pienso? Disfrutas del control que te da, pero por encima de todo, disfrutas del carácter pasajero de tus trabajos. No quieres pensar a largo plazo. Apareces, resuelves lo que haga falta y te vas, ¿no es así?

Me quedé mirándola. Lo único que había conseguido había sido aumentar el abismo que nos separaba.

—Sí.

Después de todo, era la verdad.

Se giró hacia la ventana, pero enseguida se volvió.

—Bueno, ahí tienes la respuesta. No puedes garantizar lo que pasará después de tu próximo trabajo. Vives para eso y es lo único que te preocupa. Pero ¿sabes qué más no puedes garantizar? Que tu historial se mantenga impecable. Antes o después te darás cuenta de que no todo puede resolverse.

El dolor que sentía se intensificó.

—¿De qué demonios estás hablando?

Suspiró.

—No importa. Lo único que sé es que no me gustaría ser tu siguiente cliente, Caleb.

Desde algún lugar más allá del zumbido de mis oídos oí una cremallera cerrarse y el sonido de sus pasos por el pasillo.

Unos minutos después, un motor arrancó, aceleró y se alejó lentamente.

## Capítulo 15

*Caleb*

*Un mes más tarde*

—¿Por qué no está el expediente de Landon en mi mesa? Te lo pedí hace veinte minutos. ¿Qué está pasando? —gruñí, mientras Maggie se afanaba por cerrar la tapa de su ordenador.

—¡Nada!

Me quedé mirándola. La irritación que me acompañaba desde hacía semanas amenazaba con estallar.

—Si quieres ver porno, hazlo en tu tiempo libre, no en las horas de trabajo. Ahora en serio, creía que se te daba mejor mentir.

—Está bien. A lo primero: puaj, y a lo segundo: puaj también.

—Tienes cinco segundos para confesar antes de que te despida por uso inadecuado de material laboral.

Suspiró, abrió el ordenador y le dio al botón de reproducción.

Aquella voz tan dulce y sexy que vivía en mis sueños fluyó a través de los altavoces. Con el corazón en la garganta, rodeé la mesa de Maggie.

Allí estaba ella, Lily, dando otra entrevista.

Desde que me había dejado en el lago Tahoe, había evitado ver noticias sobre tecnología.

Traté de reunir la furia que me había acompañado desde que se fue. Lo único que conseguí fue saborear el gusto agrisado de una situación mal resuelta.

«No me gustaría ser tu siguiente cliente».

Resoplé. Lily Gracen había resultado ser una clienta de la que no lograba olvidarme, ya fuera despierto o dormido.

Se me había metido bajo la piel y era incapaz de dar tres pasos sin pensar en ella. No sabía si enfadarme con ella o sentir lástima de mí mismo por haber bajado la guardia.

«Algunas cosas no podían cambiarse».

Irónicamente, al haber permitido que difuminara las líneas, me había obligado a redefinir mis límites, forzándome a revisar las cadenas que me envolvían desde la muerte de mi madre. Algunas se habían oxidado y fue fácil romperlas, permitiéndome respirar con más facilidad.

Otras no tanto.

En resumen, me había obligado a examinar muchas cosas, motivo por el cual estaba de mal humor.

Y allí estaba ella, despreocupada.

Estaba muy guapa toda vestida de negro, con unas gafas estrosas sobre la punta de la nariz.

El último día en Silicon Valley, observándola con aquellos provocativos pantalones cortos desde el asiento del copiloto de su diminuto coche, pensé que no podía estar más sensacional.

Acababa de descubrir que sí.

—Eh... ¿jefe?

—¿Qué? —respondí frunciendo el ceño.

—Solo quería comprobar que seguías vivo.

Aparté la vista de la pantalla.

—No te pago para que te pases el día viendo vídeos, Maggie.

—Entonces, supongo que no querrás ver lo que te acabo de mandar al teléfono.

Fruncí aún más el ceño.

—¿De qué se trata? —dije sacando del bolsillo el teléfono.

Era una invitación a un acto de etiqueta, organizado por SDM, a cinco mil dólares el cubierto. Empezaba a las ocho de esa misma tarde.

Un escalofrío me recorrió.

—¿Por qué demonios me has mandado esto?

—Porque me da miedo que uno de estos días te salgan colmillos y garras y lo único que encuentren mis padres de mí sean los restos.

—Confía en mí. Si me convierto en una fiera, no creo que fueras tú la primera que me comiera.

Sabía de alguien que sabría más dulce. Alguien por quien moriría si se

presentara la ocasión.

—Está bien, pero para tu información, este es su último evento con SDM. ¿Quién sabe adónde se irá después?

—No puedo ir. Estoy ocupado.

—No es verdad, pero bueno.

Me dejé caer en mi asiento, jurándome no mirar la invitación. No duré ni cinco minutos.

—¡Maggie!

—Sí, jefe, ya he pedido que te traigan el esmoquin.

Estupendo. Aquella iba a ser la ocasión de resolver todo lo que tenía pendiente con Lily Gracen.

## *Lily*

La terraza del observatorio Griffith era un lugar maravilloso para contemplar la vista nocturna de Los Ángeles y, decorada con torres de caviar y fuentes de champán, era impresionante. Eso sin contar las grandes fortunas y las celebridades que habían volado desde todas partes del mundo para asistir a aquel encuentro.

Después de dos semanas de publicidad, esa noche era la fiesta oficial de lanzamiento del algoritmo de compresión y recaudación de fondos de SDM. Y mi última aparición como embajadora del avance más reciente en el mundo de la tecnología. Después de esa noche, iba a ser libre. Nunca más volvería a ver a Chance Donovan ni a mi padrastro.

A pesar de que separarme de mi padrastro me producía cierta pena, por primera vez iba a poder seguir avanzando en mi vida sin cargas.

Había cerrado la compra del autocine esa misma tarde y, a continuación, había pedido los permisos para convertir aquel lugar en oficinas. Iba a fundar mi propia compañía tecnológica y sentía miedo a la vez que emoción. Al menos, eso me serviría para olvidarme de Caleb.

Quien fuera que dijera que el tiempo lo curaba todo, no había estado muy acertado. Cada día que pasaba, sentía que el agujero de mi pecho se hacía más grande, más profundo. Había momentos en que temía que el trauma de saber que no volvería a disfrutar de una noche perfecta acabaría con todo.

«¿Pero estás completamente segura de que no puede repetirse? ¿O has

cerrado la puerta simplemente porque estás dolida y no quieres volver la vista atrás?».

Aquellas preguntas eran la razón por la que no había borrado el último mensaje que me había mandado dos semanas antes. O tal vez me había vuelto masoquista.

¿Habría pasado página? ¿Estaría dedicado en cuerpo y alma a su siguiente caso?

—No tengo ni idea de para qué sirve, pero he oído que es algo revolucionario. ¿Cómo dices que se llama?

—Lo llaman algoritmo Ángel —contestó una voz profunda y magnética.

«Dios mío, aquella voz...».

—¿Por qué Ángel?

—Porque es el segundo nombre de su creadora —contestó Caleb.

—Qué especial —replicó la invitada.

—No podría estar más de acuerdo. Es una mujer única.

Con el corazón en la garganta, me volví. Estaba apenas a dos metros, muy guapo con un esmoquin negro y una impecable camisa blanca. Parecía un poco más delgado, pero su barba incipiente y su pelo alborotado me impedían apartar la vista de él.

—Lo he contado bien, ¿no? —dijo abriéndose paso hasta mí.

—Sí. Chance me ha dejado ponerle el nombre.

Después de obtener el código que los haría a él y a su compañía multimillonarios, estaba tan eufórico que me había dejado ponerle el nombre. A pesar de cómo había empezado nuestra relación, iba a acabar en buenos términos, algo de lo que me enorgullecía. Había decidido olvidarme de las rencillas.

—Es un bonito nombre.

La voz de Caleb sonaba algo ronca. Sus ojos azules me recorrieron de arriba abajo.

—Hola, Lily.

—Hola.

—Estás... increíble.

—Gracias.

Dada la ocasión, había apostado por un estilo diferente. Iba vestida de blanco de la cabeza a los pies. La única nota de color eran las suelas rojas de mis zapatos de tacón. Unas horquillas de perlas y diamantes sujetaban mi pelo

e incluso la gargantilla que llevaba en el cuello era de cuero blanco.

Allí fue donde la mirada de Caleb se detuvo más tiempo, haciendo que el fuego recorriera mi cuerpo.

—Lily, ¿podemos hablar?

«Di que no. Ahórrate un dolor de cabeza».

—Sí.

Su expresión mostró alivio y fue a agarrarme. Alguien tropezó conmigo, haciéndome dar un paso adelante.

—Vámonos de aquí. Ya me he cansado —gruñó Caleb.

Me quitó la copa de champán que tenía a medio terminar, entrelazó sus dedos con los míos y nos abrimos paso entre la multitud.

—¿Adónde me llevas?

—Ya lo verás.

—No puedo irme de la fiesta.

—Le has dado el algoritmo a Donovan y has redactado sus discursos. No le debes nada. Además, tenemos que retomar nuestra última conversación en el lago Tahoe. No tuve oportunidad de decirte algunas cosas.

Me tomó con más fuerza al bajar los escalones hasta el piso inferior, y volvió a acelerar el paso.

—No he echado de menos tu lado autoritario.

Traté de mostrarme irritada, pero lo que sentía no era ira. Era... alegría.

—Claro que sí o estarías caminando a mi lado.

Tenía razón. Me iría con aquel hombre a cualquier sitio, pero ¿a qué precio?

—Sigo queriendo saber adónde vamos.

—Ya hemos llegado —replicó con voz grave antes de abrir la puerta de un empujón.

Entré y ahogué un grito.

—No podemos estar aquí —susurré.

Mi entusiasmo aumentó al contemplar la impresionante constelación de la bóveda del planetario.

Sus manos subieron por mis brazos hasta tomarme de los hombros. Volví a mirarlo a los ojos y vi una intensa emoción en ellos.

—Estoy muy enfadado contigo.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Pero también te he echado de menos —confesó.

Me contuve para no decirle que yo también lo había echado de menos.

—¿De veras? Te portaste muy mal conmigo.

Su rostro se ensombreció.

—Lo sé. Haría cualquier cosa por retirar lo que dije.

Sentí un nudo en la garganta. El entusiasmo dio paso al dolor.

—¿Por qué?

—Porque no te merecías nada de lo que te dije.

—¿Estás seguro? Porque no pasa nada si reconoces que no hay sitio en tu vida para mí.

Me dolía decirlo, pero tenía que hacerlo.

—Eso no es lo que...

—Me di cuenta de tu dolor cuando me hablaste de tu madre. Te culpas por lo que le pasó. Moviste cielo y tierra, y no pudiste evitar que muriera. Después de eso, decidiste no sentir nada por nadie. ¿Me equivoco?

Se quedó mirándome largos segundos. Luego, exhaló bruscamente.

—Sí, me gustaría decir que luché por alejarme de todo el mundo, pero... Después de la muerte de mi madre, sí me fue fácil cerrar la puerta, arrinconar el dolor y convertirme en el lobo solitario del que nadie dependía. Hasta que apareció Kirsten.

El corazón se me encogió de dolor por él, por mí.

—Y te decepcionó también.

Sus labios se tensaron.

—No quiero hablar de ella. Ya no es importante. Fue una excusa más para distanciarme de mí mismo. La decisión de no dejar que las relaciones fueran demasiado lejos era solo mía. Me parecía bien hasta que te conocí. Me has obligado a hacer autocrítica.

—Caleb...

—Alejarme de ti es la cosa más difícil que he hecho nunca, Lily —confesó.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Bajé la guardia contigo. Mi intuición sospechó de Miranda, pero me di cuenta de lo unida que estabas a tu equipo. Sabía que te dolería si era ella y no quería que sufieras. Dudé cuando podía haber actuado antes. Entonces se produjo esa filtración y lo único en lo que podía pensar era en que podía haberte perdido. Al final, hice todo lo posible para apartarte cuando debería haberte acercado a mí.

—Pensé que Miranda te gustaba.

— A mí me gusta una rubia con el corazón de oro, el coraje de un león y un

cuerpo capaz de parar el tráfico.

—A ella también le gustas, pero estaba asustada de que solo quisieras dedicarte a tu trabajo. Elegiste hacer lo que haces para ayudar a la gente y seguir de alguna manera vinculado con tu madre. No sabía si podría competir con eso.

—En el momento en el que entraste en mi vida, la competición terminó. Habría ido a por ti aunque no hubieras sido una cliente. Mi corazón y mi alma suspiraban por ti antes incluso de entender lo que estaba pasando. La segunda vez en el lago Tahoe intenté decirte que no podía vivir sin ti.

—Oh, Caleb.

—He sido un desdichado sin ti. La idea de despertarme cada mañana del resto de mi vida sin ti...

Se detuvo, sacudió la cabeza y me tomó la cara con sus manos para obligarme a mirarlo.

—Si sientes algo parecido, danos una oportunidad para que seamos felices. Un rayo de esperanza se abrió en mí.

—¿Hablas en serio?

—Con toda mi alma.

—Oh, Dios mío.

—¿Es eso un...? ¿Lo vas a considerar, Lily?

—No hace falta. Estaba pensando en lo que se sentiría al despertarme a tu lado cada día.

Sus dedos temblorosos acariciaron mi mejilla.

—¿Y?

—Me encantaría, Caleb.

Una de sus irresistibles sonrisas se dibujó en sus labios.

—Dios, Lily, te quiero.

La esperanza se convirtió en alegría y mis ojos se inundaron de lágrimas.

—Yo también te quiero —dije.

Caleb se quedó mirándome durante unos segundos. Luego me tomó entre sus brazos.

Sus labios se unieron a los míos, mientras la alegría inundaba mi corazón. Sentí que se movía y se dejó caer en una butaca antes de colocarme frente a él.

Me acarició la cara, el cuello, los dedos... Sus ojos se clavaron en mí mientras deslizaba sus manos bajo mi vestido.

—Te he visto en televisión.

Sus dedos subieron por mis muslos.

—Sí, últimamente he salido mucho.

—Estabas... increíble.

—Sí, eso ya lo has dicho —bromeé.

Comenzó a canturrear mientras acariciaba el borde de mis bragas.

—Tuve una fantasía mientras veía la entrevista en Tech-Crunch.

—¿Ah, sí?

Estaba empezando a jadear, pero me daba igual.

Metió los dedos bajo el encaje y me bajó las bragas.

—Umm. Estabas recitando palabras técnicas y números, y me prometí que si algún día te volvía a tener a mi lado, te haría recitar la serie Fibonnaci mientras te follaba larga y lentamente.

Mi jadeo resonó por toda la sala.

—Dios mío.

Me dio unos golpes en las piernas y saqué los pies de las bragas. Él las recogió y se las guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Eso no es todo. Quiero verte con la gargantilla, las gafas y los zapatos de tacón negro que llevabas en Wired cuando anunciaste que ibas a crear tu propia empresa. Por cierto, que estoy muy orgulloso de ti por eso.

Mi corazón amenazaba con estallar de felicidad.

—¿Has visto todas mis entrevistas?

—Todas y cada una de ellas las he visto dos veces. También he comprado todas las revistas. He estado muy ocupado esta tarde.

Sacó un preservativo del bolsillo, me lo entregó y luego se bajó la cremallera.

—Vaya, si no lo conociera, diría que está obsesionado conmigo, señor Steele.

Sus ojos se clavaron en mí.

Abrí el envoltorio. Un escalofrío me recorrió al verlo sacar su potente y magnífica polla.

Me incliné sobre él y lo besé en los labios y luego en la punta de su erección. La maldición que soltó sonó a música para mis oídos.

Nada más ponerle el preservativo, me atrajo hacia él, me hizo colocar una pierna a cada lado de su regazo y se quedó mirándome con ojos llenos de un amor desmedido. Apoyé las manos en sus hombros y me hundí lentamente en él. Sus gemidos se unieron a los míos.

Una vez me penetró completamente, me sujetó para que no me moviera.

—Hay un millón de estrellas encima de nosotros ahora mismo. Estoy seguro de que podemos tocarlas todas si lo intentamos.

Tomé su rostro entre mis manos.

—Nada me gustaría más que alcanzar las estrellas contigo. Oh, Caleb, te quiero.

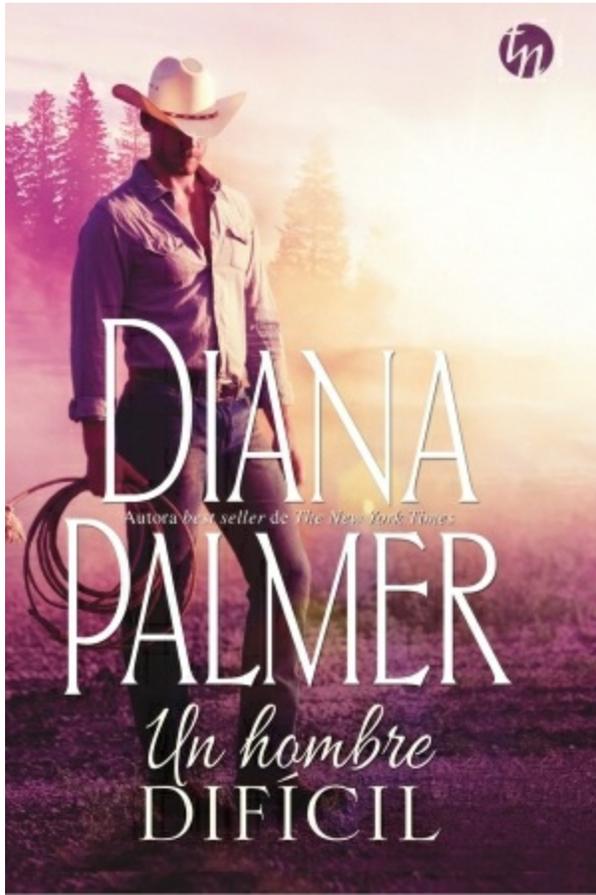
—Yo también te quiero. Voy a pasar el resto de mi vida contigo y a hacerte muy, muy feliz —me prometió.

Uní mis labios a los suyos y me hice la promesa de que, mientras saliera el sol cada mañana, yo también lo amaría y adoraría.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)



# Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".The Romance Reader"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con  
un extraño**

e<sup>lit</sup>



# Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

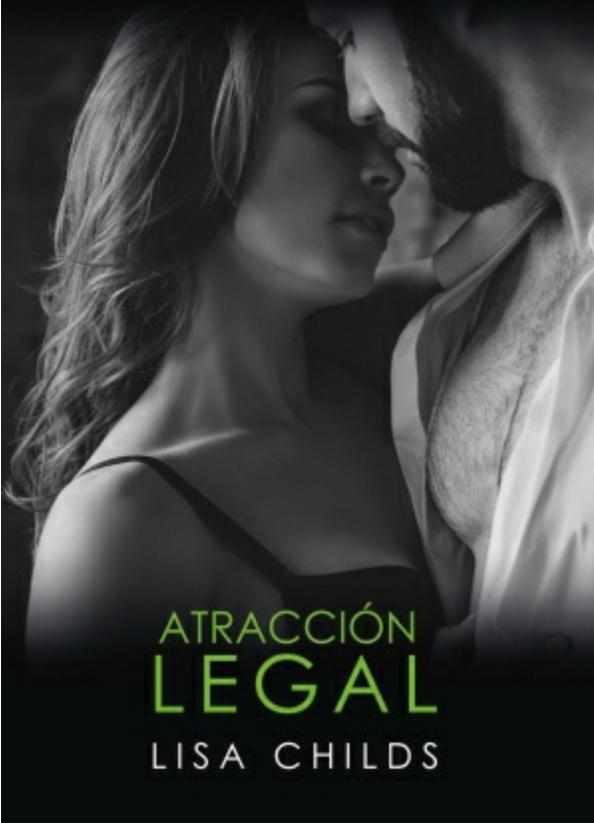
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN  
LEGAL  
LISA CHILDS

# Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

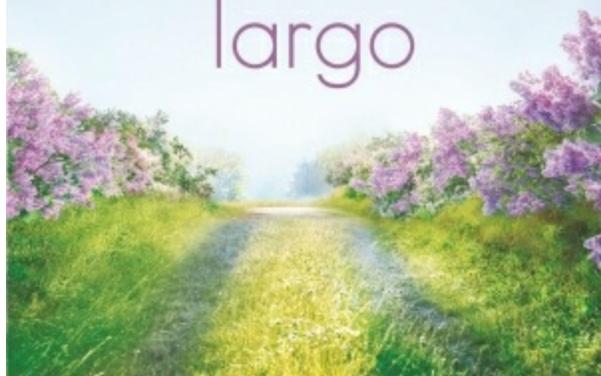
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

*Autora best seller de The New York Times*

# SHERRYL WOODS

el viaje  
más  
largo



# El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee  
DESEO MEDITERRÁNEO

# Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)